



LOS MUCHOS MUNDOS DE POUL ANDERSON

I

Esta recopilación de cuentos y novelas cortas de Poul Anderson muestra ante todo la muy notable variedad de los temas y métodos narrativos de quien es sin duda uno de los maestros de la ficción científica contemporánea. Aunque se considera por lo general que Anderson es indiscutiblemente inimitable en las narraciones «épicas» —batallas galácticas, conflictos que atañen a constelaciones enteras, largos viajes en el tiempo— muchos de los relatos reunidos en estas páginas muestran también la extraordinaria inventiva del autor cuando se trata de describir, por ejemplo, la naturaleza de una planta o la composición de una atmósfera insólita, o los problemas de un hombre común.

Lectulandia

Poul Anderson

**Los muchos mundos de Poul
Anderson I**

Nebulae - Segunda época 57

ePub r1.0

RoqueNublo 23.04.2016

Título original: *The many worlds of Poul Anderson*

Poul Anderson, 1974

Traducción: Norma B. de López

Diseño de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: RoqueNublo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



de

3^{er}

ANIVERSARIO

Más libros, más libres

Los hijos de mañana

«El telar del mundo
teje el sino del Nórdico.
Nadie lo puede guiar o cambiar».
(R. Wagner. *Sigfrido*).

A quince kilómetros de altura era casi invisible. La Tierra, un nublado borrón pardo y verde; la vasta bóveda inmutable de la estratosfera llegaba hasta la infinitud espacial y más allá del motor palpitante había sólo un silencio y una serenidad que el hombre era incapaz de alterar. Abajo Hugh Drummond podía ver la lenta curva del Mississippi, el original del contorno dibujado en su mapa, centelleando como una espada desenvainada.

Las montañas, el mar, el sol, el viento y la lluvia siempre iguales. Continuarían así a lo largo de un millón de años, que se arrastrarían lentamente en el eterno devenir. La breve chispa del esfuerzo humano, brillante apenas por un instante en la noche cósmica, no llegaba a cambiarlo.

Sin embargo, más abajo, sobre todo donde habían estado las ciudades... El hombre solitario que guiaba el avión estratosférico dejó escapar una maldición mientras los nudillos de sus manos, aferradas a los mandos, comenzaban a ponerse blancos. Era un hombre corpulento y su largo esqueleto se distribuía torpemente dentro de la pequeña cabina presurizada. Aún no había llegado a los cuarenta, pero su cabello oscuro ya estaba salpicado de gris; el abolsado traje espacial le sobraba en torno a los hombros caídos, y la cara alargada y fea, mostraba líneas de fatiga. Las hondas y cansadas pupilas brillaban con una intensa y temible oscuridad. Había vivido demasiado y sobrevivido a todo para tener, finalmente, el mismo aspecto que todo el mundo. *Herederó de una época*, pensó amargamente.

Realizó los mecánicos movimientos necesarios para alterar el curso de la nave. Todavía quedaban algunos accidentes topográficos naturales y disponía de un par de poderosos prismáticos, pero evitaba usarlos. A través de ellos sólo veía infinidad de vastos cráteres superficiales cuya suavidad vidriosa reflejaba el sol como el ojo de una serpiente; a su alrededor, la Tierra exhibía las heridas y quemaduras de su tremenda desolación. Estaban, además, las otras regiones en las que la muerte había dejado su implacable huella: árboles retorcidos, sin vida, arenas que el viento arrastraba, esqueletos diseminados, quizá alguna lúgubre fosforescencia nocturna. Había pasado ya la pesadilla de las bombas, que cabalgó en alas de fuego y horror para sacudir a las ciudades del planeta con el golpe final de la muerte. Pero el polvo radiactivo había superado esa pesadilla.

Sobrevoló las ciudades y los pueblos pequeños. Casi todos estaban desiertos, inhabitables debido al polvo coloidal, la plaga o la crisis económica. Algunos pocos parecían sustentar una débil semi-vida, sobre todo en el Medio Oeste de los Estados Unidos, donde se desarrollaba una patética lucha para volver a un sistema agrícola, pero los insectos y las pestes...

Drummond se encogió de hombros; después de dos años tendría que haberse acostumbrado a todo esto. Su país había tenido suerte; en cuanto a Europa...

Der Untergang des Abendlandes, pensó sombríamente. Si bien Spengler vaticinó la caída de una supercivilización no previó las bombas atómicas, el polvo radiactivo, las bombas bacteriológicas, las bombas esterilizantes, las bombas... inanimadas y amenazadoras que volaban como insectos monstruosos sobre un mundo sobrecogido de terror; en consecuencia, no pudo prever la intensidad de la catástrofe.

Hizo un esfuerzo por apartar aquellos pensamientos; no deseaba cavilar siempre sobre el mismo tema, hacía dos años, dos eternidades, que vivía con ellos. De todos modos, ya faltaba poco para llegar.

Se encontraba sobre la capital de los Estados Unidos y colocó el avión estratosférico en una línea oblicua, preparándolo para un estruendoso descenso hacia las montañas. El pueblecito, anidado en el valle de las cascadas, era una insignificante capital; las aguas del Potomac habían inundado la tumba de Washington. Expresado en términos reales, no existía una capital. Los funcionarios del gobierno estaban diseminados por todo el territorio de la nación y mantenían un contacto irregular por avión y radio; el pueblo de Taylor, en Oregón había sido elegido entre tantos otros como centro neurálgico de lo que quedaba del sistema.

Volvió a emitir una señal con el transmisor y se le erizó la piel de la espalda al presentir las baterías de cohetes apuntándole desde la espesura de las montañas. Cuando un avión podía significar el fin para una ciudad, todo objeto que volara se convertía en sospechoso. De todas maneras, nadie extraño debía conocer la importancia de aquel pueblo insignificante, aunque era imposible estar seguro. La guerra aún no había terminado oficialmente. Quizá no llegaría a finalizar nunca; la preocupación por la mera supervivencia anulaba la urgencia de los tratados.

Recibió el cauto conforme de un transmisor a rayo.

—Está bien. ¿Puede aterrizar en la calle?

Era sólo un camino polvoriento entre dos hileras de casas de madera, pero el avión era bueno y Drummond un excelente piloto.

—Si —contestó con la voz enronquecida de hablar tan poco.

Empezó a perder velocidad en un descenso en espiral y quedó planeando mientras el leve susurro del viento envolvía la aparato. Las ruedas tocaron la calle, frenó y se detuvo bruscamente.

El repentino silencio fue como una bofetada. El motor había enmudecido y el sol iluminaba las miserables casuchas «temporales» desde un cielo de latón. Un completo abandono parecía rodear todo desde las montañas vecinas.

—¡Volver...! —rió Hugh Drummond con una seca carcajada sin gracia mientras abría la campana de la cabina.

Vio a unas cuantas personas que espiaban desde las puertas y calles laterales. Se las veía bastante bien alimentadas y vestidas, muchas llevaban uniforme y parecían tener algún propósito en la vida: esperanza. Pero, por supuesto, no debía olvidar que estaba en la capital de los Estados Unidos el país más afortunado.

—¡Salga enseguida! —ordenó una voz en tono perentorio.

Drummond se sintió arrancado de la solitaria meditación a que se había acostumbrado en los largos meses de soledad. E inmediatamente vio a una cuadrilla de hombres con trajes de mecánico encabezada por alguien de aspecto preocupado con uniforme de capitán.

¡Oh, es cierto! —dijo lentamente—; quieren ocultar el avión.

Una pista convencional de aterrizaje, naturalmente, los delataría de inmediato.

—¡Dése prisa, maldito idiota! Puede venir cualquiera y ver...

—Pero pueden ser detectados por un sistema eficiente y todavía contamos con eso, imagino. —Dijo Drummond pasando sus botas por el borde de la cabina—. De todos modos, ya no habrá más incursiones aéreas. La guerra ha terminado.

—¡Cómo me gustaría creerlo! ¿Pero quién es usted para saber eso? Muévase de una vez.

Los monos grasientos empujaron el avión por la callejuela. Al ver como se alejaba, Drummond se sintió repentinamente solo. Después de todo había sido su hogar..., ¿durante cuánto tiempo?

Detuvieron el aparato ante una falsa casa a la que sacaron la fachada. En el interior, una rampa de cemento armado bajaba hacia una cavernosa profundidad que Drummond apenas pudo vislumbrar. La luz interior iluminaba una hilera de aviones plateados.

—¡Qué bien hecho! —admitió—. Aunque ya no importa y probablemente nunca haya importado; casi todos estos artefactos infernales vinieron en cohetes robot... Bueno, qué más da —dijo como respondiéndose a sí mismo mientras buscaba la pipa en el bolsillo de su chaqueta. La insignia de coronel brilló rápidamente en la hombrera de la prenda.

—¡Oh, lo siento, señor! —exclamó el capitán—; no sabía que usted...

—Está bien; ya perdí la costumbre de ir en uniforme. En muchos sitios por donde anduve no miran con buenos ojos a los norteamericanos.

Drummond empezó a llenar la pipa, enfurruñado por el recuerdo de las veces que había salvado su vida utilizando el revolver Colt que llevaba a la cintura y hasta la ametralladora del avión. Inhaló un poco de humo con satisfacción. Ese pequeño placer parecía borrarle el gusto amargo de la boca.

—Señor, el general Robinson ordenó que lo condujéramos a su presencia en cuanto llegara —dijo el capitán—. Por aquí, por favor.

Fueron por la calle, y con las botas levantaban pequeñas nubes de polvo. Drummond miraba a su alrededor con desconfianza. Se había ido después de la campaña de dos meses que comenzó a disminuir un poco cuando la organización de ambas partes quedó demasiado debilitada como para seguir fabricando y lanzando las bombas y al mismo tiempo mantener el orden en medio de la hambruna y las enfermedades que apresaban en sus garras a toda la nación. En aquel entonces los Estados Unidos se habían convertido en un caos anárquico, sin organización y sin ciudades, y su propio contacto con el país había quedado reducido a esporádicas comunicaciones por radio, las pocas veces que encontraba un equipo de onda corta todavía en funcionamiento. Era asombroso el progreso que se había logrado desde entonces. Aunque no podía determinar con precisión en que consistía, el simple hecho de tener una capital era prueba suficiente.

Robinson... (Al repetir mentalmente el nombre, su cara arrugada se plegó en una mueca de sorpresa). Había esperado que lo recibiera el presidente, el mismo que lo había enviado, junto con otros, en distintas misiones. A menos que los demás hubieran... No, él era el único que había estado en Europa oriental y Asia occidental. Estaba seguro de eso.

Había dos centinelas de guardia en lo que indudablemente hubo de ser un almacén de productos generales, ahora convertido en oficina. Ya no había comercios, ni mercancías para llenarlos. Drummond se encontró en la fresca penumbra de una antesala. El tableteo de una máquina de escribir, la voluntaria que la usaba... Quedó boquiabierto mientras sus ojos incrédulos pestañeaban. ¡Imposible! Máquinas de escribir, secretarías, ¿acaso todo eso no había desaparecido con el resto del mundo, dos años atrás? Si la Tierra había vuelto a la edad del oscurantismo no parecía *adecuado* que existieran máquinas de escribir; era una incongruencia, era...

Por fin se dio cuenta de que el capitán le había abierto la puerta. Sólo cuando estuvo dentro tomó conciencia de lo cansado que estaba. Al saludar al hombre sentado tras el escritorio el brazo le pesó una tonelada.

—Descanse, descanse —dijo la voz afable de Robinson.

A pesar de las cinco estrellas del hombro no llevaba chaqueta ni corbata y su cara redonda no dejaba de sonreír. Tenía un aspecto firme y competente; así tenía que ser en un hombre que estaba al frente de todo en una época como aquella.

—Siéntese, coronel Drummond —Robinson señaló una silla que estaba cerca y el piloto se dejó caer en ella tembloroso.

El despacho estaba tan bien equipado que le recordaba a los del periodo anterior a la guerra. ¡Antes de la guerra...! Las palabras, como una espada, cortaban a través de la historia con la brutalidad del crimen, nublando todo el pasado hasta convertirlo en un vago resplandor dorado entrevisto tras nubes ennegrecidas, salpicadas de fuego. Eran sólo dos años.

¡Sólo dos años! En un mundo en el que podía haber un cambio tan dantesco era evidente que la razón y la cordura habían perdido la batalla. Apenas podía recordar a

Bárbara y a los niños. Sus rostros parecían borrarse en una oleada de caras distintas: rostros demacrados por el hambre, rostros muertos, rostros humanos bestializados por la necesidad, la penuria y el odio. Su propio sufrimiento se había perdido en la agonía de un mundo entero, y en cierto sentido había acabado por convertirse en una máquina.

—Parece bastante cansado —dijo Robinson.

—Sí... Claro, señor.

—Dejemos a un lado las fórmulas. No me gustan. Vamos a trabajar en estrecha cooperación y no podemos perder el tiempo en ser diplomáticos.

—Ah... He venido por el Polo Norte, ¿sabe? No he dormido desde... Tiempos difíciles. Pero —Drummond vacilaba—, ¿podría preguntarle...?

—¿Yo? Supongamos que soy el presidente. Ex oficial, temporal o lo que guste. Le doy una orden: usted necesita un trago —Robinson sacó una botella y vasos de un cajón—. Es whisky escocés de anteguerra —explicó—. Mientras dure, no me pescarán bebiendo ese brebaje moderno... ¡Salud!

La dorada bebida borboteó en los vasos. El trago fuerte y seco logró despertar a Drummond. Sintió en el estómago vacío un halo placentero y cálido. La voz de Drummond le llegaba con surrealista realidad.

—Sí, ahora estoy al frente. Mis antecesores cometieron el error de estar todos juntos y viajar demasiado haciendo esfuerzos por mantener la unidad del país y ponerlo en pie. Creo que el presidente contrajo la enfermedad y estoy seguro de que atacó también a varios de los otros. Naturalmente no había modo de convocar a elecciones. La única organización que quedó intacta fue el ejercito, por lo que tuvimos que hacernos cargo del mando. Berger, que estaba en primer lugar, se suicidó al saber que había inhalado polvo radiactivo. Entonces me correspondió a mí tomar el mando. Tuve suerte.

—Ya veo —comentó Drummond; unas pocas muertes más no tenían excesiva importancia cuando más de medio mundo había desaparecido—. ¿Y espera que la suerte continúe? —añadió; la pregunta era brutal en su franqueza, pero después de todo, no era tan fatal como una bomba.

—Claro que sí —contestó Robinson con firmeza—; la experiencia nos ha enseñado mucho. En primer lugar, hemos dispersado el ejercito, dividiéndolo en pequeños puestos-clave del país. En segundo lugar, desde hace tiempo suspendimos los viajes en grupo, salvo en emergencias extremas y tomando grandes precauciones. Eso redujo un poco las epidemias. Como usted sabe, los microorganismos fueron cultivados para reproducirse en zonas congestionadas. Eran inmunes a las técnicas médicas conocidas, pero al faltar los huéspedes y agentes transmisores, se fueron extinguiendo. Creo que la bacteria natural acabó con ellos. Aún seguimos cuidándonos cuando viajamos, pero el peligro mayor ha pasado.

—¿No regresó ninguno de los otros? Hubo muchos como yo, enviados a ver que había pasado en el resto del mundo.

—Volvió uno; el que fue a Sudamérica. Están en una situación similar a la nuestra aunque, por falta de organización, han caído en una anarquía más general. El único que ha vuelto después de él es usted.

No era de sorprenderse; al contrario, lo admirable era que hubiese regresado alguien.

Drummond se había presentado como voluntario cuando la bomba que arrasó San Luis se llevó a toda su familia. No había esperado sobrevivir ni le importaba, y quizá esa fuera la razón de que lo lograra.

—Tómese el tiempo necesario para escribir un informe detallado —dijo Robinson—, pero en general, ¿cómo estaban las cosas por allá?

Drummond se encogió de hombros.

—La guerra ha terminado. Todo está quemado. Europa ha vuelto a un estado salvaje; atrapados entre América y Asia, recibieron bombas de ambos lados. Los pocos sobrevivientes parecen animales hambrientos. Por lo que he visto, Rusia ha llegado a una situación similar a la nuestra, aunque al empezar había quedado mucho peor. Naturalmente, allá no pude enterarme de mucho, y tampoco llegué a la India o a China, pero en Rusia escuché ciertos rumores... No, el mundo está tan deteriorado que nadie podría mantener una guerra.

—Entonces quizá sea hora de salir al descubierto —dijo Robinson con suavidad—. Podemos empezar la reconstrucción. No creo que vuelva a estallar otra guerra, Drummond; el recuerdo de esta ha quedado impreso con demasiada fuerza en toda la raza como para que podamos olvidarla.

—¿Le parece tan fácil?

—No, por supuesto que no. Nuestra cultura ha logrado mantener su continuidad, pero ha sufrido un enorme retraso. Nunca nos recuperaremos del todo. Pero al menos..., estamos otra vez en movimiento.

El general se puso en pie y miró el reloj.

—Son las seis. Vamos Drummond. Es hora de que nos vayamos a casa.

—¿A casa?

—Sí, Usted se quedará conmigo. ¡Pero vamos, si parece un autómatas! lo que necesita es un mes de comida casera, dormir entre sábanas limpias y gozar del ambiente de un hogar. A mi esposa le gustará recibirle, casi no vemos caras nuevas, ¿sabe? Y mientras tengamos que trabajar juntos, prefiero tenerlo cerca. El material más escaso en estos tiempos son los hombres competentes.

Empezaron a caminar por la calle seguidos por un ayudante. Drummond podía percibir, una vez más, cada hueso y fibra dolorida de su cuerpo. Un hogar..., después de dos años de ver ciudades fantasmas, chimeneas caídas sobre la nieve manchada de sangre, escuálidos cobertizos, refugios de la muerte y el hambre.

—También su avión será de mucha utilidad —dijo Robinson—; los aviones

atómicos son más escasos que los dientes de gallina —dijo chasqueando la lengua huecamente ante su fúnebre chiste—. Lo ha transportado durante casi dos años sin necesidad de reabastecerse de combustible... ¿Ha tenido algún problema?

—Sí, hubo algunos, pero llevaba recambios suficientes.

No fue necesario que detallara las horas y días de actividad febril, las desesperadas improvisaciones mientras trataba de adelantarse a las plagas que acechaban a los que permanecían demasiado tiempo en un mismo lugar. También había tenido problemas para conseguir comida, a pesar de las abundantes raciones con las que había partido. En invierno tuvo que luchar a brazo partido con maniáticos capaces de matarlo por un pájaro que había cazado, o por un caballo muerto cuya carne había querido aprovechar. Odiaba el pillaje. En cuanto a él, personalmente, no le hubiera importado que lo mataran, pero tenía una misión que cumplir y esa era la única misión de su vida, y a la vida se había aferrado con las ansias de un fanático.

Ahora, cumplida ya la misión, no se atrevía a descansar. Al hacerlo tendría tiempo para recordar. Tal vez pudiera encontrar algún alivio en la tremenda tarea de la reconstrucción. Quizá.

—Hemos llegado —dijo Robinson.

Una nueva sorpresa esperaba a Drummond. Disimulado bajo la maleza había un coche, con chofer militar. ¡Un coche...! Y estaba en condiciones bastante buenas.

—Algunos pozos de petróleo y una pequeña refinería que hemos reparado — intentó explicar el general—, producen el combustible y el aceite suficiente para el tránsito que tenemos.

Se sentaron en el asiento posterior. Al frente iba el ayudante, con el rifle preparado. Empezaron a circular por un camino de montaña.

—¿A dónde vamos? —preguntó Drummond medio mareado.

—Tengo la impresión personal de que soy el único hombre afortunado de la Tierra —dijo Robinson sonriendo—. Teníamos un chalé de veraneo en el lago Taylor, a pocos kilómetros de aquí. Cuando estalló la guerra, mi esposa que estaba allí, no se movió del lugar. Nadie fue por esos parajes hasta que llevé a los dirigentes principales. Ahora tengo la suerte de disponer de una casa para mí solo.

—Ya lo creo que es afortunado —dijo Drummond mirando sin ver a través de la ventanilla los campos moteados por el sol.

Tras una pausa se atrevió a preguntar con voz ronca.

—¿Cuál es la verdadera situación del país en este momento?

—Durante un tiempo lo pasamos mal, muy mal. Cuando las ciudades fueron destruidas se vinieron abajo nuestros sistemas de transportes, comunicaciones y distribución. En realidad toda nuestra economía fue desintegrándose poco a poco. Y después, el polvo y las plagas... La gente empezó a huir; hubo casos de lucha cuando los lugares más poblados rechazaron a los que intentaban refugiarse. La policía desapareció con las ciudades y las fuerzas militares no daban abasto para controlar todo. Estábamos demasiado ocupados en combatir contra las fuerzas enemigas que

habían llegado desde el polo para invadirnos. Aún no las hemos aniquilado por completo. Quedan algunas bandas dispersas y al margen de la ley que recorren el país, hambrientas y desesperadas, y también hay muchos norteamericanos que se convirtieron en bandidos cuando todo lo demás les falló. Por eso tenemos esta guardia, aunque hasta el momento nadie ha venido por aquí...

»Las plagas e insectos diseminados por las armas bacteriológicas devastaron nuestras cosechas y aquel invierno todo el mundo sufrió hambre. Tratamos de controlar las pestes con métodos modernos, y durante un tiempo, la lucha fue terrible, pero al año siguiente conseguimos cosechar algo. Claro que no pudimos salvar a demasiada gente por la falta de canales de distribución. La agricultura sigue siendo una tarea ímproba; aún no hemos podido dominar todas las plagas y no podremos hacerlo por mucho tiempo. Si tuviéramos un centro de investigación tan bien equipado como el que produjo las armas bacteriológicas... Pero estamos avanzando, estamos avanzando.

—¿Es una cuestión de distribución? —pregunto Drummond frotándose la barbilla—. ¿Y que pasa con los ferrocarriles, o con los vehículos de tracción animal?

—Alguno de nuestros ferrocarriles funcionan aún, pero el enemigo se encargó de contaminarlos, como nosotros hicimos con los suyos. En cuanto a los caballos, casi todos fueron sacrificados para mitigar el hambre de aquel primer invierno. Por lo que yo sé, he visto sólo una docena y los tengo en mi propiedad tratando de que se reproduzcan... para utilizarlos —Robinson sonrió torcidamente—, pero cuando tengamos los suficientes, las fábricas ya estarán funcionando.

—¿Y ahora?

—Hemos pasado por lo peor. Salvo por esos bandidos dispersos, la población está controlada. Por suerte, la gente civilizada cuenta con suficiente alimento y algún tipo de vivienda. Algunas fábricas de herramientas y pequeños talleres mantienen la producción que se necesita para atender los servicios públicos más esenciales. En lo futuro podremos aumentar lo que poseemos ahora. Yo diría que en cinco años más estaremos tan integrados como para anular la ley marcial y llamar a elecciones generales. Es una tarea gigantesca, pero vale la pena intentarla.

El coche se detuvo para dejar pasar a una vaca con su cría. El ternero, magro y debilucho, se apartó nerviosamente del vehículo para escabullirse entre los arbustos.

—Es salvaje —explicó Robinson—. Casi todos los animales salvajes fueron liquidados para obtener comida hace dos años, pero muchos escaparon de las granjas tras la muerte de los dueños, o cuando los abandonaron para huir... Y anduvieron sueltos desde entonces. Esos... —Robinson señaló con la vista pero Drummond tenía los ojos clavados en el ternero, cuyas patas traseras eran la mitad del largo normal—, son mutantes.

Hay muchos animales así debido a las radiaciones de zonas bombardeadas o radioactivas. También hay muchos nacimientos humanos anormales. En realidad, ese es el peor de nuestros problemas. Es...

Al salir del bosque el coche se detuvo en la playa de un pequeño lago. Las aguas tranquilas parecían oro fundido bajos los rayos oblicuos del sol; árboles altos rodeaban la orilla y a lo lejos se veían montañas. Era una escena de beatífica paz. Una casita asomaba debajo de un pino enorme, y en el porche esperaba una mujer.

Parecía uno de aquellos veranos con Bárbara —Drummond maldijo en silencio mientras seguía a Robinson hacia la pequeña construcción—; pero no lo era, no lo era y nunca más lo sería. Nunca más.

Había algunos soldados custodiando la casita en prevención de merodeadores... A los pies de ellos vio una enorme flor extraña. Era una margarita gigantesca, roja y de forma peculiar.

Una ardilla chilló desde el tronco de un árbol. Drummond distinguió su carita, de una inteligencia que la hacía parecer humana. Tan pronto como llegaron al porche, Robinson le presentó a «Elaine, mi esposa». La hermosa joven bien parecida miró con simpatía al exhausto Drummond. El aviador trató de disimular que había reparado en que estaba embarazada.

Lo condujeron al interior y poco después disfrutaba de un prolongado baño caliente. Cenaron todos juntos, pero para entonces estaba borracho de sueño y apenas se dio cuenta de que Robinson lo llevaba a la cama.

La reacción no tardó en hacerse sentir; por una semana, más o menos, Drummond pareció moverse en una especie de niebla, sin poder hacer mucho por sí y menos aún por los demás. Pero es sorprendente lo que el descanso y la buena alimentación pueden lograr en pocos días, y una buena tarde, cuando Robinson volvió a su casa, lo encontró garabateando unas hojas de papel.

—Estoy poniendo en orden mis notas —explicó—; creo que en un mes habré terminado el informe.

—Bien, pero no se apresure —Robinson, cansado, se dejó caer en un sillón—. El resto del mundo puede esperar. Preferiría que trabajara en esto a ratos perdidos, pero quiero que forme parte de mi personal para una tarea más importante.

—Está bien. ¿Que quiere que haga?

—De todo un poco. Se acabó la especialización; quedan muy pocos especialistas y los equipos escasean. Creo que su tarea principal será dirigir la oficina de censos.

—¿Qué?

Robinson sonrió oblicuamente.

—Salvo por algunos asistentes que pueda prestarle, usted y la oficina de censos serán una sola cosa —e inclinándose hacia adelante agregó con ansiedad—. Es uno de los trabajos más importantes que tenemos por delante. Deberá hacer en nuestro país lo que hizo en Eurasia central, sólo que más en detalle.

Sacó un mapa del cajón de su escritorio y lo extendió sobre la superficie del mueble.

—Drummond, tenemos que *saber*. Vea, esto es Estados Unidos. He marcado con rojo las zonas inhabitables —sus dedos siguieron el contorno de las feas manchas—. Hay demasiadas, y sin duda debe haber otras más que no hemos detectado aún. Las equis azules señalan los destacamentos militares. Están ampliamente distribuidos por todo el territorio, cerca de los centros poblados. Como podrá ver, no son muchos; es lo máximo que hemos podido destacar para controlar las zonas más o menos bien establecidas obedientes de la ley. Al recorrer las vastas soledades, los lugares apartados, todavía se encuentran muchos bandidos, restos de tropas enemigas y forajidos; de vez en cuando realizan incursiones a los centros poblados y diseminan la plaga. No podremos controlar completamente el mal si no los tenemos a todos establecidos, y eso será difícil de conseguir. En realidad, Drummond, no contamos con suficientes soldados ni para iniciar un sistema feudal de protección. La plaga se extendido como un incendio entre esas congregaciones.

»Otra de las cosas que debemos saber es la cantidad de sobrevivientes: ¿la mitad de la población?, ¿un tercio?, ¿sólo un cuarto...? Lo que sea. Tenemos que saber donde se concentran y con que provisiones cuentan para dar comienzo a un sistema equitativo de distribución. Necesitamos localizar los pequeños comercios de pueblo, los laboratorios y bibliotecas que aún estén en pie para recuperar sus preciosos contenidos antes de que los saqueadores y el tiempo se nos adelanten. Tenemos que localizar a todos los médicos que haya, a los ingenieros y otros profesionales para emplearlos en el trabajo de reconstrucción. Hay que encontrar a los delincuentes y confinarlos en un lugar. Tenemos que... La lista es interminable. Una vez en poder de toda esa información será posible trazar un plan maestro para redistribuir la población, la industria y todo lo demás racionalmente; después habrá llegado el momento de entregar el país a las autoridades civiles y a la policía; abrir las vías normales de transporte y comunicación; en resumen, hacerlo funcionar.

—Comprendo —dijo Drummond asintiendo—. Hasta ahora, la prioridad ha sido sobrevivir y aferrarse a lo que había quedado. Ha llegado el momento de expandirse, siempre que sepamos hacia dónde y como hacerlo.

—Exactamente —dijo Robinson mientras liaba un cigarrillo—. Ya no queda mucho tabaco; el que tengo es inmundo. ¡Dios, qué locura ha sido esta guerra!

—Como todas las guerras —dijo Drummond desapasionadamente—, sólo que la tecnología ha avanzado hasta el punto de proporcionarnos el cuchillo más adecuado para cortarnos la garganta; antes sólo nos dábamos de cabeza contra la pared. Robinson, no podemos permitirnos regresar por el mismo camino. Debemos empezar por una nueva senda, una senda de cordura y lucidez.

—Sí. Eso me recuerda algo... —dijo el general mirando hacia la puerta de la cocina; desde allí llegaban el alegre tintineo de los platos y olores apetitosos de comida en preparación.

Bajando la voz, Robinson continuó.

—Este momento es tan bueno como otro para decírselo, pero no quiero que

Elaine se entere. Podría... Podría preocuparla. ¿Ha visto nuestros caballos, Drummond?

—Sí, el otro día, los potrillos...

—Ajá. Once yeguas han parido cinco potrillos en el último año. Dos nacieron tan deformes que murieron a la semana, otro duró algunos meses. De los restantes, uno nació patihendido y casi no tiene dientes. El último parece normal... por ahora. ¡Sólo uno entre once, Drummond!

—¿Estuvieron cerca de la zona radiactiva?

—Probablemente. Los reunieron por donde los encontraban y los trajeron aquí. Al semental lo encontraron cerca de Portland, lo sé, pero si fuera el único con genes mutantes no aparecería en la primera generación, ¿no le parece? Según tengo entendido, todas las mutaciones son casos mendelianos recesivos. Aunque hubiera un solo dominante aparecería en todos los potrillos, pero entre éstos no había dos que se parecieran.

—Ah... No sé mucho de genética, pero sí lo bastante de radiación, es decir de las partículas secundarias cargadas que ella produce y que pueden ser causa de mutaciones. Sólo los mutantes son raros y tienden a formar ciertos patrones.

—*Eran* raros —Robinson se ensombreció repentinamente—. ¿No ha prestado atención a las plantas y animales? Hay menos que antes; pues bien..., no he llevado la cuenta, pero por lo menos la mitad de los que he visto o matado tienen algún defecto interno o externo.

Drummond exhaló una bocanada de humo. Necesitaba algo en que apoyarse en medio de aquella tormenta de locura. Habló con tranquilidad.

—En mi curso de biología en la universidad aprendí que la gran mayoría de las mutaciones eran desfavorables. Es decir, hay más maneras de no hacer algo que de hacerlo. No sé si me explico. La radiación puede esterilizar a un animal, o bien producir varios grados de cambio genético. Uno puede encontrar una mutación tan violenta que la víctima nunca nace, o muere nada más nacer. Puede haber toda clase de factores desventajosos, o ciertos cambios fortuitos que no constituyen un problema. También existen ciertos casos en que se produce algo favorable, pero no se puede clasificar al portador como un verdadero miembro de la especie. Además, las mutaciones favorables generalmente tienen un precio en la pérdida total o parcial de alguna otra función.

—Correcto —dijo Robinson, asintiendo con un leve movimiento de cabeza—. Uno de sus trabajos para el censo consistirá en localizar a todos los que sepan algo de genética para enviarlos aquí. Pero su verdadera tarea, la mía y la de dos personas más que están al corriente será la de encontrar mutantes humanos. Eso es primordial.

—¿Ha habido muchos casos? —susurró Drummond con la garganta seca.

—Sí, pero no sabemos dónde están ni cuantos son. Sólo conocemos aquellos

casos que viven en los puestos militares, cerca de ellos, o que tienen cierto intercambio regular con nosotros; unos pocos miles en total. Entre ellos la tasa de nacimientos se ha reducido a la mitad con respecto a la anteguerra. Y más de la mitad de esos nacimientos son anormales.

—Más de la mitad...

—Sí. Naturalmente, aquellos drásticamente diferentes mueren pronto, o los enviamos a una institución en las montañas Alleghenies. ¿Pero que hacer con los que tienen una forma pasable, especialmente si los padres los quieren? Un chico al que le falte algún órgano, lo tenga subdesarrollado, tenga alguna estructura interna deforme, o un rabo, o algo peor... Y bien, lo pasará mal en la vida, pero en general tiene posibilidades de sobrevivir. Y también de reproducirse...

—Y otro, de aspecto exterior normal, puede tener alguna mutación oculta, o una característica que tardará años en revelarse. También un ejemplar normal puede ser portador de características recesivas y transmitirlos... ¡Oh, Dios!

En el ánimo de la exclamación había una parte de plegaria y otra de blasfemia.

—Pero ¿cómo sucedió? Toda la gente no puede haber estado cerca de zonas en las que hayan caído bombas atómicas...

—Tal vez no, aunque hubo muchos sobrevivientes que escaparon de zonas cercanas. Pero recuerde el primer año, cuando todo el mundo se trasladaba de un lado a otro. Sin saberlo, uno podía pasar cerca de un área afectada. Además, aquel maldito polvo radiactivo transportado por el viento..., tiene una larga semivida. Su actividad perdurará décadas enteras. Además, como sucede en toda cultura que se derrumba, abunda la promiscuidad que aún ahora es muy común. ¡Oh, sí! Hubo muchas formas de transmitirlo.

—No sé como pudo haberse diseminado tanto. Aún aquí...

—Y bien, desconozco las causas por las que apareció aquí. Tal vez porque mucha de la flora y la fauna es originaria de otros lugares. Ésta es una región a salvo; la zona más cercana con polvo radiactivo está a unos 450 kilómetros, separada por las montañas. Debe haber muchas islas de relativa seguridad y condiciones normales. Tenemos que encontrarlas. Pero, por otra parte...

—La cena está lista —anunció Elaine, que pasaba de la cocina al comedor con una bandeja cargada...

Los dos se levantaron. Drummond miró fijamente a Robinson, y dijo con tono inexpresivo:

—Está bien. Obtendré la información que me pide. Trazaremos un mapa que señale las zonas donde hay mutación y aquellas que están libres; controlaremos la población y los recursos disponibles y con el tiempo reuniremos todos los datos que desea. Y después, ¿qué piensa hacer?

—Lo mismo me pregunto yo —dijo Robinson macilento—. ¡Que no daría por saberlo!

Hacia el norte, el invierno se hacía sentir en todo su rigor y un enorme cielo gris parecía coagulado sobre las planicies blancas. Los últimos tres inviernos habían llegado temprano y se prolongaron demasiado. Polvo, el polvo coloidal de las bombas, suspendido en la atmósfera, se mantenía en una constante fatal del dos por ciento. En algunas partes geológicamente inestables del planeta algunas bombas bien dirigidas habían producido terremotos. Media California quedó arruinada cuando una bomba, colocada en un acto de sabotaje, causó un gran deslizamiento en la falla de San Andrés. Eso levantó más polvo.

Fimbulwinter, pensó sombríamente Drummond. La profecía de la ruina. Pero no; seguimos sobreviviendo, aunque quizá no como hombres...

La mayoría de la población había emigrado hacia el Sur, donde imperaban las enfermedades, el hambre, las luchas internas. Los pocos que se habían quedado y tuvieron un poco de suerte con las cosechas apestadas, estaban mucho mejor.

El avión de Drummond sobrevolaba los cráteres de las ruinas negras donde se habían levantado las Ciudades Gemelas. La radiactividad bastaba para fundir la nieve y el pozo de la bomba parecía la cuenca vacía del ojo de una calavera. El hombre suspiró pese a que se le estaba formando una coraza ante el espectáculo de la muerte. Había visto demasiado.

Ahora solamente importaba el final de la agonía de la vida.

Forzó la vista por el ocaso siniestro mientras planeaba a baja altura sobre campos interminables. Sólo quedaban ruinas calcinadas de granjas, esqueletos de pueblos-fantasma, la muerte de la tierra cubierta de polvo radiactivo... Pero había oído mencionar a algunos viajeros una vigorosa comunidad cerca de los límites con Canadá, y quería encontrarla.

Durante los últimos seis meses muchas cosas habían quedado libradas a su criterio. Él solamente estableció un sistema de investigación y organizó a sus escasos asistentes, recargados de trabajo, para formar un personal eficiente y salir en la larga búsqueda.

Había sido imposible cubrir todo el país. Enviaron los pocos aviones de que disponían a ciertas zonas, más o menos al azar, para tratar de obtener una muestra variada de las distintas condiciones locales. Poco a poco lograron penetrar en la soledad de las montañas, llanuras y bosques, y establecieron contactos con habitantes aislados y aún desmoralizados. Era mucho más el trabajo que los resultados obtenidos. Muchos parecían patéticamente felices de ver algún indicio de ley u orden, una muestra de los aparentemente paradisíacos «viejos tiempos». De vez en cuando enfrentaban el peligro cuando encontraban grupos hostiles y desconfiados, que los hallaban sospechosos de pertenecer a un gobierno al que identificaban con el desastre, y en una ocasión entablaron combate con un grupo de bandidos nómadas. Pero habían llevado el trabajo adelante y cabía decir que en aquel momento podían dar por terminadas las tareas preliminares.

Preliminares. Era más difícil descubrir exactamente cuál era la verdadera

situación que empezar a trabajar en ese mismo momento. Pero Drummond había logrado reunir datos suficientes para efectuar un estudio comparativo relativamente fiable. Junto con sus ayudantes obtuvo detalles esenciales, que empezaron a comparar. Lo habían hecho por medio de preguntas, observaciones, buscando y encontrando; por distintos métodos fueron llenando cuadernos de notas. Todo era como un dibujo chino, en cuyos esquemáticos contornos residía la verdad, sencilla y desnuda.

Este último lugar y después emprendo el regreso, pensó Drummond por milésima vez. Su cerebro estaba estancado en una rutina y volvía siempre sobre el mismo círculo terrible sin encontrar salida.

A Robinson no le va a gustar lo que le diré, pero es así, pensó sombría y lentamente. *Barbara, quizá fue mejor que tú y los chicos os fuerais de ese modo, rápido y limpio, sin tiempo para daros cuenta. Esto que tenemos ahora no es mundo ni cosa parecida. Nunca volverá a ser lo mismo.*

De pronto vio el lugar que estaba buscando: un complejo de edificios cerca de las playas heladas del Bosque de los Lagos. El avión empezó a ronronear hacia el suelo blancuzco. Aunque las historias que había escuchado sobre aquella ciudad no eran muy alentadoras, esperaba salir bien librado; los otros integrantes del equipo tenían todos los datos que él había logrado reunir, de manera que no importaba.

Cuando aterrizó en el claro a las afueras del pueblo usando los esquíes del avión, casi todos los habitantes lo estaban esperando. Formaban un grupo harapiento de aspecto salvaje, cubiertos apenas con andrajos y restos de cuero que habían encontrado. Los hombres barbudos de mirada dura, estaban armados con palos, cuchillos y algunos revólveres. Al bajar del avión Drummond tomó la precaución de mantener las manos bien alejadas de las pistolas.

—¡Hola! —dijo—. Vengo en misión amistosa.

—Le conviene —dijo el corpulento líder—. ¿Quién es usted? ¿De donde viene y para qué?

—En primer lugar —dijo Drummond, mintiendo—, quiero advertirles que me sigue otro avión y el piloto sabe donde encontrarme. Si no regreso a una hora determinada volverá cargado de bombas. Pero no tenemos intención de hacerles daño ni interferir en asuntos de ustedes. Ésta es una especie de visita social. Me llamo Hugh Drummond y pertenezco al ejército de los Estados Unidos.

El grupo tardó en asimilar la declaración. Evidentemente no eran amigos del gobierno, pero el avión y las armas los atemorizaban demasiado como para demostrar una abierta hostilidad.

—¿Cuánto piensa quedarse? —escupió el líder.

—Sólo una noche, si me dan albergue. Puedo pagarles —dijo, levantando una pequeña bolsa—. Tengo tabaco —en los ojos de todos brilló la codicia.

—Se quedará conmigo —contestó el líder—. Venga.

Drummond les entregó el soborno y acompañó al grupo. No le gustaba disponer

tan liberalmente de aquellos costosos lujos. Pero lo que importaba era el trabajo, y el jefe parecía embelesado con la fragancia de las hebras parduscas; las olía con avidez.

—Hemos estado fumando hierbas y cortezas. Fatal —dijo.

—Peor que eso —convino Drummond; a pesar de que había levantado el cuello de su chaqueta para resguardarse del viento frío que se había levantado, un temblor lo sacudió.

—¿Que misión lo trae por aquí? —preguntó algún otro.

—Bueno..., vengo a ver cómo está la situación en general. El gobierno vuelve a funcionar nuevamente, y estamos tratando de tapar algunos agujeros. Y necesitamos saber donde está la gente, cuales son sus necesidades y todo eso.

—No queremos saber nada del gobierno —farfulló una mujer—. Ellos provocaron todo esto.

—¡Oh, vamos! ¿Acaso pedimos que nos atacaran? —replicó Drummond, aunque interiormente no sabía de quién era la culpa, ni le interesaba.

En realidad, ambas partes habían permitido que el miedo y las fricciones las llevaran a la histeria. En un último análisis ni siquiera podía asegurar si no habían sido los Estados Unidos quienes lanzaron los primeros cohetes, obedeciendo órdenes de algunos oficiales agresivos. Entre los sobrevivientes, nadie admitía saber la verdad.

—Es un castigo de Dios por los pecados de nuestros líderes —insistió la mujer—. La plaga, la muerte por el fuego. ¿Acaso no lo predijo la Biblia? ¿No estamos viviendo los últimos días del mundo?

—Quizá —admitió Drummond.

En ese momento se detuvieron frente a una cabaña de troncos, y Drummond se sintió aliviado. Las discusiones de carácter religioso habían sido siempre un tema delicado, y en el presente podían resultar explosivas con ciertos individuos. Entraron en la estructura, amueblada de modo sencillo pero bastante cómoda. Aunque no había demasiado espacio muchos lo acompañaron porque la curiosidad general era más fuerte que las sospechas, y en aquella época resultaba muy poco usual que apareciera un extraño en un avión.

La mirada de Drummond captó rápidamente los distintos detalles de la habitación. Había tres mujeres, lo que indicaba un retorno al concubinato. Pero eso era de esperar en una época en que los hombres eran escasos y la autoridad fuerte.

La buena calidad de los adornos, los utensilios y las herramientas, así como las armas, le confirmaban ciertos rumores que había escuchado. No se trataba esencialmente de una ciudad de bandidos, pese a que en las épocas duras habían asaltado a viajeros y realizado incursiones sobre otros poblados, estableciendo una especie de predominio en la región circundante. Eso también era bastante común.

Una perra amamantaba a su cría sobre el suelo. Tenía sólo tres cachorros, uno de los cuales era calvo, otro carecía de orejas y el tercero tenía más dedos de lo normal. Entre los niños que lo miraban asombrados, había varios de dos años o menos, y ellos

también, con raras excepciones, tenían anormalidades.

Al sentarse, Drummond dejó escapar un profundo suspiro. Allí tenía la prueba que le faltaba. Al hallar ejemplos de mutación en un lugar tan alejado como ese de la zona de destrucción atómica se confirmaba la sospecha que lo tenía angustiado desde hacía tiempo. No había que darle más vueltas.

Tenía que establecer un contacto amistoso, pues de otra manera no podría averiguar mucho respecto a la población, la producción de alimentos y todo lo que necesitaba saber. Sus labios apretados esbozaron una sonrisa forzada mientras sacaba un frasco del bolsillo.

—Whisky de centeno de anteguerra —dijo—. ¿Quieren un trago?

—¡Qué pregunta! —fue la respuesta de una docena de gargantas secas.

El frasco empezó a circular entre los hombres ansiosos que estiraban las manos y apremiaban a los demás con la mirada. Drummond pensó que el licor casero que ellos destilaban debía de ser bastante ordinario.

El jefe gritó una orden a una de las mujeres, que se acercó presurosa a la primitiva cocina.

—Improvisaremos una comida de rancho —dijo entusiasmado—; me llamo Sam Buckman.

—Encantado de conocerte, Sam —dijo Drummond, apretando con fuerza la garra velluda. De alguna manera había que demostrar a aquella gente que no era un debilucho, un señorito de la ciudad que hace ascos a todo.

—¿Cómo está la situación lejos de aquí? —terminó por preguntar alguien—. Hace tanto que no tenemos noticias...

Habían empezado a comer.

—No se han perdido nada —dijo Drummond entre bocados de una comida bastante aceptable, e hizo un rápido resumen mental.

—Aquí están mucho mejor que en otras partes que he visto —concluyó.

—Sí, quizá sea cierto —dijo Sam Buckman rascándose la barba enmarañada—. ¡Qué no daría yo por una hojita de afeitar! Pero no crea que todo es tan fácil. El primer año fue tan duro para nosotros como para todos los demás. Yo soy granjero; ese invierno pude guardar algunas mazorcas de maíz, un poco de trigo y algo de avena, aunque nos moríamos de hambre. Una horda de refugiados hambrientos invadió mi propiedad, pero pude escapar y llegué hasta aquí. Al año siguiente escogí una granja abandonada y empecé de nuevo.

Drummond dudó que hubiera sido abandonada, pero calló; la necesidad de sobrevivir avasallaba las demás consideraciones.

—Después vinieron otros a establecerse aquí —continuó el líder, rememorando—; todos juntos cultivamos la tierra, tenemos que hacerlo así; nadie podría sobrevivir solo, hay demasiadas plagas y pestes contra las que luchar; además nunca se sabe lo que se va a cosechar, y merodean los forajidos. Por aquí cerca, por suerte, no han pasado muchos, pero hace un invierno derrotamos a algunas tropas enemigas.

Lo dijo con evidente orgullo, pero sin que por eso ganara la admiración de Drummond. Sabía que un puñado de reclutas azorados, hambrientos y muertos de frío en territorio extraño, sin esperanzas siquiera de regresar a su base, no podía ser un enemigo formidable.

—Pero las cosas van mejor; hemos empezado a levantar cabeza —admitió Buckman, pero contrajo el ceño enseguida y agregó en tono sombrío—. Si no fuera por esos nacimientos...

Un frío macizo invadió la habitación.

—Es cierto; los nacimientos, los bebés, hasta los animales y las plantas —hablaba un viejo, los ojos brillantes como los de un loco—. Es la marca del Maldito. Satán anda suelto por el mundo.

—¡Cállate! ¡Cállate o te rompo la cabeza! —gritó furioso el corpulento Buckman, al tiempo que saltaba del asiento para asir al viejo por el arrugado cuello—. Ningún hijo mío ha nacido con la marca del Maldito.

—Mío tampoco.

—Ni mío —dijo un coro de voces asustadas y resentidas que estalló dentro de la cabaña.

—Es el Juicio Final —gritó de nuevo la mujer de voz chillona—. ¡Se acerca el fin del mundo! Preparaos para el segundo advenimiento...

—Cállate tú también, Marge Smith —regañó Buckman.

Permaneció inclinado, con los brazos nudosos balanceándose amenazadores, las manos crispadas y los ojos pequeños y enrojecidos mirando furiosamente a su alrededor a todos los presentes.

—Cerrad la boca y mantenerla cerrada. Yo mando aquí y al que no le guste, que se vaya. No creo que ese crío con cara de ratón que tuviste se cayera al lago por accidente...

La mujer se encogió los brazos apretados. El silencio de la habitación era cortante. Un bebé empezó a lloriquear, tenía dos cabezas. Buckman se volvió lenta y pesadamente hacia Drummond, que permanecía inmóvil, sentado con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Lo ves? —le preguntó—. ¿Ves como es? Quizá sea un castigo de Dios; tal vez el mundo esté llegando a su fin, no lo sé. Lo cierto es que hay muy pocos nacimientos y casi todos los bebés tienen alguna deformidad. Y yo me pregunto si esto seguirá así. ¿Seguimos teniendo hijos monstruosos? ¿Tendremos que... matarlos y esperar que, con el tiempo, nazcan niños normales? ¿Qué es esto? ¿Qué podemos hacer?

Drummond se puso lentamente en pie. Sentía sobre los hombros el peso de siglos. Era el cansancio total, repetido, de haber visto el mismo pánico y escuchado las mismas preguntas desesperadas con demasiada frecuencia.

—No los matéis —dijo—; es el peor crimen que se puede cometer y, de todos modos, no soluciona nada. Es a causa de las bombas y vosotros no podéis hacer nada para evitarlo. Por supuesto, os digo que por ahora seguirán naciendo así; es mejor que

os acostumbréis a la idea.

Para un avión atómico la distancia entre Minnesota y Oregón no era grande, y al mediodía siguiente Drummond aterrizó en Taylor. Esa vez no hubo ninguna prisa por ocultar el avión; una fresca cicatriz en la montaña señalaba el lugar donde estaban construyendo lentamente un nuevo aeropuerto. Poco a poco la gente iba perdiendo el miedo a todo lo que viniera del cielo. Un nuevo miedo amenazaba a todos, y de eso, desgraciadamente, no podían esconderse.

Drummond se dirigía lentamente a la oficina central por la helada calle principal. Era un día de frío intenso que atenazaba la carne a través de la ropa y el calzado. El ambiente no era mucho mejor en la oficina, ya que todavía no se habían normalizado los servicios de calefacción.

—¡Ha regresado! —exclamó Robinson al encontrarle en la antecámara.

Drummond quedó súbitamente paralizado por la impresión. Parecía más delgado, más nervioso, como si hubiera envejecido diez años. La impaciencia lo consumía.

—¿Cómo lo ha encontrado todo? ¿Cómo está?

—Todo consta aquí —contestó Drummond levantando un abultado cuaderno de notas—. Aquí tenemos todos los datos necesarios; no están analizados aún, pero el cuadro es bastante claro.

Robinson le tomó del hombro para conducirlo a la oficina y Drummond sintió que la mano del general temblaba. Sin embargo, antes de entrar en el tema, bebió un trago.

El jefe dirigió una mirada cálida a su subordinado.

—Excelente trabajo —le dijo—; cuando el país esté nuevamente organizado haré que le den una medalla por sus servicios. Ninguno de los otros tres que hemos enviado ha regresado aún.

—No. Quizá seguirán reuniendo datos durante mucho tiempo. Es un trabajo que requiere años de esfuerzo. Lo que tengo aquí es sólo un bosquejo general, pero es suficiente. Suficiente.

Los ojos de Drummond volvían a tener aquella mirada obsesiva. Robinson sintió frío al observar la firmeza del otro.

—¿Es... ? ¿Es malo? —preguntó temblando.

—Peor de lo que creía. Desde el punto de vista físico el país se recupera lentamente, pero en cuanto al aspecto biológico hemos llegado a una encrucijada y parece que hemos tomado por el atajo equivocado.

—¿Que quiere decir? ¿*Que quiere decir?*

Drummond había decidido ser sincero y habló directamente, con rudeza, como una carga de bayoneta.

—La tasa de natalidad llega a la mitad de la anteguerra, y casi la tercera parte de los nacimientos producen mutantes, dos tercios de los cuales pueden adaptarse a la

vida y, tal vez, reproducirse —afirmó—. Por supuesto, eso no incluye ciertas características que tardan en desarrollarse, o aquellas que no se detectan a simple vista, o los genes mutantes recesivos que deben ser transportados por cigotos que en otro sentido parecen normales. El fallo está por todas partes; no hay lugar seguro.

—Ya veo —dijo Robinson tras una larga pausa. Movi6 la cabeza como alguien herido por un golpe repentino y que a6n no tiene conciencia de qu6 ha pasado—. Ya veo. El motivo...

—Es obvio.

—S6, la gente ha pasado por zonas radiactivas...

—No se trata de eso. Esa circunstancia explicaría algunos de los casos, pero...

—No importa. Tenemos los hechos, y eso es suficiente. Ahora hay que decidir qu6 medidas hemos de tomar al respecto.

—Y tendremos que decidirlo pronto —afirm6 Drummond apretando las mand6bulas—, o esto acabar6 por destruir toda nuestra civilizaci6n. Por ahora s6lo hemos logrado mantener nuestra continuidad hist6rica, pero eso tambi6n se ir6 por la borda. La gente enloquece al ver la continuidad de los nacimientos anormales. El temor a lo desconocido aterra a las mentes a6n atolondradas por la guerra y sus consecuencias. Piense que se frustra el instinto de reproducci6n, uno de los m6s fuertes que tiene el hombre. Todo eso trae como consecuencia infanticidios, abandono, desesperaci6n; es un verdadero c6ncer que carcome las ra6ces de la sociedad. Debemos adoptar una decisi6n.

—¿Pero cu6l? ¿Cu6l? —pregunt6 Robinson mir6ndose las manos con desesperaci6n.

—No lo s6. Usted es el l6der. Tal vez deber6mos llevar a cabo una campa6a educativa, aunque a primera vista parece poco pr6ctico. Quiz6 tendr6mos que acelerar el programa de reintegraci6n nacional. Quiz6... no s6 qu6 decirle.

Drummond llen6 la pipa de tabaco. Las reservas estaban a punto de acabarse, pero prefer6 darse el gusto de fumar unas buenas pipas y no regatear el tabaco para aspirar algunas d6biles bocanadas.

—Naturalmente —dijo despu6s de pensar un poco—, no se trata del fin del mundo. Tendremos que dejar pasar una generaci6n, tal vez m6s, para saber la verdad, pero imagino que los mutantes continuar6n en aumento en nuestra sociedad. Llegar6 el d6a en que superar6n en n6mero a los seres normales. Lo cierto es que si dejamos que las cosas sigan su curso, no podemos prever lo que ocurrir6. Piense que es una situaci6n sin precedentes en la historia. Podemos tener como resultado una cultura de variaciones especializadas, lo que resulta perjudicial desde el punto de vista de la evoluci6n. Puede haber una lucha entre diversos tipos de mutantes, o entre ellos y los humanos. Creo que el cruce puede producir anomal6as a6n m6s atroces, especialmente cuando empiecen a aparecer los casos recesivos acumulativos.

Robinson, si queremos influir de algún modo en lo que pase en los próximos siglos, hay que actuar con rapidez. De otra manera, los acontecimientos serán como una gran bola de nieve imposible de detener.

—Sí, de acuerdo; hay que actuar rápido y con decisión.

Robinson se irguió en la silla. La firmeza de sus propósitos endureció sus facciones, pero la mirada seguía siendo vaga. Por último dijo:

—Después de todo, aún estamos movilizados; tenemos el apoyo de una organización, hombres, armas. No podrán resistir.

Las frías cenizas de las emociones de Drummond parecían revueltas.

—¿A qué se refiere? —preguntó ácidamente.

—A una muerte selectiva de carácter racial. Todos los mutantes, y sus padres, deberán ser esterilizados, dondequiera que se encuentren.

—Está loco —exclamó Drummond, que saltó de la silla y tomó a Robinson por los hombros y lo sacudió—. Usted... ¡Es imposible! Solamente acarrearía la rebelión, la guerra civil, el derrumbe definitivo.

—No será así si sabemos actuar —perlas de sudor corrían por la frente del general—. La idea me disgusta tanto como a usted, pero debemos ponerla en práctica si no deseamos que la raza humana perezca. Piense que los recién nacidos normales son una minoría... Hace tiempo que pienso en todo esto —se había puesto en pie—. Los hechos que usted recogió no hacen más que confirmar mis sospechas. ¿Acaso no lo ve? Esto es el golpe de gracia. La evolución es un lento proceso y la vida no fue concebida para cambios tormentosos. Al menos que seamos capaces de salvar el verdadero tronco de la raza humana, ella será absorbida y tendremos ejemplares diferenciados hasta que toda la humanidad no sea más que una colección de monstruosidades, quizá estériles... O tal vez haya muchos recesivos de carácter fatal. En una población numerosa las características pueden ir acumulándose sin ser detectadas, hasta que todos las posean y repentinamente se hagan evidentes. Eso nos barrería de la faz del planeta. Ya ha sucedido con las ratas y otras especies animales. Si en esta etapa logramos eliminar los genes mutantes estaremos a tiempo de salvar la raza. No es necesario que sea un acto de crueldad. Disponemos de técnicas de esterilización rápidas e indoloras que no perturban el equilibrio endocrino —su voz se elevó en un grito desgarrador—. ¡Pero debemos actuar pronto!

Drummond lo abofeteó con fuerza. Robinson respiró entrecortadamente, se sentó y soltó el llanto. Ofrecía un aspecto lamentable.

—Usted está loco —afirmó el piloto—; se ha vuelto loco a fuerza de cavilar sobre el mismo tema en los últimos seis meses sin saber cuando ni como actuar. Ha perdido la perspectiva.

»No podemos emplear la violencia. En primer lugar, destrozaría nuestra vacilante cultura en forma irreparable, la sumiría en una lucha de perros. No tenemos posibilidades de ganar, estamos en minoría y no seríamos capaces de dominar un continente, mucho menos todo el planeta. ¿Recuerda lo que dijimos alguna vez de

renunciar a la manera salvaje de resolver las cosas..., que nunca da buen resultado? No podemos desperdiciar la amarga lección que recibimos hace sólo tres años. Volveríamos al estado animal... Para después extinguirnos irremediabilmente.

Tras una pausa continuó.

—De todas maneras, no nos serviría de nada. El veneno está por todas partes y seguirán naciendo mutantes. En algún momento, padres normales en apariencia engendrarían mutantes. Tenemos que aceptar ese hecho y aprender a vivir con la realidad. La nueva raza humana no tendrá otra alternativa.

—Lo siento mucho —dijo Robinson apartando las manos de la cara. Estaba pálido y envejecido, pero había encontrado cierta calma—. Tiene razón, perdí los estribos. He pasado demasiado tiempo pensando en este problema, preocupado, lleno de dudas y alarma. No he hecho más que respirar y vivir este problema que me ha mantenido despierto por las noches; y cuando lograba conciliar el sueño, era para tener pesadillas sobre lo mismo. Por mi parte, comprendo su actitud, y se que es la acertada.

—Está bien comprendo. Ha estado bajo una terrible tensión durante los últimos tres años, sin descanso y con la responsabilidad de toda una nación sobre los hombros... Y ahora esto. Es para volverse loco. Todo el mundo tiene derecho a que le suceda en algún momento... Pero no se aflija, ya encontraremos la solución.

—Sí, naturalmente —dijo Robinson mientras servía dos abundantes tragos. Bebió el suyo de golpe y empezó a caminar inquieto; su antigua fuerza y competencia parecían volverle en oleadas, y llenarlo de confianza y seguridad—. Es una cuestión de eugenesia, por supuesto. Trabajando duro tendremos organizado el país en menos de diez años. Entonces ya veremos.

»No creo que podamos impedir que los mutantes se crucen unos con otros, pero podemos dictar ciertas normas para protección de los humanos y para promover su procreación. Ya que los casos de mutantes graves serán seguramente estériles y los otros, más atenuados, tendrán algún otro tipo de impedimento, creo que en pocas generaciones volverán a predominar los seres humanos normales.

Drummond frunció el ceño, preocupado. Le extrañaba que Robinson no pudiera razonar, pero de alguna manera era evidente que tenía un bloqueo mental en lo que se refería a ese serio problema de carácter humano. Entonces contestó lentamente:

—Eso tampoco daría resultado. En primer lugar, tendría que ser impuesto a la fuerza. En segundo lugar, sería una representación de la idea de *la raza perfecta*. Los mutantes, por ser inferiores, deben ser mantenidos en su lugar; para conseguir eso sería necesario contar con un estado totalitario en toda la regla, sobre todo cuando hay que dominar a una mayoría. En tercer lugar, no daría resultado aún recurriendo a esas medidas extremas, porque el resto del mundo, casi sin excepción, no puede ejercer un control tan rígido y nosotros no estaríamos en condiciones de establecer una vigilancia general por mucho tiempo... Llevaría generaciones, tal vez. Antes de que eso suceda, los mutantes dominarán la situación en todas partes, y si se rebelan

contra la forma en que tratamos aquí a sus semejantes, será mejor esconderse bajo tierra.

—Usted da por sentadas muchas cosas. ¿Cómo sabe que esos cientos o miles de individuos distintos seguirán una acción concertada? Piense que se parecerán menos entre ellos que el resto de los mortales. Quizá sería posible despertar antagonismos entre ellos.

Quizá. Pero en ese caso estaríamos retrocediendo por el camino de la traición y la violencia. El camino del infierno. En forma recíproca, si cada ejemplar de humano no perfecto recibe el nombre de «mutante», como si perteneciese a una clase separada, pensará que lo es y actuará en consecuencia contra el resto de los llamados «humanos». No. Creo que el único camino hacia la cordura, que nos permitirá sobrevivir, es despojarnos por completo de todo prejuicio y odio racial y trabajar como individuos. En resumidas cuentas todos somos terráqueos y las subclasificaciones pueden ser peligrosas. Ya que debemos convivir hagámoslo lo mejor que podamos.

—Sí, sí; en eso tiene razón.

—De todos modos, repito, todos esos intentos resultarán infructuosos, ya que toda la Tierra está infectada con síntomas de mutación. Esto se prolongará por mucho tiempo. La cepa humana más pura producirá mutantes.

Sí... Es cierto. Lo mejor que podemos hacer es separar las cepas más puras y aislarlas en las pocas zonas seguras que quedan. Traerá como consecuencia una raza humana muy reducida pero será pura.

—Le repito que no hay lugar seguro, no queda ninguno —interrumpió Drummond.

Robinson dejó de caminar y lo miró fijamente, como el antagonista de una pelea.

—¿Es cierto? —gruñó casi—. ¿Por qué?

Drummond no podía creer lo que escuchaba cuando replicó:

—Con seguridad tenía usted que saberlo. ¿No se lo dijeron los médicos, los ingenieros, los expertos en genética que le proporcioné? ¿Acaso los físicos no lograron medir la intensidad de fenómeno? Es evidente que de haber obtenido toda esa información biológica que me ha estado pasando con cuentagotas. Todos deben haberle dicho más o menos lo mismo.

Robinson, testarudo, sacudió la cabeza.

—No puede ser, escapa a toda razón. No creo que la concentración sea tan elevada.

—¿Cómo?! No sea infeliz. Sólo con mirar a su alrededor podrá ver las pruebas de lo que afirmo. Vea las plantas, los animales. ¿No han nacido algunos bebés en Taylor?

—No. Éste es un pueblo casi exclusivamente de hombres, aunque las mujeres empiezan a llegar lentamente y hay varios niños en camino. Elaine está a punto de dar a luz; se encuentra en el hospital. ¿Pero no ve? Perdimos un hijo a consecuencia

de la plaga y el que viene es todo lo que tenemos. Deseamos que nazca en un mundo libre de privaciones y de miedo, en un mundo de paz, sin la locura que hemos padecido. Que pueda jugar, reír, convertirse en un hombre feliz. No queremos una bestia que se muera de hambre en una cueva. Usted y yo estamos al final del camino, pertenecemos a la vieja generación, la que destruyó el mundo. Ahora nos toca volver a construirlo para legarlo a nuestros hijos. Es preciso retirarse a tiempo y dar paso a los hijos del mañana. El futuro les pertenece y tenemos que dejarlo preparado.

Drummond comprendió de golpe. La verdad lo hirió como un rayo, lo dejó inmóvil. Con la comprensión le llegó la compasión y una extraña dulzura transformó su cara huesuda y cavernosa.

—Sí —murmuró—, ya veo. Por eso dedica todas sus energías a trabajar para hacer un mundo mejor, más sano. Por eso casi se volvió loco ante esta nueva amenaza. De ahí que le resulte imposible comprender.

Tomó el brazo del general para llevarlo hacia la puerta.

—Vamos —dijo—. Vamos a ver como está su mujer. Tal vez encontremos algunas flores por el camino para ella.

Cuando salieron a la calle sintieron la mordedura del frío. La nieve, ya sucia de hollín y humo, crujía bajo los pies, pero el cielo estaba asombrosamente azul y limpio. El aliento les salía por la nariz en nubes de vapor blanco. De las cercanas montañas llegaban los ruidos producidos por hombres ocupados en la reconstrucción.

—¿No sería posible emigrar a otro planeta? —preguntó repentinamente Robinson, que se contestó a sí mismo—. No, carecemos de la organización y los recursos necesarios para establecerlos de inmediato. Debemos contentarnos con la Tierra. Quizás haya algunos lugares incontaminados. Tiene que haber otros más donde los humanos puros puedan refugiarse hasta que pase el periodo de mutación. Sí, es posible.

—Insisto en que no hay lugares seguros —dijo Drummond—, y si los hubiere los mutantes seguirían siendo más numerosos que nosotros. ¿El experto en genética tiene alguna idea de como saldrá esto? Digo, desde un punto de vista biológico...

—No lo sabe. La suya es una especialidad nueva, poco conocida; lo único que puede hacer son conjeturas de carácter científico, eso es todo.

—Sí. De todos modos, el problema al que nos enfrentamos es aprender a vivir con los mutantes, aceptarlos a todos como... terráqueos, a pesar de aspecto físico, y dejar de pensar en el empleo de la fuerza para arreglar las diferencias. Debemos construir una civilización que sea la suma del sentido común y la cordura de todos los individuos. Es curioso —comentó Drummond— cómo esas virtudes poco prácticas como la tolerancia, la simpatía, la generosidad, se han convertido en necesidades fundamentales para la mera supervivencia. Es posible que siempre haya sido verdad, pero se necesitó la muerte de media humanidad y el final de una era biológica para

hacernos ver un hecho tan simple. Nos espera una tarea titánica. En unas pocas generaciones debemos superar medio millón de años de brutalidad y codicia, supersticiones y prejuicios. Si fracasamos la humanidad está perdida. Pero debemos hacer todo lo posible.

En una casa encontraron algunas flores de tiesto y Robinson las compró por el resto de su tabaco. Al llegar al hospital estaba sudando; la transpiración se le heló en la cara mientras caminaban.

El hospital estaba en el edificio más grande del pueblo y contaba con un buen equipo. Una enfermera los saludó al llegar.

—El bebé está a punto de nacer —dijo.

—¿Cómo... está mi... mujer?

—Por ahora bien. Hagan el favor de esperar aquí.

Drummond se dejó caer en una silla y contempló, cansado, el caminar intranquilo de Robinson.

Pobre tipo, pensó, ¿Que le encontrarán de gracioso al hombre que espera impaciente el nacimiento de un hijo? Es como reírse de alguien que está en el cepo. Lo sé, Bárbara, lo sé.

—Le darán un poco de anestesia —murmuró el general—. Elaine no es muy fuerte.

—No se preocupe, todo saldrá bien.

Me preocupa lo que viene después, pensó Drummond.

—Sí, sí —dijo Robinson—. Me pregunto para cuándo... ¿Para cuando?

—Depende. Quédese tranquilo —le contestó Drummond. Y haciendo un pequeño sacrificio por alguien a quien se estima, le obsequió la pipa—. Tome, necesita fumar.

—Gracias —dijo Robinson mientras aspiraba con fuerza.

Los minutos pasaban con lentitud mientras Drummond se preguntaba vagamente que haría cuando... sucediera. No era forzoso que fuera así, pero lo más factible era que no hubiera solución fácil. No se consideraba psicólogo y creyó mejor dejar que las cosas siguieran su curso natural.

Por fin la espera terminó. Un médico, de aspecto sacerdotal con su uniforme blanco, apareció ante ellos. Robinson quedó inmóvil, incapacitado de decir palabra, el rostro angustiado por la pregunta que no se atrevía a formular.

—Usted es valiente —dijo el doctor quitándose la máscara—; pues bien, necesitará todo su valor.

—Acaso ella... —el graznido ronco no parecía salir de una garganta humana.

—Su esposa está muy bien, pero el bebé...

En este momento apareció una enfermera con un bulto informe que lloriqueaba en sus brazos. Los miembros eran como tentáculos gomosos que terminaban en dedos sin hueso.

Robinson miró, y algo pareció morir en él mientras permanecía en el lugar. Al volverse, su cara era una máscara rígida.

—Considérese afortunado —dijo Drummond sinceramente después de haber visto demasiados mutantes—. Después de todo, si puede valerse de esas manos podrá desenvolverse sin dificultad; quizá hasta sean una ventaja para cierto tipo de trabajo. En realidad no se trata de ninguna deformidad. Si eso es todo lo que tiene, puede darse por satisfecho. Le ha nacido un hijo bastante bueno.

—Sí, pero... Ahí esta la cuestión, con los mutantes nunca se sabe.

—Cierto, pero usted y Elaine son personas de coraje. Juntos podrían afrontar esto con éxito.

Mientras hablaba, Drummond sentía una tremenda desolación interior. Pero siguió hablando, quizá para cubrir el vacío que sentía.

—Ahora comprendo porqué no entendía el problema. No quería verlo. Era un bloqueo psicológico que suprimía un hecho que usted no quería encarar. Ese niño es el centro de su vida y por lo tanto no podía ver la verdad con respecto a él, por eso el subconsciente se negaba a pensar racionalmente en el tema. Pero ahora lo sabe. Ahora puede ver que no hay lugar seguro, en ninguna parte del planeta. La gran cantidad de nacimientos mutantes debió de habérselo demostrado desde el primer momento. Casi todas las características son de tipo recesivo, es decir que los padres deben tenerlas para que aparezcan en el germen. Pero los cambios genéticos son siempre accidentales, salvo por una tendencia a presentarse en forma similar. Los tréboles de cuatro hojas por ejemplo. Piense en el tremendo número de cambios necesarios para producirse todos en un par de años. Piense también en cuántos, *cuántos* recesivos debe haber sólo en ciertos genes que esperan su par para manifestarse. Tenemos que correr el riesgo de algo mortal que se va acumulando; no podremos saber la verdad hasta que sea demasiado tarde.

—El polvo...

—Si, el polvo radiactivo. Es un coloide y al estallar las bombas se formaron innumerables radioloides; el polvo común se introduce en las formas isotrópicas inestables cerca de los cráteres. También debe haber radiogases, probablemente. A estas alturas el veneno se habrá diseminado por todo el mundo, empujado por el viento y las corrientes de aire. Los coloides pueden permanecer suspendidos indefinidamente en la atmósfera.

»La concentración resulta demasiado alta para la vida, aunque un físico me dijo que la había medido, y que la había encontrado muy cerca de los límites de seguridad, en cuyo caso se producirán muchos casos de cáncer. Pero está en todas partes, en cada aliento que respiramos, en cada migaja que comemos y en cada gota que bebemos; sobre cualquier terrón que pisamos, allí está el polvo. También está en la estratosfera, bien alejado de la superficie terrestre, y llega, posiblemente, a una buena distancia por debajo de la misma. La única salvación sería encerrarnos en cámaras herméticas con aire acondicionado, siempre que nos coloquemos trajes espaciales para salir al exterior. Considerando las condiciones actuales eso es imposible.

»Antes, las mutaciones eran muy raras porque una partícula cargada debe

acercarse mucho a un gen y moverse con mucha rapidez para que sus efectos electromagnéticos causen cambios físico-químicos; después ese cromosoma en particular tiene que entrar en periodo de reproducción. En cambio, ahora las partículas cargadas están por todas partes y también están diseminados los rayos gamma que producen más. Aún con una concentración relativamente baja, las posibilidades son que un organismo con tantas células combinadas dé origen a un mutante, por lo menos. Como hemos visto, existen grandes posibilidades de que recesivos similares se encuentren en una primera generación. Nadie está a salvo, y ningún lugar es seguro.

—El experto en genética cree que seguirá habiendo algunos humanos puros.

—Algunos pocos, probablemente. Después de todo la radiactividad no es tan concentrada y sigue quemándose. Pero pasarán cincuenta o cien años para que el proceso pueda considerarse insignificante, y para ese entonces la cepa pura estará en minoría. Además están los recesivos sin su par, esperando para aparecer en cualquier momento.

—Tiene usted razón. Nunca debimos haber inventado la ciencia; trajo el ocaso de nuestra raza.

—Yo no he dicho eso. La raza humana provocó su propia destrucción mediante el mal empleo de la ciencia. En todo, salvo en la base psicológica, nuestra cultura fue siempre científica; por lo tanto, de nosotros depende el último paso, el más duro. Si lo damos, es posible que la raza sobreviva.

Drummond empujó a Robinson hacia la puerta interior.

—Está agotado, con el ánimo de un derrotista, dispuesto a abandonar. Vaya a ver a Elaine y déle mis saludos. Después tómese un buen descanso antes de volver al trabajo. Insisto, creo que le ha nacido un buen hijo.

El presidente de *facto* de los Estados Unidos salió mecánicamente de la habitación.

La Reina del Aire y las Tinieblas^[*]

El último resplandor del último crepúsculo habría de persistir casi hasta mediado el invierno. Sería el último día, para regocijo de las tierras septentrionales. Se abrieron los capullos, en el abrojo de fuego estalló el botón flamígero, las azuladas flores de acero rebotaban de la cañada y un manto de no-me-beses esparcía su tímida blancura por todo el valle, abanicado suavemente por las alas iridiscentes de los revoloteadores. Un ciervo macho hizo resonar su cornamenta como una trompeta sacudiéndola. Limitada por dos horizontes, la inmensidad celeste cambiaba del púrpura profundo al pardo negruzco. Ambas lunas, casi llenas, besaban las aguas desde las alturas con su resplandor plumizo que bordeaba el follaje como la mordedura de la escarcha. Enorme cortinaje de luz extendido en medio del firmamento, la aurora borroneaba las sombras y tras ella asomaban las primeras estrellas.

Un joven y una muchacha se habían sentado bajo el dolmen, en el túmulo de Wolond. Blanqueadas por el sol estival, las cabelleras les cubrían las espaldas haciendo contraste con la piel tostada por el verano, y sus cuerpos gráciles, desnudos excepto por las guirnaldas que lucían, se confundían con la tierra, las rocas, la maleza.

Él tocaba una flauta de hueso, la joven cantaba. Amantes recientes, no tendrían más de dieciséis años pero, ignorantes de su edad, considerábanse Extraños e indiferentes al paso del tiempo. Poco o nada recordaban de la época en que habían habitado las tierras del hombre.

Las notas frías se enhebraban en torno a la voz femenina.

*Urde un hechizo
trámalo bien
de polvo y rocío
de noche y de ti.*

Los rápidos del arroyuelo sobre los que viajaban los rayos lunares hasta un río escondido entre las colinas resplandecieron junto al túmulo funerario. La negrura de una banda de murciélagos se deslizó bajo la aurora.

Una forma saltarina se acercó a la Ciénaga de las Tinieblas. Tenía brazos y piernas largas que terminaban en garras. Plumaz verdes le cubrían totalmente desde la cola hasta las anchas alas. Sus ojos se destacaban en la cara semihumana. Si Ayoch hubiera podido mantenerse erguido, habría llegado al hombro del niño.

—Lleva una carga —dijo la muchacha poniéndose en pie.

Criatura del norte, sus ojos no estaban adaptados al crepúsculo. Pero había aprendido a conocer cada uno de los signos captados por sus sentidos. Por regla general los pucas volaban, pero a pesar de su prisa éste era pesado.

—Viene del sur —dijo el joven.

Excitado como una llama verde que atravesara repentinamente la constelación de Lyrth, descendió corriendo del túbulo.

—¡Eh, Ayoch! —gritó—. Aquí yo, Rebaño de Brumas.

—Y yo, Sombra de un Sueño —agregó la muchacha.

El puca hizo un alto. Su respiración era más agitada que los suspiros del viento entre el follaje inquieto. Del lugar donde se había detenido surgía un olor a tierra pisoteada.

—Volveremos a encontrarnos cuando nazca el invierno —silbó—. Podéis ayudarme a llevar esto a Carheddin —levantó lo que llevaba mientras las dos lanternas amarillas de sus ojos brillaban de entusiasmo.

Aquello se retorció y simultáneamente gimoteaba.

—¡... un niño, mira! —exclamó Rebaño de Brumas.

—Como tú lo has sido, hijo mío; como tú lo has sido. ¡Ja, ja! ¡Qué hallazgo! —se jactó Ayoch—. Allá en el campamento, cerca del Bosque Abandonado, había unos cuantos. Pero estaban armados y además de motores vigilantes tenían perros grandes y feroces que recorrían el lugar mientras todos dormían. Los espíe y me acerqué por arriba cuando una nube de polvo...

—¡Pobrecillo! —dijo Sombra de un Sueño apretando al niño contra sus pequeños senos— ¿estás cargado de sueño, verdad?

El infante buscó ciegamente el pezón y la niña-mujer sonrió a través de la cortina de su pelo.

—Aún soy demasiado joven y tú ya eres muy viejo. Pero ven, Cuando despiertes en Carheddin, al pie de la montaña, tendrás un verdadero banquete.

—¡Aleluya! Ella ha salido de su morada, ha oído y visto algo. Siento que viene —dijo Ayoch suavemente y se agazapó plegando sus alas.

Pasado un momento Rebaño de Brumas se arrodilló y Sombra de un Sueño hizo otro tanto, sin abandonar al niño.

La alta silueta de la Reina logró eclipsar las dos lunas. Permaneció inmóvil un instante, contemplando a los tres y a su botín. Hasta tal punto llegó a apagarse en sus conciencias todo ruido proveniente del brezal y las colinas, que les pareció escuchar el siseo de la aurora.

Ayoch se atrevió por fin a susurrar.

—¿He procedido bien, Madre Estrella?

—Si has raptado un niño del campamento repleto de maquinaria —dijo la hermosa voz—, debe ser gente del sur y tal vez no soporten la pérdida con la misma resignación que un tosco labrador.

—¿Y que podrán hacer, Dueña de la Nieve? —preguntó el puca—. ¿Acaso nos seguirán el rastro?

—Ahora ya conocen el pavor que les inspiramos —dijo Rebaño de Brumas, levantando orgulloso su cabeza.

—Es un adorable puñadito de carne —dijo Sombra de un Sueño—. ¡Qué falta nos harían otros como él! ¿No lo crees, Dama del Cielo?

—En algún crepúsculo tenía que suceder —afirmó la que permanecía en lo alto—. Llévalo con vosotros y protegedlo. Por este signo —dijo mientras lo hacía— pertenece a los Moradores.

Rebosaban de alegría. Ayoch hizo varias volteretas por el suelo hasta dar con un tremul-hoja. Trepó entonces por el tronco, se posó sobre una rama y, semiescondido en el inquieto follaje cantó victoria. La joven pareja llevaba al niño hacia Carheddin a un galope tan largo y pausado que le permitía a él tañer el instrumento y a ella cantar así:

*Guay, guay, ay...
Alaya lai,
Ala en el viento
Alto en el cielo
grito estridente
cual gota de lluvia
cae en el tumulto.
Flotad hacia los árboles lunares y las sombras densas
Como sueños que proyectan,
meceos al ritmo de las ondas cristalinas del lago
donde se ahogan los rayos estelares.*

A pesar de la pena y la furia que la poseían, Barbro Cullen sintió al entrar el puñal del desconcierto. El cuarto estaba en desorden. Sobre todas las mesas había pilas de periódicos, cintas, carretes, códigos, cajas de archivo, papeles cubiertos de escritura. Una película de polvo cubría casi todos los rincones y repisas. Contra una pared había todo lo necesario para un laboratorio: un microscopio, equipo para análisis. Reconoció que era muy eficiente y bien organizado, pero no lo que cabría esperar de una oficina; además, todo exhalaba un leve vaho químico. La alfombra estaba raída; los muebles gastados.

¿Y esta era su última oportunidad?

Entonces se acercó Eric Sherrinford.

—Buenos días, señora Cullen —le dijo.

Vigoroso era el tono de voz y firme el apretón de manos. No pareció molestarse por el desteñido traje de noche, ya que ella se preocupaba de su apariencia sólo en ocasiones especiales. (Y era difícil que volviera a presentársele otra si no encontraba a su Jimmy). Observó en él la extrema pulcritud de un gato.

Al sonreírle, finas patas de gallo se dibujaron en torno a los ojos del hombre.

—Perdone el desorden propio de un soltero. Sucede que en Beowulf tenemos, o

teníamos, las maquinarias necesarias para ocuparse de la limpieza y nunca adquirí el hábito de hacerlo yo; por otra parte, no deseo que ningún mercenario maneje mis herramientas. Además, resulta más conveniente trabajar en mi apartamento que tener una oficina aparte. ¿Desea sentarse?

—No, gracias; no podría —murmuró ella.

—Comprendo, pero si me permite, pienso mejor cuando descanso.

Se sentó en el diván y cruzó las piernas. Encontró una pipa y empezó a llenarla del tabaco que había en un saquito. Barbro se preguntó por qué llevaría el tabaco en un envase tan pasado de moda. ¿Acaso no tenían en Beowulf los equipos más modernos que en Roland aún no podían permitirse? Y bien, posiblemente seguían prevaleciendo ciertas viejas costumbres...

Recordó haber oído que, por lo general, así ocurría en las colonias. La gente había salido hacia las estrellas con la esperanza de conservar cosas tan anticuadas como la lengua materna, la forma constitucional de gobierno o una civilización tecnológica racional.

Sherrinford la sacudió del ensueño en que el cansancio la había sumido.

—Es preciso que me de los detalles de su caso, señora. Hasta ahora sólo me ha dicho que su hijo fue raptado y que el aguacil local no ha hecho nada. Aparte de eso, todo lo que conozco son algunos hechos obvios: que usted es viuda y no divorciada, que sus padres viven en un lugar muy apartado en tierras de Olga Ivanoff, a pesar de lo cual se mantienen en constante comunicación telefónica con Estación Navidad. Se asimismo que usted ha seguido una carrera en biología y que, tras una prolongada interrupción de sus trabajos de investigación, los ha reiniciado en fecha reciente.

La mujer, asombrada, notó los pómulos altos, la nariz aguileña y el pelo renegrido del hombre cuyos ojos grises la miraban con agudeza. Su encendedor hizo un chasquido al producir una llama que pareció iluminar toda la habitación. A la altura en que se encontraban, la quietud y la penumbra invernal reinantes sobre la ciudad parecían filtrarse por la ventana.

—¿Cómo es posible que sepa todo eso? —se oyó decir ella.

Encogiéndose de hombros, él adoptó la pose de conferenciante que lo caracterizaba[<<].

—Mi trabajo consiste en captar todos los detalles y relacionarlos debidamente. En más de cien años de vivir en Roland, la gente tiende a agruparse de acuerdo con sus orígenes y formas de pensar, y ha desarrollado un acento regional. En usted quedan rastros del zumbido olguiano, pero emite vocales nasales al estilo de esta zona, aunque vive en Puertolondres. Eso sugiere que en la niñez ha estado en contacto con un idioma metropolitano. Según me ha dicho, usted formaba parte de la expedición de Matsuyama y había traído a su hijo. A ningún técnico ordinario le habrían permitido hacer otro tanto; en consecuencia, usted debe ser una persona muy valiosa, como lo señala el hecho de haberlo conseguido. Este equipo estaba encargado de ciertas investigaciones de carácter ecológico y, en consecuencia, usted debe estar

especializada en ciencias naturales. Y por lo mismo, obviamente, tiene experiencia en trabajos de investigación. Su piel clara muestra ya cierta aspereza apergaminada por las largas y frecuentes exposiciones al sol. Por eso, pienso que debe haber pasado mucho tiempo en un lugar cerrado antes de este viaje... En cuanto a su viudez, a pesar de que nunca me nombró a su marido..., es evidente que en su vida hubo un hombre del que guarda tan buen recuerdo que aún lleva su anillo de compromiso y de bodas.

Las últimas palabras le trajeron el recuerdo de Tim: grande, rubicundo de risa fácil, siempre suave. Se le nublaron los ojos y sintió una punzada, pero hizo un esfuerzo por apartarse de esa presencia y mirar hacia afuera.

—Sí —dijo finalmente—, tiene razón.

El apartamento se levantaba en la cima de una colina sobre Estación Navidad. Allá abajo, la ciudad con sus paredes, techos y chimeneas arcaicas, calles iluminadas y luces-duendes de vehículos pilotados por hombres se perdía hacia el puerto y la curva de la Bahía Ventura; barcos que iban y venían hacia las Islas meridionales y regiones más alejadas del Océano Boreal centelleaban como gotas de mercurio bajo el resplandor mortecino de Carlomagno. Oliver, moteado disco de color naranja de un grado de ancho se elevaba rápidamente, próximo al cenit que nunca alcanzaría, para terminar brillando con la intensidad del hielo. Próxima a Cirio lucía la afilada media luna de Alda que se veía en la mitad de su tamaño natural y, según ella recordaba, era cercana al Sol, pero el Sol imposible de ver sin ayuda de un telescopio.

—Sí —dijo ella con la garganta apretada por el dolor—; mi esposo murió hace cuatro años. Yo estaba embarazada de nuestro primer hijo cuando lo mató un monoceros desbocado. Hacía tres años que nos habíamos casado después de conocernos en la universidad. Como sabe, aquellos que son rechazados por la Escuela Central sólo pueden impartir educación elemental. Entonces formamos nuestro equipo para efectuar investigaciones ecológicas por contrato. Ya se imagina usted, cosas como: qué posibilidades hay de mantener el equilibrio natural en cierta zona, qué se puede cosechar, qué peligros se corren..., toda esa serie de problemas. Y bien, más tarde hice algunos trabajos de laboratorio para una cooperativa de Puertolondres. Pero no pude soportar el encierro, la monotonía del trabajo, y el profesor Matsuyama me ofreció un puesto en el equipo que él estaba organizando para investigar las tierras del comisionado Hauch. Yo creía —Dios me perdone— que Jimmy (Tim eligió el nombre James cuando supimos por las pruebas que sería varón; era el nombre de su padre, y además, Tim y Jimmy...). ¡Oh! y pensar que en ese momento creí que Jimmy estaría más seguro al venir conmigo. Teniendo en cuenta su edad no podía aceptar la idea de dejarlo solo varios meses. Pensé tomar todas las precauciones necesarias para que nunca se alejara del campamento... ¿Y qué peligros podía correr dentro de los límites del campamento? Nunca creí esas historias de Extraños que raptan a los hijos de los humanos. Supuse que muchas veces los padres buscaban excusas por su negligencia al haber dejado a los niños andar por el bosque o a merced

de una jauría de satanes o... bueno, pero ahora no pienso de la misma manera, señor Sherrinford. Lo cierto es que alguien logró burlar la vigilancia de los robots guardianes, drogó a los perros, y cuando desperté Jimmy había desaparecido.

Él la miraba a través del humo de la pipa. Barbro Engdahl Cullen era una mujer grande, huesuda, de unos treinta años. (Años de Roland, reflexionó, equivalentes al noventa y cinco por ciento de los años terráqueos, por lo que no son iguales a los de Beowulf). A pesar de los hombros anchos, las piernas largas y el busto abundante, era de andar grácil. Su cara ancha lucía una nariz recta, honestos ojos castaños y una boca carnosa pero expresiva. El cabello castaño-rojizo estaba cortado debajo de las orejas; tenía una voz ronca. Vestía una simple túnica de calle. Para aquietar los dedos que se retorcían nerviosos, él le preguntó escépticamente^[<<]:

—¿Y ahora cree en los Extraños?

—No, pero no estoy tan segura como antes —giró un poco, lo miraba de reojo—. Hemos encontrado algunos rastros.

—Son restos de fósiles —dijo él moviendo la cabeza—. Algunos artefactos de la era neolítica. Aparentemente son muy antiguos, como si sus fabricantes hubieran muerto varias eras atrás. Pero las más intensivas investigaciones no han logrado dar con ninguna evidencia que atestigüe su supervivencia.

—Ignoro cuán exhaustiva puede ser una investigación realizada en esa soledad sacudida por tormentas estivales, o en la oscuridad invernal que envuelve el Polo Norte —dijo ella—, teniendo en cuenta que somos... ¿cuantos? Tal vez un millón de personas en todo el planeta, la mitad de las cuales está apiñada en ester lugar.

—Y el resto amontonado en el único continente habitable —señaló él.

—Ártica tiene cinco millones de kilómetros cuadrados —replicó ella—; la zona ártica propiamente tal es sólo una cuarta parte de eso. No tenemos la capacidad industrial necesaria para establecer estaciones-satélite monitoras, construir aeronaves para usar en esas zonas ni trazar caminos a través de esas malditas tierras sombrías, ni tampoco para establecer bases permanentes a fin de conocerlas y civilizarlas. ¡Dios mío! Varias generaciones remotas de colonos han estado tejiendo historias sobre Mantogrís y sólo el año pasado un verdadero científico vio a la bestia.

—¿... y sigue dudando de la existencia de los Extraños?

—Bueno, ¿no podría tratarse de un culto secreto surgido entre los humanos a causa del aislamiento y la ignorancia? y una de cuyas manifestaciones sería permanecer agazapados en los yermos para robar niños y... Oh, yo pensé que usted...

Y después de hablar bajó la cabeza.

—Según lo que usted me adelantara por el videófono, el alguacil de Puertolondres pone en duda la exactitud del informe que hizo su grupo; en realidad piensa que ustedes se dejaron dominar por la histeria y está seguro de que omitieron tomar las precauciones necesarias al permitir que el niño anduviera libremente hasta perderse más allá de donde podían hallarlo.

Las duras palabras le hicieron ruborizar, y replicó con el rostro encendido:

—¿Quiere decir como el hijo de un colono cualquiera? No es cierto. No me limité a gritar. Consulté datos recuperados y encontré muchos casos similares en los archivos para que el hecho pueda atribuirse a un accidente fortuito. Además, ¿es posible ignorar totalmente las numerosas historias llenas de miedo acerca de reapariciones? Pero cuando volví a presentarme al alguacil con esas pruebas, me despacharon sin ningún miramiento. Sospecho que esa actitud no se debe solamente a que no cuentan con la ayuda necesaria; más bien creo que ellos también tienen miedo... Los reclutas son muchachos campesinos y Puertolondres está cerca de la frontera con lo desconocido.

Con el resto de fuerza que le quedaba, agregó:

—Roland no tiene una fuerza policial central. Usted es mi última esperanza.

Su interlocutor continuaba echando bocanadas de humo que se confundían con la luz crepuscular, y él contestó en una voz más suave que la que había empleado hasta entonces.

—Por favor, controle sus esperanzas, señora Cullen. En este mundo soy solamente un investigador privado solitario y no cuento con ningún recurso más que mi propia persona; para colmo soy un recién llegado.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Doce años. Apenas lo suficiente para familiarizarme un poco con estas costas relativamente civilizadas. ¿Qué saben aún ustedes, colonos desde hace por lo menos un siglo, sobre el interior de Ártica? —suspiró resignado y agregó—: Aceptaré el caso y no le cobraré más que lo que debo, sólo por la experiencia que representará para mí, pero con la condición de que usted sea mi guía ayudante por doloroso que le resulte.

—Naturalmente. Me aterra la idea de esperar sin hacer nada. Pero ¿por qué me elige a mí?

—Contratar a otra persona con los mismos conocimientos resultaría prohibitivo, especialmente en un planeta pionero donde cada mano tiene miles de tareas que desempeñar. Además, usted tiene un motivo y eso me conviene. Como todo nacido en otro planeta completamente extraño a la madre Tierra, soy cobardemente consciente de las desventajas que tenemos.

La noche caía sobre Estación Navidad. El aire se mantenía tibio, pero delgados zarcillos de niebla se filtraban por las calles dándoles una fría apariencia. Más fría aún era la aurora que temblaba entre las lunas. Instintivamente la mujer se acercó más al hombre en la penumbra de la habitación y él encendió un panel fluorescente. Les invadió la misma sensación de hallarse solos en Roland.

Un año luz no es mucho considerando las distancias galácticas. Pero recorrerlo caminando exigiría 270 millones de años a partir de la mitad de la Era Permiana, en que los dinosaurios pertenecían al futuro remoto, y continuando hasta el presente en

que las naves espaciales atraviesan distancias aún mayores. Pero en nuestra vecindad las estrellas están apartadas por un promedio de nueve años-luz y sólo un uno por ciento posee planetas donde el hombre puede habitar; por otra parte, las velocidades tienen un límite menor al de la radiación. Apenas puede considerarse de alguna ayuda una relativa contracción del tiempo y la animación suspendida en el trayecto. Si bien esos recursos parecen abreviar los viajes, entre tanto la historia no se detiene.

Por lo tanto los viajes intersolares son poco frecuentes. Sólo se convertirán en colonos aquellos que tienen razones muy especiales para irse. Llevan consigo germen plasmático para el cultivo exogenético de plantas y animales domésticos, así como de niños humanos, a fin de que la población pueda crecer con la suficiente celeridad como para evitar la muerte por desgaste genético. Después de todo, no se puede contar con un constante flujo migratorio. Sólo dos o tres veces por siglo puede llegar una nave de otra colonia. (No de la Tierra. Tiempo hace que la Tierra se ha hundido en el reino de lo extranjero)^[<<]. Su lugar de origen es, por lo general, una antigua colonia. Los más jóvenes no están capacitados para construir ni pilotar embarcaciones interestelares.

Existen serias dudas en cuanto a su simple supervivencia y ni que hablar de su posible modernización. Los padres fundadores echaron mano de lo que pudieron, teniendo en cuenta que se trataba de un universo que no había sido especialmente creado para el hombre.

Consideremos a Roland, por ejemplo. Es uno de esos felices descubrimientos; un mundo en el que pueden vivir los humanos, respirar el aire, comer los alimentos, beber el agua, trasladarse desnudos si así lo desean, sembrar las mieses, dejar pastar los animales, cavar las minas, levantar sus hogares, criar sus hijos y nietos. Bien vale la pena atravesar tres cuartos de un siglo-luz para conservar ciertos valores caros al hombre y echar nuevas raíces en el suelo de Roland.

Pero la estrella Carlomagno es del tipo F9, un cuarenta por ciento más brillante que el sol, más saturada que éste de los traicioneros rayos ultravioletas y más amenazante debido a los vientos cargados de partículas que él emite. El planeta tiene una órbita excéntrica. La insolación total es el doble de la que recibe la Tierra en medio del breve pero furioso verano septentrional, y en la profundidad del largo invierno nórdico no alcanza siquiera el promedio terráqueo.

Por todas partes abunda la vida original. Pero, al carecer de complicadas maquinarias y sin las posibilidades económicas de fabricarlas salvo por algunos pocos especialistas, el hombre solamente puede soportar las altas latitudes. La inclinación del eje, calculada en 10 grados, agregada a la órbita irregular, significan que la parte septentrional del continente ártico pasa la mitad del año en una ininterrumpida oscuridad. En torno al Polo Sur se extiende un océano vacío.

Hay otras diferencias con la Tierra que, consideradas en forma superficial, pueden parecer más importantes: Roland tiene dos lunas, pequeñas pero cercanas, que hacen recordar a corrientes en conflicto. Completa una rotación cada treinta y dos horas lo

que, sutil pero constantemente, perturba a aquellos organismos que han evolucionado a través de años geos a un ritmo más acelerado. También las características climáticas son muy distintas de las terráqueas. Pensemos que el diámetro de ese globo es de apenas 9500 kilómetros; la gravedad en la superficie es de 0,42 por 980 cm/seg²; la presión del aire a nivel del mar es ligeramente superior a una atmósfera terráquea. (En realidad, el fenómeno es la Tierra, ya que la existencia del hombre se debe a un mero accidente cósmico que expulsó la mayor parte de los gases que un cuerpo de su tamaño debió de haber conservado, como sucedió con Venus).

No obstante, el Homo Sapiens merece realmente esa designación cuando se dedica a la especialidad de no especializarse. Sus repetidos intentos por aprisionarse en un molde rígido con todas las respuestas en cuanto a cultura o ideología, o como lo haya llamado, no han hecho más que acarrearle penurias sin fin. En cambio, si se le presenta el problema práctico de supervivencia veremos que se desenvuelve bastante bien, trata de adaptarse dentro de amplios límites.

Estos límites están determinados por factores tales como su necesidad de luz solar, siendo ésta necesaria e inevitablemente parte de la vida que le rodea y a la vez criatura de la intimidad de su espíritu^[<<].

Los límites de Puertolondres con sus buques, maquinaria y depósitos, avanzan sobre el golfo de Polaris. Detrás de una confusa algarabía se apelotonan las viviendas de sus cinco mil habitantes permanentes, constituidas por paredes de cemento, celosías contra tormentas y agudos techos de tejas. Los alegres colores de la pintura se destiñen debido a las lámparas. Ésta ciudad se encuentra más allá del Círculo Ártico.

No obstante, Sherrinford señaló:

—Alegre lugar, ¿no es cierto? Fue una de esas cosas que me impulsó a venir a Roland.

Barbro no contestó. Estaba fatigada después de los días que había pasado en Estación Navidad esperando que él se preparara. Mientras observaba por la cúpula del taxi que en rápidos giros los llevaba desde la hydrofolia en que había viajado hasta el centro de la ciudad, pensó que tal vez se refería a las selvas lujuriosas y praderas que se observaban al lado del camino, a la brillante gama fosforescente de las flores en los jardines, al clamor de las alas que sobrevolaban. En contraste con la flora terráquea de climas fríos, la vegetación ártica almacena ávidamente y emplea con avaricia cada hora de luz diurna. Cuando las fiebres estivales dan paso al suave invierno estalla en pimpollos y frutas; los animales de verano salen de sus cuevas y vuelven las aves migratorias.

Tenía que reconocer la belleza del espectáculo. Tras los árboles se distinguía la difusa claridad de un sol justo bajo la línea del horizonte, y llenando el espacio que se elevaba hacia alturas remotas, el gris plateado de la aurora bajo la luna.

Todo era de una belleza satánica, pensó, amenazadora y temible. Aquella soledad

salvaje le había robado a Jimmy. Se preguntaba si tendría el consuelo de encontrar sus pequeños huesos para llevarlos adonde descansaban los del padre.

De pronto tuvo conciencia de que estaban en el hotel y Sherrinford le hablaba de la ciudad. Debía de haber estado allí varias veces, ya que era la segunda población después de la capital. Las calles, atestadas de gente, eran ruidosas; los anuncios lumínicos parpadeaban, de las tiendas salía una música estridente y lo mismo sucedía con las tabernas, restaurantes, centros deportivos, salones de baile. Los vehículos se amontonaban, se deslizaban por las calles con la lentitud de miel derramada; los edificios de oficinas, de varios pisos, aparecían iluminados. Puertolondres era el eslabón que unía la vasta insularidad del planeta con el mundo exterior. Por el río Gloria descendían barcazas con maderas, minerales, cosechas de granjas cuyos dueños lograban lentamente poner vida rolándica a su servicio. Llegaban carnes y marfiles y pieles que exploradores curtidos recogían en las montañas más allá de Trol Scarp. Por el mar llegaban fleteros pegados a la costa, flotillas de pesqueros, frutos de las Islas Meridionales, botín de continentes enteros que estaban más al sur, a merced de los aventureros. Todo convergía en Puertolondres para reír, fanfarronear, disimular, robar, soñar, entregarse a la lujuria, predicar, atragantarse con abundante comida, emborracharse, trabajar, soñar, construir y destrozar, morir, nacer, ser felices, vulgares, amantes, ambiciosos, humanos.

Nada podía detener a la mano del hombre: ni el resplandor ardoroso del sol en otras partes ni el medio año de penumbra en esa noche cerrada en medio del invierno. Eso es lo que todo el mundo decía.

Todo el mundo, excepto aquellos que se habían establecido en las tierras oscuras.

Barbro aceptaba con naturalidad la adopción de curiosas costumbres, leyendas y supersticiones que irían muriendo una vez que los yermos distantes, trazados en los mapas, se incorporaran definitivamente al dominio del hombre. Pero en los últimos tiempos había empezado a dudar. Tal vez fuera por las indirectas de Sherrinford sobre el cambio producido en su actitud por sus investigaciones preliminares.

O tal vez sólo necesitaba algo en que pensar además de Jimmy y la manera en que el día anterior a su desaparición, cuando ella le preguntaba si quería pan francés o de centeno para el emparedado, le había contestado con mucha solemnidad —se le estaba despertando el interés por el alfabeto—:

—Quiero una rebanada de lo que nosotros llamamos pan F^[<<].

Apenas se dio cuenta de haber descendido del taxi y de haberse registrado en el hotel para ser conducida a un cuarto primitivamente amueblado. Pero después de deshacer el equipaje recordó que Sherrinford había sugerido una conversación confidencial. Se dirigió por el pasillo hasta el cuarto de él y llamó a la puerta. El golpe de sus nudillos fue más apagado que el latir de su corazón.

Él le abrió la puerta con el dedo atravesado sobre los labios y le señaló un rincón. El animo de ella se encrespó cuando vio en el videófono al alguacil principal Dawson. Sherrinford debió de haberle llamado y por alguna razón deseaba

mantenerla fuera del campo del detector. Se ubicó en una silla, dispuesta a esperar, hundiendo las uñas en las rodillas.

La larga silueta afilada del detective volvió a plegarse.

—Perdón por la interrupción —dijo hablando hacia el videófono—; alguien borracho, según parece, se confundió de número.

—Nunca faltan —dijo Dawson con un gruñido.

Barbro recordó que le gustaba hablar. El otro se tironeó de la barba que había dejado crecer como si fuera un colono alejado, en lugar de un ciudadano.

—No tienen malas intenciones por lo general. Sólo necesitan descargarse un poco después de varias semanas o meses en los yermos.

—He podido deducir que el entorno —dijo Sherrinford golpeando la pipa—, extraño en mil maneras grandes y pequeñas al creado por el hombre, hace cosas extrañas a la personalidad. Como ustedes sabrán, naturalmente, mi experiencia se reduce a zonas urbanas o suburbanas. Rara vez se necesitan investigadores privados en el patio de un claustro. Pero ahora la situación parece haber cambiado. Le he llamado para pedirle consejo.

—Tendré mucho gusto en cooperar —dijo Dawson—. Nunca olvido que nos ayudó en el asesinato de Tahoe. Será mejor que primero me explique cuál es su problema —agregó con precaución.

Sherrinford encendió una cerilla. El humo cortó los verdes olores que, a través del barullo del tránsito, llegaba por la ventana crepuscular hasta este sitio, a un par de kilómetros pavimentados de los bosques más cercanos.

—Esto tiene más características de misión científica que la búsqueda de un deudor evadido o un espía industrial —dijo, arrastrando las palabras—. Estoy considerando dos posibilidades: se trata de una organización criminal, religiosa o de otro carácter, con una larga historia de secuestro de niños, o de lo contrario, que los Extraños del folklore existen de verdad.

—¿Qué? No estará hablando en serio —dijo Dawson con una expresión en la que Barbro detectó tanta sorpresa como incredulidad.

—¿No lo cree? —Sonrió Sherrinford—. No es posible desdeñar tan fácilmente los informes de varias generaciones; sobre todo cuando en vez de debilitarse se hacen más consistentes y frecuentes a medida que pasa el tiempo. Tampoco podemos desechar la pérdida de bebés y niños pequeños que, según el testimonio de ciertos documentos, pasarían ya del centenar sin que nunca se hayan encontrado rastros. Ni tampoco hay testigos de que especies inteligentes hayan habitado Ártica alguna vez y que puedan todavía merodear por el interior.

Inclinándose bruscamente hacia adelante, Dawson parecía a punto de saltar de la pantalla.

—¿Quién lo ha contratado? ¡Esa señora Cullen...! Naturalmente, sentimos piedad por ella, pero lo que nos dijo no tenía sentido, para colmo después se puso insultante.

—¿No es cierto que sus colegas, científicos de renombre, confirman la historia?

—No había ninguna historia que confirmar. Escuche, tenían ese lugar protegido con toda clase de alarmas y detectores, había mastines que guardaban todo el perímetro del campamento. Observaron el procedimiento de norma en una región en la que podía aparecer algún sauroide hambriento o quién sabe qué. Nada desconocido pudo haberse infiltrado en ese territorio.

Tal vez por tierra, no. Pero ¿en el caso de algún volador que aterrizara en medio del campamento?

—Alguien que llegara en helicóptero habría despertado a todo el mundo.

—Pero un ser alado puede resultar muy silencioso...

—¿Un volador viviente capaz de levantar a un niño de tres años? No existe tal cosa.

—Querrá decir que no consta en los libros científicos, alguacil. Recuerde a Mantogrís; recuerde, asimismo, cuán poco sabemos respecto a Roland, un planeta, un mundo entero. Aves de esas características existen en Beowulf y también en Rustum, según he leído. Hice algunos cálculos teniendo en cuenta el ratio local de densidad del aire y la gravedad, y sí, llegué a la conclusión de que también es posible que existan aquí en forma marginal. Pudo haber transportado al niño por una corta distancia antes de que los músculos de las alas, exhaustos, le obligaran a descender.

—Primero debió aterrizar y penetrar en la tienda donde descansaban la madre y el niño —resopló Dawson—. Después se alejó con su carga y, por último, no habrá podido volar mucho. ¿A usted le parece que eso es propio de un ave de rapiña? Y entre tanto la víctima no lloró y los perros no ladraron.

—En honor a la verdad —admitió Sherrinford—, esas contradicciones constituyen lo más interesante de la historia. Usted está en lo cierto; cuesta creer que un raptor humano pudiera entrar sin ser descubierto y un ser del tipo del águila no actuaría de esa manera. Pero un ser alado inteligente escaparía a ambas objeciones. Pudieron haber drogado al niño; los perros por cierto presentaban síntomas...

—Los perros tenían síntomas de haber dormido demasiado —replicó Dawson—. Nada los perturbó, ni aún el niño caminando solo. Maldito sea si necesitamos asumir nada raro excepto que el niño se sintió inquieto, además de que las alarmas habían sido conectadas con cierta negligencia, considerando que no esperaban nada peligroso dentro del campamento, y así lo dejaron pasar. En tercer lugar, y detesto hablar como lo estoy haciendo, debemos convencernos de que el pobre picaruelo murió de inanición o lo mataron.

Tras una pausa, Dawson agregó.

—Si contáramos con más personal habríamos dedicado más tiempo a este asunto, por cierto que sí. Efectuamos un recorrido aéreo, con riesgo para las vidas de los pilotos, y empleamos instrumentos que habrían detectado la presencia del niño en cualquier lugar dentro de un radio de cincuenta kilómetros, a menos que ya estuviera muerto. Bien sabe usted lo sensibles que son los analizadores térmicos. Pero no obtuvimos resultados. Hay cosas más importantes que hacer que tratar de localizar los

miembros dispersos de un cadáver. Si la señora Cullen contrató sus servicios — terminó bruscamente—, le aconsejo que encuentre una excusa para renunciar. Será mejor para ella también. Así se verá obligada a aceptar la realidad.

Barbro se mordió la lengua para contener un grito.

—Ésta es, simplemente, la última de una serie de desapariciones —contestó Sherrinford.

La mujer no comprendía como el detective podía mantener el tono tranquilo mientras Jimmy continuaba perdido.

—La única diferencia es que contamos con más detalles anotados que en ningún caso anterior, lo que lo hace más sugestivo. Por lo general, alguna familia de colonos apartados da cuenta, con algunas lágrimas y muy pocos detalles, de la desaparición de un niño que debe haber sido robado por los pioneros. A veces, años más tarde, mencionan de tanto en tanto haber visto en algún lado a alguien muy parecido a ese niño, ya crecido, ya sin características humanas, flotando entre la bruma, espiando por una ventana o haciendo alguna travesura. Como usted dice, ni las autoridades ni los científicos cuentan con el personal o los recursos para montar una investigación adecuada. Tal vez una tercera persona, como yo, en forma privada, pueda contribuir de alguna manera.

—Escuche —dijo Dawson—; casi todos nosotros los alguaciles, nos hemos criado en las colonias apartadas. No sólo hacemos nuestro recorrido y contestamos llamadas de emergencia sino que volvemos allá para las fiestas y reuniones familiares. Si hubiera por los alrededores alguna pandilla que hace sacrificios humanos, no tardaríamos en enterarnos.

—Estoy al tanto de todo eso —contestó Sherrinford—. Sé que ustedes no vienen de familias que conserven arraigadas creencias en seres no humanos con poderes sobrenaturales. Hasta el día de hoy, muchos de ellos hacen ritos y ofrendas para aplacarlos.

—Sé a lo que quiere llegar —estalló Dawson—. He escuchado lo mismo de varios sensacionalistas. Los aborígenes son los Extraños que raptan niños. Tenía mejor concepto de usted. Seguramente se ha tomado la molestia de ir a dos o tres museos ha leído algunos libros sobre planetas habitados por nativos... ¡Recórcholis! ¿Nunca ha utilizado su famosa lógica? —y meneando el dedo agregó—: Piense, en realidad, ¿qué hemos descubierto? Algunos trozos de piedra labrada. Algunos pocos megalitos que podrían ser artificiales; ciertos rasguños en la roca que parecen representar plantas y animales, aunque no de la forma en que los habría representado cualquier cultura humana; restos de hogueras y huesos quebrados, otros fragmentos óseos que aparentemente podrían haber pertenecido a criaturas pensantes, como pudieron pertenecer a un dedo o alguna sección de un cerebro grande. Sin embargo de ser así, serían cualquier cosa menos hombres. Ni tampoco ángeles, por la misma razón. ¡Nada! La reconstrucción más similar a un androide que he visto pertenece a una especie de cocolagarto...

—Espere déjeme terminar. En cuanto a las historias de Extraños... ¡Oh, he escuchado tantas...! Cuando era niño solía creerlas; son historias que cuentan las distintas clases que hay; que algunos son alados y otros no, que algunos son semihumanos y otros totalmente humanos, excepto que son quizá demasiado hermosos. Es la nueva versión del País de las Hadas que tenían en la antigua Tierra, ¿no es cierto? Una vez que mi interés estaba muy vivo, empecé a bucear en los microarchivos de la Biblioteca de la Herencia y que me condenen si no encontré casi los mismos cuentos chinos que solían repetir los campesinos siglos antes de los vuelos espaciales.

»Nada de eso coincide con las escasas reliquias que tenemos, si es posible considerarlas como tales, o con el hecho de que una zona del tamaño de Ártica es incapaz de engendrar una docena de diferentes especies inteligentes[<<] o, ¡por las brasas del infierno, hombre!, con la manera en que el sentido común nos dice que los aborígenes debieron comportarse cuando llegaron los humanos.

—Sí, sí —concedió Sherrinford—. No estoy tan seguro como usted de que el sentido común de seres no humanos sea parecido al nuestro. En la misma humanidad he visto tantas variantes... Pero lo reconozco, sus argumentos son poderosos. Los pocos científicos de Roland tienen tareas más urgentes que buscar los orígenes de lo que usted llama supersticiones medievales revividas.

Anidó el cuenco de la pipa en ambas manos y se quedó contemplando la pequeña hoguera interior.

—Quizá lo que más me interesa —continuó suavemente— es cómo y por qué a través de los siglos, mas allá de las barreras de una civilización mecanizada y su concepto antagónico del mundo, sin ninguna continuidad de tradición que valga la pena mencionar, por qué colonos bastante educados, tozudos, tecnológicamente organizados, han desenterrado la creencia en la Antigua Raza.

—Si la universidad organiza el departamento de psicología del que tanto se habla —dijo Dawson con voz áspera—, supongo que eventualmente alguien saldrá con alguna tesis que contestará a su pregunta.

La respuesta de Sherrinford le dejó sin aliento.

—Propongo que empecemos ahora y aquí, en la tierra del comisionado Hauch, puesto que es lugar del último incidente. ¿Dónde puedo alquilar un vehículo?

—Ah, puede ser difícil...

—Vamos, vamos. Seré novato, pero algo sé. En una economía de escasez son pocos los que disponen de equipo pesado, pero como es necesario, siempre se puede alquilar. Quiero una camioneta para acampar, con una transmisión apropiada para todo tipo de terreno. Y deseo que me instalen en ella cierto equipo que he traído conmigo, y que en la parte superior coloquen una torrecilla de tiro que pueda controlarse desde el asiento del conductor. Las armas las suministraré yo. Además de mis rifles y pistolas ya he hecho los trámites para que me presten algunas piezas de artillería del arsenal policial de Estación Navidad.

—¿Hoy? —exclamó incrédulo Dawson. ¿De verdad intenta emprender una... guerra... contra un mito?

—Digamos que deseo asegurarme, a un precio no muy alto, contra una posibilidad remota. Además de la camioneta, ¿no podría darme un avión ligero para llevarlo encima y poder usarlo para inspecciones?

—No. —Dawson fue esta vez más terminante de lo que había sido hasta entonces—. Eso sería cortejar con el desastre. Podemos hacer que lo lleven hasta la base del campamento en un avión corriente, siempre que el pronóstico del tiempo sea favorable. Pero el piloto tendrá que regresar de inmediato, antes de que las condiciones atmosféricas vuelvan a cambiar. La meteorología aún no está bien desarrollada en Roland; en esta época del año el aire es particularmente traicionero y no estamos equipados para construir aeronaves capaces de resistir cualquier sorpresa climática —aspiró ruidosamente—. ¿Tiene alguna idea acerca de la rapidez con que puede formarse un remolino, o...? Una vez allí hay que aguantarse.

Vaciló brevemente antes de agregar.

—Ésta es una razón importante por la que nuestras informaciones sobre tierras apartadas son tan escasas y también por la que los colonos están tan aislados.

Sherrinford sonrió socarronamente.

—Y bien, supongo que si lo que necesito son detalles, deberé avanzar lentamente...

—No hará más que perder un tiempo precioso, y ni que hablar del dinero de su cliente —dijo Dawson—. Escuche, no puedo prohibirle que salga a cazar sombras, pero...

Siguieron discutiendo casi una hora. Cuando al final la pantalla quedó en blanco, Sherrinford se levantó y después de desperezarse se acercó a Barbro, quién sólo entonces notó su forma peculiar de andar. Venía de un planeta con un cuarto de la gravedad de la Tierra y se encontraba en otro cuyo peso era la mitad que el terráqueo. Se preguntó si el detective tendría sueños voladores.

—Le pido disculpas por hacerla callar tan intempestivamente —dijo—. No esperaba comunicarme tan pronto con él. Es sincero al decir lo ocupado que está, pero después de establecer contacto no quise poner énfasis en usted, recordándosela demasiado. Es posible que desdeñe mi proyecto como una fantasía fútil que pronto habré de abandonar. Pero si a través de usted hubiera descubierto la firmeza de nuestra determinación, se habría enfurecido totalmente y hasta podría haber puesto obstáculos insalvables en nuestro camino.

—¿Qué puede importarle a él? —preguntó Barbro con amargura.

—Miedo a las consecuencias, el peor miedo: lo desconocido, tanto más aterrador en cuanto aquellas son imposibles de adivinar.

La mira de Sherrinford vagó hasta la pantalla y desde allí a la aurora, a través de la ventana, palpitante en tonos de azul glacial y blanco, infinitamente por encima de sus cabezas.

—Supongo que usted se ha dado cuenta de que he hablado con un hombre asustado. En lo profundo de su convencionalismo y su desprecio, él cree en los Extraños. Ya lo creo que sí.

Los pies de Rebaño de Brumas volaban sobre la hierba adelantándose a las semillas esparcidas por el viento. Junto a él iba el bulto negro y mal formado de hipo Nagrim, cuyo paso de terremoto dejaba una hilera de plantas segadas. Detrás, a través de la leña menuda, brillaban los luminosos capullos de un abrojo de fuego marcando el contorno del fantasma Morgadel.

La Ciénaga de las Tinieblas se elevaba en un oleaje de colinas y espesura. El aire inmóvil traía de tanto en tanto el grito de alguna bestia, ahogado por la distancia. Estaba más oscuro que lo normal para esa época de medio invierno; bajas estaban las lunas y la aurora era un débil destello sobre las montañas en el borde septentrional del mundo. Pero ello contribuía a destacar las estrellas que se apretujaban en el cielo, y el Camino Fantasma brillaba entre todas como si, al igual que el follaje inferior, estuviera cubierta de rocío.

—Allá —vociferó Nagrim señalando con los cuatro brazos.

El grupo había llegado al tope de un caballón. En la distancia brillaba una chispa.

—¡Ahaaá...! ¿Los aplastamos enseguida o mejor los deshojamos poco a poco?

No haremos nada de eso, cerebro de hueso —la respuesta de Morgadel se deslizó a través de la cabeza de los otros—. *A menos que nos ataquen primero, y no lo harán salvo que les llamemos la atención; Ella nos envía a que espiemos para saber cuáles son sus propósitos.*

—Grum, grum... Conozco sus propósitos: cortar árboles, hundir arados en la tierra, sembrar su maldita semilla en los terrones. A menos que los espantemos pronto hasta el agua amarga, bien pronto se pondrán demasiado fuertes y no podremos hacerles frente^[<<].

—No serán demasiado fuertes para la Reina —protestó asombrado Rebaño de Brumas.

Sin embargo, parecen poseer nuevos poderes —le recordó Morgadel—; *debemos tantearlos con sumo cuidado...*

—¿... y entonces sí, podremos pisarlos con sumo cuidado? —preguntó Nagrim.

La sonrisa que provocó esa pregunta disipó la inquietud de Rebaño de Brumas. Dando una palmada sobre el lomo escamoso exclamó:

—No sigas hablando; me lastimas los oídos. No pienses tampoco, eso te lastima la cabeza. ¡Ven corre!

Tranquilízate —le reprendió Morgadel—; *tú, que naciste humano, tienes demasiada vida.*

Rebaño de Brumas hizo una mueca al fantasma pero obedeció hasta el punto de aminorar el paso, abriéndose camino entre los escasos accidentes del terreno para

cubrirse. Él viajaba en representación de la Bella, para enterarse de la razón que había traído a un par de mortales que iban haciendo preguntas por estas regiones.

¿Estarán buscando a ese niño que Ayoch robó? Seguía llorando por su madre, aunque con menos frecuencia, a medida que descubría las maravillas de Carheddin. Tal vez. Ambos llegaron al lugar ya abandonado del campamento en un pájaro nave y se alejaron en el vehículo que trajeron, siguiendo un camino en espiral. Pero al no encontrar rastros del cachorro en un área razonable, no llamaron para regresar a su base, como hubiera sido corriente. Y eso no fue porque el tiempo interceptara las ondas del habla-lejos, como sucedía con cierta frecuencia; no. La pareja se dirigió hacia las montañas del Cuerno de la Luna. El curso que habían elegido los llevaría más allá de algunos poblados del invasor, hasta zonas inexploradas por los de su raza.

No se trataba, por lo tanto, de una operación ordinaria de reconocimiento. ¿Que era, entonces?

Rebaño de Brumas entendió por qué la Reina había hecho que sus hijos adoptivos mortales aprendieran, o retuvieran, el torpe lenguaje de sus mayores. Él detestaba esos ejercicios, pero, por supuesto, le obedecía. Al pasar el tiempo uno se daba cuenta de lo sabia que había sido... [[<<](#)].

No tardó en dejar a Nagrim tras una roca —el hipo podría ser útil en alguna pelea—, y arrastrándose de arbusto en arbusto se acercó hasta quedar a poca distancia de los humanos. Una planta de lluvia dejaba caer gotas sobre él y la suavidad de las hojas contra la piel lo vestía de oscuridad. Morgadel se posó en la copa de un tremulhoja cuya natural inquietud podría disimular su silueta ligera. Él tampoco serviría de mucho. Y en este caso era lo más perturbador, lo más sorprendente de todo. Los espectros se contaban entre aquellos que no sólo son capaces de tener ciertas sensaciones y transmitir las, sino también de moldear ilusiones. Morgadel había avisado que, en esta oportunidad, su poder parecía rebotar contra una fría pared invisible que rodeaba la camioneta.

Por otra parte, el hombre y la mujer no habían montado motores guardianes ni traído perros. Al parecer pensaban que no sería necesario, ya que dormían en el largo vehículo en que habían viajado. Pero ¿podría tolerarse tal desprecio por el poder de la Reina?

La hoguera del campamento brilló levemente sobre el metal. Estaban sentados en diferentes lugares, envueltos en chaquetas contra el frío que Rebaño de Brumas, desnudo, encontró suaves. El varón bebía humo. La mujer miraba más allá de él hacia un crepúsculo que sus ojos, deslumbrados por las llamas, debía de percibir espeso como la bruma. El danzante resplandor hacía destacar claramente sus facciones. Sí, a juzgar por las historias de Ayoch, era la madre del nuevo cachorro.

Ayoch también quiso venir, pero la Maravillosa se lo prohibió. Resultaba difícil para un puca permanecer quieto el tiempo suficiente requerido por aquella misión. El hombre chupó varias veces la pipa. Sus mejillas hundidas quedaron en la sombra mientras la luz relampagueaba sobre la nariz y la frente. Tenía la apariencia

amenazadora de un cuervo a punto de abalanzarse sobre su presa.

—No, Barbro, le repito: no tengo ninguna teoría —decía—. Teorizar con hechos insuficientes es, cuando menos ridículo, y en el peor de los casos, conduce a conclusiones erróneas.

—A pesar de todo —dijo ella—, supongo que ha de tener una idea de lo que hace...

Era evidente que ya habían tenido discusiones parecidas en otras ocasiones. Ningún Morador tendría la tenacidad de ella o la paciencia de él.

—Ese equipo que ha traído embalado —continuó—, ese generador que hace funcionar...

—Tengo un par de hipótesis que me indujeron a traer ese equipo.

—¿Por qué no me dice cuáles son esas hipótesis?

—Por la naturaleza misma de ellas no es aconsejable hacerlo en este momento. Estoy tratando de encontrar la salida de un laberinto, y aún no he tenido ocasión de precisar cada detalle. En honor a la verdad, pienso que sólo estamos protegidos contra lo que llaman influencia telepática.

—¿Qué? —preguntó ella, sobresaltada—. ¿Se refiere a... esas leyendas de que también son capaces de leer en las mentes...?

No terminó la frase; su mirada se perdió en la oscuridad que se extendía más allá de la espalda del hombre.

Él se inclinó hacia adelante. Su voz había perdido su cortante rapidez y adquirió en cambio una ansiosa suavidad.

—Barbro, no conseguiré más que destrozarse. Así no podrá ayudar a Jimmy, si es que está vivo. Considere que después la necesitará más aún. Nos queda un largo trecho y será mejor que se prepare para un recorrido que muchas veces le resultará fatigoso.

Ella asintió con movimientos rápidos de cabeza, y después de morderse los labios contestó:

—Hago todo lo que puedo.

—Confío en que lo logrará —dijo él, sonriendo sin quitarse la pipa de la boca—; no creo que sea una cobarde llorona ni que se complazca en sentirse desgraciada.

Ella pasó la mano por la pistola que llevaba en el cinturón. Su voz salió de la garganta como un sable de la vaina.

—Cuando los encontremos ya les demostraré quienes somos. Ya verán de que somos capaces los humanos.

—Haga también a un lado el furor —la urgió él—; no es bueno que nos dejemos dominar por la emoción. Silos Extraños son reales, como por ahora creo, piense que están luchando por sus hogares.

Tras un breve intervalo agregó:

—Quiero creer que si los primeros exploradores hubieran encontrado Nativos vivos, el hombre no habría colonizado Roland. Pero ahora es demasiado tarde y

aunque quisiéramos, no podríamos volvernos atrás. Es una lucha hasta el fin contra un enemigo tan astuto como para ocultarnos el hecho de que nos está haciendo la guerra.

—¿Lo cree? —preguntó ella—. Quiero decir, que estén al acecho y de tanto en tanto rapten un niño...

—Lo he considerado en mi hipótesis. Sospecho que no se trata solamente de una manera de hostilizarnos sino que son tácticas que forman parte de una estrategia sutil y escalofriante.

El fuego chisporroteó con pequeñas llamaradas. El hombre siguió cavilando mientras fumaba.

—Al principio, cuando me esperaba en Estación Navidad, y después en Puertolondres, no quise darle demasiadas esperanzas ni excitarla demasiado — continuó—. Más tarde nos vimos envueltos en la tarea de convencernos de que Jimmy tuvo que ser raptado del campamento más allá de la distancia que debió haber recorrido solo sin caerse. Pero ahora creo que ha llegado el momento de decirle con cuánta atención he estudiado el material disponible sobre la Antigua Raza... [<<] Además, antes lo había hecho siguiendo la norma de eliminar toda posibilidad, por absurda que pareciera. Sólo esperaba poder rebatir mi hipótesis de manera absoluta. Revisé todo concienzudamente: reliquias, análisis, historias, relatos periodísticos, monografías; hablé con colonos alejados que estaban de paso en la ciudad, y con todo científico que hubiera demostrado algún interés en la materia. Asimilo rápidamente; me jacto de hacerme tan experto como cualquiera en poco tiempo... aunque Dios sabe que no hay suficiente campo para ser experto. Aún más, siendo un perfecto extraño en Roland, pude considerar el problema con una mente abierta... El caso es que pronto percibí ciertas líneas comunes.

»Si era verdad que los aborígenes se habían extinguido, ¿por qué no habían dejado más vestigios? Después de todo, Ártica no es tan enorme y desde luego la vida nativa resulta favorecida. En su tiempo habrá mantenido una población cuyos artefactos debieron de haberse multiplicado a través de milenios. He leído que en la Tierra encontraron, más por azar que por obra de la arqueología, cientos de miles de hachas de la era paleolítica. Pues bien, supongamos que las reliquias y los fósiles hubieran sido sacados deliberadamente después que el último equipo de reconocimiento partió y antes de la llegada de las primeras naves con colonizadores. En los diarios de los primeros exploradores encontré algunos hechos que corroboraban esa idea. Demasiado preocupados por controlar la habitabilidad del planeta, era difícil que se distrajeran en hacer catálogos de los monumentos autóctonos. Sin embargo, a través de sus observaciones escritas se advierte que vieron muchos más de los que se encontraron después. Imagine que nosotros encontramos lo que los exploradores se dejaron olvidado o no pudieron llevarse...

»Eso indicaría que se trata de una mentalidad ejercitada, que piensa en términos de largo plazo, ¿no es cierto? Y a la vez demuestra que los miembros de la Antigua

Raza no eran meros cazadores o agricultores neolíticos.

—Pero nadie ha visto edificios, máquinas o cosas de esa índole —objetó Barbro.

—No. Presumiblemente los nativos no tuvieron el mismo desarrollo metalúrgico industrial que nosotros. Pero se puede concebir que hay otros caminos... Su civilización en plena evolución debe haber empezado, en vez de terminar, en las ciencias biológicas y la tecnología. Probablemente han desarrollado ciertas potencialidades del sistema nervioso que, en su especie, están más afinadas que en el hombre. Como habrá observado, nosotros también tenemos esas habilidades hasta cierto grado. Un vidente, por ejemplo, capta las variaciones causadas en el campo magnético por una masa de agua. Sin embargo, esos dones son muy raros y traicioneros. Entonces nos decidimos a atacar por otro lado. ¿Necesitamos la telepatía cuando podemos disponer de un videoteléfono, por ejemplo? Pero la Antigua Raza puede haber tomado el camino opuesto, y probablemente los atributos de su cultura han sido y continúan siendo invisibles para el hombre.

—Sin embargo, pudieron haberse identificado con el hombre —dijo Barbro—. ¿Por qué no lo hicieron?

—Puede haber una serie de razones: tal vez en los primeros tiempos de sus historia tuvieron experiencias negativas con visitantes interestelares. La nuestra no es la única raza que cuenta con naves espaciales. Sin embargo, le advertí que no teorizo con anterioridad a los hechos. Por ahora, limitémonos a decir que si la Antigua Raza existe no es completamente extraña.

—Para tratarse de un refinado intelectual, hila usted demasiado fino...

—Admití antes que esto es provisional —dijo él parpadeando a causa de una voluta de humo que salió de la hoguera—. Recuerde, Barbro, que usted acudió a mí insistiendo, antes las fauces de la oficialidad, en que el niño había sido raptado, pero sus palabras con respecto a un culto de raptos me parecieron ridículas. ¿Por qué se resiste a admitir la realidad de los no humanos?

—No lo sé, a pesar de que tal vez de eso esté dependiendo que Jimmy permanezca con vida —dijo ella suspirando—. Tal vez no me atreva a admitirlo —concluyó, estremecida por un repentino temblor.

—Nada de lo que he dicho hasta ahora no ha sido objeto de teorías ya publicadas —dijo él—; a veces se trata de especulaciones mal enfocadas, es cierto. En cien años nadie ha encontrado una evidencia válida de que los Extraños sean algo más que una superstición. Así y todo, hay quien ha admitido la posibilidad de que algunos nativos inteligentes merodeen por los páramos.

—Lo sé —afirmó ella—; lo que no comprendo, sin embargo, es por qué de un momento a otro usted ha tomado estos argumentos en serio.

—Pues bien, una vez que usted dirigió mi atención hacia esa área, se me ocurrió que los colonos alejados de Roland no son simples agricultores medievales aislados. Tienen libros, telecomunicaciones, herramientas mecánicas, vehículos motorizados y sobre todo, una educación moderna orientada científicamente. ¿Por qué entonces

habrían de ser supersticiones? Tiene que haber alguna razón.

Después de una pausa, prosiguió:

—Será mejor que me calle. Mis ideas van más allá, pero si he acertado, resulta peligroso expresarlas en voz alta.

Rebaño de Brumas sintió que se le contraían los músculos del estómago. En la cabeza del hombre, ciertos peligros acechaban a los bellos. Había que prevenir a la Portadora de Guirnalda. Por un momento quedó pensando en la posibilidad de llamar a Nagrim para que matara a los dos. Si el hipo les saltaba encima con suficiente rapidez de nada les servirían las armas. Pero no. Debieron de haber dejado un mensaje en su casa, o... Volvió a sentir el rumor en las orejas, pero la conversación había cambiado de curso.

—¿... por qué vino usted a Roland? —decía Barbro.

El hombre dibujó una sonrisa desvaída.

—Bueno, la vida en Beowulf no ofrecía ningún interés. Heorot está, o estaba..., recuerde que esto sucedió hace varias décadas, densamente poblada, demasiado organizada y resultaba aburrida por su tremenda uniformidad. En parte se debía a la frontera de las tierras bajas, válvula de escape para los insatisfechos. Pero carezco de la resistencia necesaria al dióxido de carbono para vivir allí y mantener mi salud. Estaban organizando una expedición para hacer un recorrido por varios mundos coloniales, especialmente aquellos que no tenían equipo para mantener contacto láser. Creo recordar el propósito anunciado: salir en busca de nuevas ideas en el campo de las ciencias, las artes, la sociología, la filosofía, cualquier cosa que pudiera ser de valor. Dudo que hayan encontrado en Roland algo que fuera relevante para Beowulf. Pero yo, mediante artimañas había conseguido una litera, vi que se me abrían ciertas opciones y decidí establecer mi hogar aquí.

—¿Allá también era detective?

Sí. Pertenecía a la policía oficial. En mi familia existe una tradición respecto a este oficio. Algo de la sangre cherokee, si el nombre significa algo para usted... Sin embargo, también alegamos ser descendientes colaterales de los primeros agentes privados de investigación que figuraban en los registros de la Tierra en la época anterior a los vuelos espaciales^{<<}. Sin considerar cuánto de cierto puede haber en ello me resultó un modelo útil; verá usted un arquetipo...

El hombre se interrumpió. La inquietud le llenó el rostro de arrugas.

—Será mejor que vayamos a dormir —dijo—; por la mañana nos espera un largo recorrido.

—Aquí no hay mañana —dijo ella mirando hacia afuera.

Se prepararon para dormir. Rebaño de Brumas hizo flexiones cuidadosamente para recuperar la elasticidad perdida de sus músculos. Antes de volver hacia la Hermana de Lyrth se atrevió a echar una mirada por la ventanilla de la camioneta. Dentro, había preparadas dos colchonetas; una junto a la otra. En ellas estaban tendidos los humanos. Sin embargo, el hombre no tocaba el cuerpo huesudo de ella y

nada de lo que había pasado entre ambos daba algún indicio de que tuvieran intenciones de hacerlo.

Raras criaturas los humanos. Fríos como la arcilla. ¿Y serían los amos del hermoso mundo salvaje? Rebaño de Brumas escupió disgustado. No debía suceder. No podía suceder. Aquella que reina sobre todo lo había jurado.

Las propiedades de William Irons eran enormes, pues se requería de una baronía para mantenerlo a él, a su familia y al ganado en base a cosechas y productos naturales cuyo cultivo aún permanecía en el misterio. Empleando la luz estival y algunos invernaderos también cultivaban ciertas plantas terrestres, pero era un lujo. La verdadera conquista de Ártica norte residía en la hierba heno, la madera bathuriza, el pericopio y el glydofylon, y a su debido tiempo, cuando el mercado se hubiera expandido en materia de población e industria, los floristas de la ciudad comprarían el cacantemun, y los peleteros el cuero de los andorreros que se criaban en jaulas.

Todo esto sucedería en un mañana que Irons no esperaba ver. Sherrinford se preguntó si esperaba en realidad que alguien más lo viera en el futuro.

La estancia era cálida y estaba bien iluminada; el fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea. En los armarios, sillas y mesas talladas a mano se destacaban paneles fluorescentes que iluminaban los cortinados coloridos y las hileras de platos sobre las repisas. El colono ocupaba una silla alta, bien envuelto en respetables ropas, la barba flotándole sobre el pecho.

El aroma del café que sirvieron su mujer y sus hijas se sumó a los olores de una cena abundante de la que habían participado él, sus hijos y sus huéspedes.

Pero afuera aullaba el viento, centelleaba el rayo, bramaba el trueno, y la lluvia, desgranándose sobre el techo, rugía por las paredes para terminar en remolinos en el pavimento del patio. Graneros y cobertizos parecían agazapados contra la inmensidad interior. Los árboles gemían, dejando escapar reverberaciones de una risa maligna ahogada por los mugidos de una vaca asustada. Los nudillos del granizo golpeaban duramente las tejas.

Se podía percibir cuán distantes estaban los vecinos, pensó Sherrinford. Y sin embargo, esa era la gente que veía con más frecuencia, con la que hacía negocios por el videófono (cuando las tormentas solares no nublaban las imágenes o convertían las voces en una jerigonza); los mismos con quienes uno se visitaba, intercambiaba rumores e intrigas, concertaba casamientos y que, al final, serían los encargados del propio entierro. Las luces de las ciudades estaban a distancias monstruosas.

William Irons era un hombre fuerte. Sin embargo, al hablar reveló cierto temor.

—¿Piensan realmente llegar hasta Troll Scarp? —preguntó.

—¿Se refiere a la empalizada de Hanstein? —dijo Sherrinford, más en tono de desafío que de pregunta.

—Todos los lugareños la conocen como Troll Scarp —dijo Barbro.

¿Es posible que un nombre así hubiera revivido a tanta distancia en tiempo y espacio de la Edad Oscura de la Tierra?

—Por esas montañas viajan cazadores, tramperos, exploradores, guardabosques, como los llaman ustedes —declaró Sherrinford.

—En ciertas partes está permitido —dijo Irons— mediante un pacto realizado una vez entre un hombre y la Reina después de que él ha vencido sobre el encantamiento satánico. El hombre puede aventurarse donde crece el plumablanca, siempre que deje tributos en el altar de las rocas en pago por lo que obtiene de la tierra. Pero no es prudente acercarse a otras partes.

El puño que apretaba el brazo de la silla volvió a aflojarse.

—Pero alguien lo ha hecho, ¿no es cierto?

—Claro que sí. Y algunos volvieron sin dificultad, al menos así lo afirman. Aunque tengo entendido que después de eso nunca tuvieron suerte. Otros, en cambio, no regresaron; desaparecieron. Y algunos de los que volvieron empezaron a farfullar cosas extrañas sobre maravillas y horrores, y hasta el fin de sus días fueron simples peleles. Hace mucho que nadie osa quebrar el pacto y hollar el suelo más allá de los límites.

Irons miró a Barbro con gesto desafiante. Su mujer e hijos, inmóviles, la miraron de la misma manera. El viento aullaba tras los muros y hacía batir los resistentes postigos.

—No se atreva —le previno.

—Tengo razones fundadas para creer que mi hijo está allí —contestó ella.

—Sí, ya me lo ha dicho y lo siento mucho. Tal vez fuera posible hacer algo, no sé qué, pero con mucho gusto depositaré una doble ofrenda en el túmulo de Unvar a mediados del invierno, y grabaré a cuchillo un plegaria en al tumba. Tal vez se lo devuelvan —suspiró Irons—; sin embargo no hay memoria de que hayan echo algo semejante. No es lo peor que pudiera haberle ocurrido, créame. Los he visto correr, temerarios, a la luz del crepúsculo. Parecen más felices que nosotros. Quizá no le hagan un favor a su hijo si lo envían de vuelta a casa.

—Como la canción de Arvid —dijo su mujer.

Irons asintió.

—Eso es, o como otras, ahora que lo recuerdo.

—¿Qué es esto? —preguntó Sherrinford en un tono más cortante que el anterior; se sentía como un extraño, era hijo de la ciudad y de la técnica, y por encima de todas las cosas, se sentía un producto de la inteligencia escéptica. En cambio, aquella familia *creía*. Le inquietó ver el lento movimiento de la cabeza de Barbro, que asentía a lo que ellos afirmaban.

—En tierras de Olga Ivanoff tenemos una balada igual —le dijo con voz más calmada que sus palabras—; es una canción tradicional, nadie sabe quién la compuso, que se canta para dar ritmo a las rondas en la pradera.

—En su equipaje he visto una multilira, señora Cullen —dijo la mujer de Irons;

era evidente que estaba ansiosa por dejar el explosivo tema de la aventura desafiante a la Antigua Raza. Un festival de canto era una buena idea.

—¿No le gustaría deleitarnos?

Barbro meneó la cabeza; las aletas de la nariz se le habían puesto blancas.

El mayor de los muchachos contestó:

—Por cierto, si nuestros huéspedes desean escuchar...

—Con mucho gusto —dijo Sherrinford—, y reclinándose contra el respaldo de su silla se puso a llenar su pipa.

Si esto no hubiera ocurrido espontáneamente, él se habría encargado de llevar la conversación hasta un tema similar.

Hasta entonces no había tenido ocasión de estudiar el folklore de la frontera, y poco tiempo para leer las referencias que sobre él mismo había, desde que Barbro le participara su problema. Sin embargo, cada vez estaba más convencido de que tenía que tratar de entender (no desde un punto de vista antropológico sino a percibir desde dentro) la relación que pudiera existir entre los habitantes de Roland y aquellos seres fantasmales que los obsesionaban.

Hubo un revuelo y todos cambiaron de sitio y se dispusieron a escuchar. De nuevo fueron llenadas las tazas de café, y alguien estaba ofreciendo coñac.

—El último verso pertenece al coro, canten todos juntos, ¿entienden? —preguntó el muchacho.

También él esperaba aflojar la tensión. ¿Se trata de una catarsis a través de la música?, se preguntó Sherrinford, y no tardó en contestarse: No, es un exorcismo.

Una joven empezó a rasguear la guitarra, y el muchacho entonó una melodía que se impuso sobre el ruido de la tormenta.

Era el guardabosque Arvid,
cabalgando a través de las colinas,
entre los frondosos tremul-hojas
y junto al arroyo cantarín.

La danza serpentea bajo el abrojo de fuego.

El viento nocturno susurra en derredor
con aromas de ruda y de trébol.
Ambas lunas se alzan ante él,
las colinas refulgen de rocío.

La danza serpentea bajo el abrojo de fuego.

Y soñando con aquella mujer
que aguarda bajo el sol,
se detuvo asombrado por la luz estelar
y esa fue su perdición.

La danza serpentea bajo el abrojo de fuego.

Y allí en una madriguera,
alzada contra la luna
los Extraños se hallaban danzando
brillantes de oro y cristal.

La danza serpentea bajo el abrojo de fuego.

Como el agua, el viento y el fuego
los Extraños bailaban sin cesar,
al tañer las cuerdas del arpa
sin nunca cesar.

La danza serpentea bajo el abrojo de fuego.

Hacia Arvid se acercó a grandes pasos
desde donde miraba la danza
la Reina del Aire y las Tinieblas
con mirada de luz estelar.

La danza serpentea bajo el abrojo de fuego.

Luz de estrellas, amor y terror
fluye de su ojo inmortal
que ella es Reina del Aire y las Tinieblas...

—¡No! —exclamó Barbro saltando de la silla, los puños apretados y las mejillas mojadas por las lágrimas—. ¿Cómo pueden decir eso de las cosas que robaron a Jimmy?

Huyó de la cámara y se dirigió a su dormitorio en las estancias para los huéspedes.

Sin embargo, fue ella quien terminó la canción. Sucedió unas setenta horas más tarde, cuando estaban acampados en los riscos que los guardabosques no se atrevían a hollar.

Ni ella ni Sherrinford dieron muchas explicaciones a la familia Irons después de haberse negado a escuchar sus súplicas para que olvidaran las tierras prohibidas.

Tampoco habían intercambiado muchas observaciones hasta el momento de empezar la marcha hacia el norte. No obstante, poco a poco él comenzó a sacarle algunas cosas de su vida. Después de un buen rato, mientras recordaba su hogar y antiguos vecinos, la mujer se olvidó de su dolor. Esto llevó a ciertos descubrimientos, por ejemplo que él era un gourmet y amante de la ópera y, además, que no era indiferente a su femineidad; que ella era aún capaz de reír y encontrar belleza en las tierras salvajes que les rodeaban y, no sin cierto sentimiento de culpa, descubrió que la vida guardaba más esperanzas para ella que la sola idea de recuperar a su hijo Jim.

—He logrado convencerme de que está vivo —afirmó el detective—, pero,

francamente, lamento haberla traído conmigo. Yo esperaba que este fuera nada más que un viaje de reconocimiento, pero se está convirtiendo en algo más. Si estamos frente a seres reales que lo han raptado, pueden causarle daño. Debería volver hasta el puesto más cercano y solicitar un avión que venga a buscarla.

Sólo pasando sobre mi cadáver —dijo ella—; necesita a alguien que conozca bien las condiciones de la frontera y, además, soy muy buena tiradora.

—Hmmm... Eso significaría un gran retraso, ¿no es cierto? Además del inconveniente de la distancia no puedo enviar mensaje a ningún aeropuerto mientras no se calme esta corriente de interferencia solar.

La «noche» siguiente recogió el resto de su equipo y lo instaló. Ella pudo reconocer algunos aparatos, como el detector térmico, mientras que otros instrumentos le resultaron desconocidos. Algunos eran reproducciones hechas a pedido de él, de nuevos inventos del mundo donde había nacido. Pero no quería darle muchas explicaciones con respecto a los artefactos.

—Creo haberle manifestado mis sospechas sobre las virtudes telepáticas de aquellos a quienes estamos persiguiendo —dijo él, tratando de disculparse.

—¿Quiere decir que es posible que la Reina y su gente sean capaces de leer la mente? —preguntó Barbro con ojos agrandados por el asombro.

—Es parte del temor que rodea a su leyenda, ¿no es cierto? En realidad ese fenómeno no es nada del otro mundo. Ya en la Tierra fue estudiado y definido hace muchos siglos. Me atrevo a decir que todos esos hechos están registrados en los microarchivos científicos de Estación Navidad. Se trata simplemente de que ustedes, los habitantes de Roland, no han tenido ocasión de buscarlos^[<<], como tampoco han tenido ocasión de investigar la factura del arrojarrayos a energía o las naves espaciales.

—Y bien, entonces ¿cómo funciona la telepatía?

Sherrinford adivinó en la pregunta cierta necesidad de consuelo más que de hechos científicos, y al contestar lo hizo con deliberada parquedad^[<<].

—Nuestro organismo produce radiaciones de onda larga que en principio pueden ser moduladas por el sistema nervioso. En la práctica la debilidad de las señales y su bajo nivel de transmisión de información las convierte en evasivas, difíciles de detectar y medir. Nuestros antepasados prehumanos dependían de los sentidos más eficaces: el oído, la vista. La escasa información telepática que intercambiamos, es, a lo sumo, algo marginal. Pero algunos exploradores han encontrado especies extraterrestres que cuentan con una ventaja evolutiva por haber desarrollado más profundamente el sistema en sus ambientes propios. Creo que entre tales especies debe existir una que recibe poca luz solar directa, en comparación con las demás; en realidad, parece esconderse de la luz diurna. En este sentido puede ser tan eficaz como para recoger las débiles emisiones del hombre a corta distancia y hacer que la sensibilidad primitiva de éste se amplíe mediante sus propias emisiones, más claras.

—Eso explicaría muchas cosas, ¿verdad? —dijo Barbro débilmente.

—He protegido nuestra camioneta por medio de un campo de interferencias — dijo Sherrinford—, pero sólo se extiende unos metros alejándose de la carrocería. Más allá un explorador enviado por ellos podría recibir el aviso de uno de sus pensamientos en caso de que yo le dijera lo que estoy tratando de hacer. Tengo un subconsciente muy bien entrenado que me permite pensar en francés mientras estoy afuera. Para ser inteligible, la comunicación debe ser estructurada, ¿sabe usted?, y esa estructura es bastante diferente a la de nuestro idioma. Como el inglés es el único idioma del hombre que se habla en Roland, seguramente la Antigua Raza debe haberlo aprendido.

Ella asintió. Él había descrito su plan general que, por otra parte, era demasiado obvio para mantenerlo oculto. El problema consistía en establecer contacto con los Extraños, si es que existían. Hasta entonces sólo se habían revelado, a raros intervalos, a uno o pocos habitantes de los bosques por vez. Tenían a su favor cierta habilidad para crear alucinaciones. Evitaban acercarse a cualquier expedición numerosa que pasara cerca y que pudiera resultar incontrolable. Pero dos personas solas que se atrevían a desafiar todas las prohibiciones no parecerían una amenaza muy formidable. Además, éste debía ser el primer equipo humano que trabajaba partiendo de la teoría, no sólo de que los Extraños eran reales sino, además, de que poseían los recursos tecnológicos modernos de la policía extraplanetaria.

Nada sucedió en el campamento. Según Sherrinford, él no había esperado que ocurriera nada, ya que la Antigua Raza era muy cautelosa en las proximidades de cualquier asentamiento. Seguramente en sus propias tierras los Extraños serían más osados.

La «noche siguiente» siguiente el vehículo había avanzado bien dentro del territorio.

Al llegar a una pradera, Sherrinford detuvo el motor para frenar la camioneta; los envolvió una ola de silencio.

Salieron del vehículo. Mientras ella preparaba la comida al calor de la lámpara, él recogía leña para tener la alegría de encender una hoguera en el campamento^[<<]. Echaba frecuentes miradas a su muñeca, pero no llevaba reloj, simplemente un dial controlado por radio para informarle de lo que estaban registrando los instrumentos de la camioneta.

Un reloj quedaba allí fuera de lugar. Lentas constelaciones giraban más allá de la aurora resplandeciente. Alda, la luna, cubrió de plata un pico nevado cuando se detuvo sobre él, aunque el lugar estaba a una altura respetable. El resto de las montañas quedaba escondido por la selva circundante. Estaba poblada de tremulhojas y etéreas plumablancas que desplegaban su ligereza fantasmal entre las sombras. Algunos abrojos de fuego chispeaban como pequeñas linternas arracimadas y la espesa maleza daba un perfume dulzón. La Visibilidad alcanzaba hasta una sorprendente distancia en el crepúsculo azul. Muy cerca se escuchaba el canto de un arroyo y los gorjeos de los pájaros.

—¡Qué hermoso es todo esto! —exclamó Sherrinford.

Era ese momento que sigue a la cena, antes de volver a sentarse o encender un alegre fuego.

—Pero ne deja de ser extraño —comentó Barbro en voz tan baja como la de él—. Me pregunto si nos corresponde estar en este lugar, y si podemos abrigar la esperanza de poseerlo alguna vez.

—El hombre ha llegado a lugares más extraños todavía —dijo Sherrinford apuntando a las estrellas con la pipa.

—¿De verdad? yo... En fin, supongo que son resabios de mi infancia en la frontera, pero ¿sabe usted una cosa? Cuando las tengo sobre mi cabeza no puedo pensar en las estrellas como globos de gas cuya energía ha sido medida y cuyos planetas han sido hollados por pies prosaicos. No: son pequeñas, frías y llenas de magia; nuestras vidas están ligadas a ellas y después de la muerte susurran junto a nuestra tumba^{<<}. Me doy cuenta de que esto no tiene sentido —concluyó Barbro bajando la vista.

A la luz crepuscular notó una contracción en el rostro de él.

—De ninguna manera —dijo—; considerada emocionalmente la física puede resultar carente de sentido. Y por último, ¿sabe usted?, después de muchas generaciones el pensamiento sigue la huella de los sentimientos. En el fondo el hombre no es un ser racional. Podía dejar de creer en las historias de la ciencia si ellas no le parecieran correctas.

Tras una pausa continuó.

—Aquella balada que quedó interrumpida en la casa —dijo, evitando mirarla—. ¿Por qué la afectó tanto?

—No podía soportar que... bueno, que los alabaran. Me pareció que eso era. Lamento la conmoción que causé.

—Tengo entendido que una balada es la típica expresión de una clase numerosa.

—Y bien, nunca se me había ocurrido contarlos. En Roland no tenemos tiempo para la antropología cultural; es decir, con todo lo que tenemos que hacer no se nos ocurrió prestarle atención. Pero..., ahora que usted lo dice, sí, me sorprende comprobar cuántas canciones y cuentos se han hecho con el tema de Arvid.

—¿Le molestaría recitarla?

—¿Por qué no? Puedo hacer algo más, si lo desea —dijo ella conteniendo la risa—. Espere que busque mi multilira y la tocaré.

Empezó a desgranar las notas omitiendo el hipnótico verso del coro, salvo al final. Él la veía destacada contra el resplandor de la luna y la aurora.

*... la Reina del Aire y las Tinieblas
suavemente llamó desde el cielo:
Apéate guardabosques Arvid
y únete a las huestes Extrañas,*

*renuncia ya al pesado yugo
de tu condición humana.*

*Él osó darle respuesta:
Quizá sólo me atreva a correr,
una doncella me aguarda, que sueña
con las tierras doradas del sol.*

*También mis camaradas esperan
y tareas que no puedo olvidar,
¿qué será del guardabosque Arvid
si no cumple con su misión?*

*Rompe tu hechizo, Extraña
aunque tu ira descargues;
la vida puedes quitarme
pero no me harás tu esclavo.*

*En su manto de niebla quedó envuelta
la Reina del Aire y las Tinieblas;
sus destellos y belleza del Norte
que nadie se atrevía a mirar.*

*Pero entonces rió como un arpa
y con desprecio afirmó:
No necesito la magia
para hundirte en el dolor.*

*Te enviaré de regreso
tan sólo con recuerdos de luna,
música Extraña, brisas nocturnas,
rocío y yo.*

*Eso te seguirá para siempre
como una sombra, detrás
y a tu lado yaceré
cuando el día llegue al fin.*

*En el juego, en el trabajo, en la amistad
el dolor no te dará tregua
pensando en lo que tú eres...
Y lo que habrías podido ser.*

A tu sosa y tonta mujer

*trata siempre de lo mejor.
Vuelve a casa, guardabosque Arvid.
¡Eres libre de ser hombre!*

*Entre risas y revuelos
los Extraños se desvanecieron
y quedó solo a la luz de la luna,
llorando sin consuelo hasta el amanecer.
La danza serpenteaba bajo el abrojo de fuego.*

Dejó a un lado la lira. El viento arrastraba las hojas. Después de una larga pausa Sherrinford le preguntó:

—¿Cuentos como este forman parte de la vida en la frontera?

—Sí. Eso es —replicó Barbro—, aunque no todos están llenos de actos sobrenaturales. Algunos hablan de amor y heroísmo, los temas tradicionales.

—No creo que su tradición haya surgido en forma espontánea —dijo él en tono sombrío—; en realidad creo que muchas de vuestras canciones y cuentos no han sido compuestos por seres humanos.

Calló súbitamente y no volvió a mencionar el tema. Se fueron a dormir temprano. Horas después los despertaba una señal de alarma.

Aunque el sonido era suave, los despertó bruscamente.

Dormían en sacos de campaña, preparados para cualquier emergencia. El resplandor celeste los alumbraba a través de las ventanillas. Sherrinford salió de su camastro y calzándose rápidamente ajustó al cinturón la funda del revolver.

—Quédese dentro —ordenó.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó ella sintiendo que se le aceleraba el pulso. Él entrecerró los ojos para controlar los instrumentos del dial luminoso que llevaba en la muñeca.

—Tres animales —dijo, contándolos—; y no se trata de bestias salvajes que pasan por casualidad. Hay uno de gran tamaño, que es homeotérmico, a juzgar por el infrarrojo, que permanece inmóvil a corta distancia. Otro... eh, de baja temperatura con emisiones difusas e irregulares, como un enjambre de células coordinadas de una cierta manera... fermonal^[<<]. También flota en la distancia. Y el tercero está prácticamente aquí, se mueve cerca, y según la distribución, parece humano...

Ella lo vio estremecerse de ansiedad, olvidado de su frialdad de profesor.

—Trataré de efectuar una captura —dijo él—. Cuando tengamos un sujeto para interrogar esté lista para hacerme entrar rápidamente. Pero suceda lo que suceda, no corra ningún riesgo. Y mantenga preparada el arma —concluyó, pasándole un rifle de caza cargado.

Su alta silueta se apoyó contra la puerta, abriendo sólo una rendija. Entró el aire

frío y húmedo, saturado de fragancias y murmullos. También la luna Oliver estaba alta entonces, y el brillo de las dos deslumbró con su irrealidad mientras la aurora esparcía su celeste resplandor.

Sherrinford volvió a mirar el aparato delator. Tendría que indicarle en que dirección se encontraban los vigilantes entre las hojas moteadas. Salió súbitamente. Con paso rápido dejó atrás las cenizas de la hoguera y desapareció bajo los árboles. La mano de Barbro apretaba la culata del arma.

De pronto estalló una barahúnda. En la pradera se perfilaron dos siluetas que luchaban.

Sherrinford había conseguido asir con fuerza una silueta humana menor. Los rayos de plata y el brillo del arco iris le revelaron a Barbro que el otro estaba desnudo, tenía el pelo largo, era joven y frágil. Luchaba como un demonio y se ayudaba con dientes y pies y uñas afiladas mientras aullaba satánicamente.

Lo identificó inmediatamente: un mutante, robado en la niñez y criado por los Extraños. En una criatura semejante convertirían a Jimmy.

—¡Ajá! —exclamó Sherrinford dominando a su oponente.

Clavó los agudos dedos en el plexo solar del joven, que gimió mientras se le doblaban las rodillas. Sherrinford lo llevó a empujones hasta el coche.

Un gigante salió del bosque. Podía haber sido un árbol, por lo negro y nudoso que era, coronado por cuatro ramas retorcidas. Pero la tierra se estremeció y retumbó bajo sus patas-raíces y sus gritos roncós hicieron eco en el cielo y el cerebro de los demás.

Barbro dejó escapar un grito y Sherrinford se volvió bruscamente. Sacó la pistola y tiró una y otra vez, secos estallidos en la media luz. Con el otro brazo sujetaba al muchacho. La extraña forma se tambaleó con los impactos, y aunque pudo recobrase siguió acercándose con lentitud y grandes precauciones, dando vueltas alrededor del detective para impedirle llegar a la camioneta. Sherrinford no podía moverse con la suficiente rapidez para conseguir su propósito, a menos que dejara libre a su prisionero, su única esperanza de llegar donde Jimmy.

Barbro se adelantó de un salto.

—¡No, por favor! —gritó Sherrinford—. Quédese dentro, por amor de Dios.

El monstruo avanzaba estruendosamente y extendió sus garras para asir a la mujer. El retroceso del rifle golpeó el hombro de Barbro después del disparo. El coloso se tambaleó para caer, pero de alguna manera se puso en pie y trastabilló hacia donde estaba ella, que retrocedió un paso y tiró; y volvió a tirar. La bestia rugió. Comenzó a manarle sangre, brillante como aceite entre gotas de rocío. Al sentirse derrotado se volvió para alejarse, y después de romper algunas ramas se internó en la oscuridad del bosque para agazaparse bajo la fronda.

Por encima de sus cabezas se deslizaba una densa bruma. Barbro había dado un fugaz vistazo cuando divisó la silueta en el deslinde de la pradera.

—¡Jimmy! —el grito se le escapó de las entrañas.

—¡Madre!

Al tenderle los brazos las lunas brillaron sobre sus lágrimas. La mujer soltó el arma y corrió hacia él.

Sherrinford fue tras ella, pero Jimmy desapareció entre la maleza. Barbro se lanzó en su persecución, apartando con desesperación los garfios de las ramas. Y entonces alguien la levantó y se la llevó lejos.

Sherrinford estaba inclinado sobre su prisionero mientras aumentaba la dosis de flúor hasta anular la visión de la selva dentro de la camioneta. El muchacho se retorció bajo la mirada descolorida.

—Vas a hablar —dijo el hombre; tenía el rostro demacrado, pero conservaba la calma.

El joven lo miraba a través de sus ensortijados rizos. Tenía en la mandíbula la mancha púrpura de una magulladura. Mientras Sherrinford persiguió a la mujer, él volvía lentamente en sí y recobraba la movilidad para intentar huir. El detective apenas pudo detenerlo. Y no hubo tiempo para amabilidades, si se pensaba que en cualquier momento podían llegar refuerzos Extraños. Sherrinford lo había dejado fuera de combate y así lo llevó hasta dentro. Lo ató a una silla giratoria, adonde estaba en esos momentos.

—¿Hablar contigo, gaznápiro? —dijo escupiendo.

Pero el sudor le cubría la piel y los ojos pestañeaban sin descanso en torno al metal que lo aprisionaba.

—Dime el nombre con que he de llamarte.

—¿Para que me echés un maleficio?

—Me llamo Eric. Si no tengo otro remedio, te inventaré un nombre. Te llamaré... hmmm, Wuddkins.

—¿Qué? —a pesar de su condición fantasmal, el prisionero seguía siendo un adolescente—. Entonces llámame Rebaño de Brumas.

La suave entonación del nombre pareció subrayar su disgusto.

—No suena así —explicó—, te digo sólo el significado. De todas maneras es mi nombre pronunciado, nada más.

—¿Entonces tienes un nombre secreto que consideras verdadero?

—Yo no. Ella. Yo mismo no lo sé. Pero Ella sabe el verdadero nombre de todos.

—¿Ella? —preguntó Sherrinford levantando una ceja.

—La que reina. Ojalá me perdone, no puedo hacer la señal de respeto con los brazos atados. Algunos invasores la llaman la Reina del Aire y de las Tinieblas.

—¡Ajá!

Sherrinford se procuró tabaco y pipa. No había esperado miembro tan formidable de la banda.

—Según tengo entendido, ellos dominan a mi raza, y a la tuya, hijo, a hurtadillas mediante argucias y engaños.

Rebaño de Brumas asintió de manera truculenta.

—No hace mucho tiempo que inventó el primer nicor. No crea que sólo tiene triquiñuelas en su haber...

—Lo sé. Sin embargo una bala revestida de acero puede hacer maravillas. ¿No crees?

Sherrinford siguió hablando suavemente, como consigo mismo.

—Sin embargo creo que... hm, los nicor y todos vuestros seres semi-humanos tienen por misión principal la de ser vistos, no empleados. El poder de proyectar espejismos debe ser bastante limitado, seguramente, tanto en alcance y poder como en las personas que lo poseen. De otra manera, ella no habría tenido necesidad de trabajar tan lenta y certeramente como lo ha estado haciendo. Aún desprovista de nuestro escudo mental, Barbro, mi compañera, pudo haberse resistido, pudo haber estado alerta y reconocer que lo que veía era irreal si hubiera estado menos agitada, menos nerviosa, menos impulsada por la necesidad.

»No tengas en cuenta lo que yo experimenté —continuó, con la cabeza rodeada por una voluta de humo—, nunca podría haber sido lo mismo con ella. Creo que simplemente recibimos una orden: «Verás a quien más quieres en este mundo huyendo de ti en una selva». Naturalmente, después de internarse por unos metros, el nicor la desvió del camino. Yo no tenía esperanza de encontrarlos, no soy ningún explorador del ártico y, además, nada les habría costado tenderme una celada. Por eso preferí volver por ti. Tú eres mi eslabón hacia tu superiora —concluyó tristemente.

—¿Crees que te conduciré hasta el Paraíso de Estrellas o Carheddin? Trata de obligarme, gaznápiro.

—Quiero hacer un trato contigo.

—Sospecho que vas a intentar algo más que eso.

La respuesta de Rebaño de Brumas reveló una perspicacia sorprendente.

—¿Qué dirás cuando regreses a tu casa?

—Sí, ese es todo un problema, ¿no es cierto? Tanto Barbro Cullen como yo distamos mucho de ser lugareños aterrorizados. Venimos de la ciudad. Hemos traído equipo de grabación. Seríamos los primeros de nuestra clase en dar un informe sobre un encuentro con la Antigua Raza, y sería detallado y plausible. Traería como consecuencia alguna acción.

—Entonces, lo puedes ver, no tengo miedo a morir —afirmó Rebaño de Brumas con los labios levemente temblorosos—. Si te permitiera venir y hacer tus cosas de hombre a mi gente, ya no tendría motivos para vivir^[<<].

—No tengas temores inmediatos —dijo Sherrinford—; sólo eres un anzuelo.

Se sentó y miró al muchacho a través de una pantalla de calma (pero algo lloraba dentro de él: Barbro, Barbro).

—Piensa un poco —continuó—; tu reina no puede dejarme volver llevándome un prisionero, y además capacitado para decir cosas de ella. De alguna manera tratará de poner un tope a todo esto. Yo podría tratar de abrirme paso a toda costa pues has de

saber que este coche está mejor armado de lo que imaginas, pero con eso no lograría liberar a nadie. En cambio prefiero quedarme donde estoy. Es indudable que nuevas fuerzas de la reina tratarán de llegar hasta aquí tan pronto como sea posible. Presumo que no se lanzarán ciegamente contra una ametralladora, un cañón howitzer, un fulgurador... Primero tratarán de pactar, ya sea honestamente o no. Así podré obtener el contacto que busco.

—¿Qué planes tienes? —preguntó el muchacho en un murmullo lleno de angustia.

—Primero, esto, como una especie de invitación —Sherrinford extendió la mano para oprimir un botón—. Ahí está; acabo de bajar mi escudo contra los que pueden leer la mente o influir sobre el pensamiento. Me atrevo a decir que los líderes al menos, serán capaces de sentir que ya no está. Eso les dará confianza.

—¿Y después?

—Después nos toca esperar. ¿Deseas comer o beber algo? En los minutos siguientes Sherrinford trató de divertir a Rebaño de Brumas y averiguar algo sobre su vida. Pero las respuestas que obtuvo fueron terminantes. Entonces redujo las luces interiores y se dedicó a mirar hacia afuera. Lo hizo durante algunas horas.

La espera terminó con un grito de alegría, a medias sollozo, que dejó escapar el muchacho. Por los bosques se acercaba una banda de la Antigua Raza.

Algunos entre ellos se destacaban más que lo que las lunas y las estrellas septentrionales habrían permitido. El que iba en el carruaje montaba sobre un ciervo macho con los cuernos ornamentados de guirnaldas. Tenía forma de hombre de una belleza sobrehumana, y el pelo rubio platino le caía desde el yelmo, rodeándole la cara fría y orgullosa. A su espalda flotaba un manto, como alas vivientes. Su cota de malla color de rocío tintineaba al moverse.

Detrás de él, a izquierda y derecha, cabalgaban dos de cuyas espadas surgían llamas centelleantes. Arriba, un rebaño flotante reía y gorjeaba, dando volteretas en la brisa. Cerca de todos flotaba una niebla semitransparente. Algo más difícil era identificar a los que pasaron entre los árboles detrás de su jefe. Pero se movían con la vivacidad del mercurio, siguiendo el ritmo de arpas y trompetas.

—Lord Luighaid —la voz de Rebaño de Brumas rebosaba de gloria—; el maestro de la sabiduría en persona.

Lo más difícil que jamás hiciera Sherrinford fue sentarse frente al panel principal de control, posar el dedo en el botón generador del escudo pero no oprimirlo. Dejó bajar una sección del dosel para permitir que las voces se trasladaran. Una oleada de viento le dio en la cara, llena de olor a rosas del jardín de su madre. A sus espaldas, en el cuerpo principal del vehículo, Rebaño de Brumas hizo un esfuerzo por zafarse de sus ligaduras hasta que pudo ver el tropel que se acercaba.

—Dirígete a ellos —dijo Sherrinford—; pregúntales si quieren hablar conmigo.

Intercambiaron palabras desconocidas, ligeras y dulces, que flotaban entre ellos.

—Sí —dijo el muchacho traduciendo—. Lord Luighaid está de acuerdo. Pero te

advierto una cosa; jamás te dejarán ir. No luches contra ellos. Desiste, ven con nosotros. No sabrás lo que es vivir hasta haber habitado en Carheddin, bajo las montañas.

Los Extraños se acercaron.

Jimmy brilló con luz vacilante para volver a desaparecer. Asida por brazos poderosos. Barbro estaba apoyada contra un pecho fuerte y sentía moverse, debajo, los músculos del caballo. Debía de ser un caballo, aunque sólo quedaban unos pocos para usos especiales o para la reproducción. Sentía el movimiento debajo de la piel del animal, oía el crujido del follaje que se separaba y el estampido de las pezuñas que chocaban contra la piedra; a través de la oscuridad parecía envolverla cierto calor y un vivo perfume.

El que la llevaba le habló suavemente.

—No temas, querida. Era sólo una visión, pero nos está esperando y vamos camino donde él está.

Sintió vagamente que debía de estar horrorizada, desesperada o algo así. Pero sus recuerdos se remontaban al pasado remoto; no tenía idea de cómo había llegado a aquel lugar. Se sentía transportada, llena de seguridad de sentirse amada. En paz, en paz, descansaba en la calma antesala de la alegría...[<<].

Después de un trecho el bosque se abrió. Atravesaron un llano en el que se levantaban grandes piedras de un blanco grisáceo bajo las lunas, mientras sus sombras fluctuaban en los pálidos matices que la aurora derramaba sobre ellas. Arriba, entre las flores, bailaban revoloteadores y pequeños cometas. Delante brillaba un pico cuya cima estaba coronada de nubes.

Barbro abrió los ojos sin querer y miró hacia adelante. Al ver la cabeza del caballo, pensó con tranquila sorpresa: «Pero si es Sambo, mi caballo de niña...». Miró hacia arriba para ver mejor al hombre. Llevaba una túnica negra y la capa con capucha le ocultaba a medias la cara. El grito se le ahogó en el pecho.

—¡Tim! —susurró la mujer.

—Sí, Barbro.

—Te enterré...

Él sonrió con una ternura infinita.

—¿Creías, por ventura, que sólo somos lo que se deposita nuevamente en la tierra? Pobre amor mío. Aquella que nos llama es La que Todo lo Cura. Pero ahora descansa y sueña...

—Soñar —dijo ella.

Durante un rato luchó por despertar. Pero débil fue su esfuerzo. ¿Por qué había de creer en cuentos cenicientos sobre átomos y energía, únicamente para llenar el hueco del vacío..., cuentos que no podía traer a la mente..., cuando Tim y el caballo que le regalara su padre la transportaban hacia Jim?[<<] ¿Lo otro no había sido un mal

sueño, acaso, y este su primer despertar?

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, él murmuró:

—En tierras de los Extraños tienen una canción; la canción de los hombres.

El mundo navega

bajo un cielo invisible.

La luz se arremolina en los arcos.

El resucitar es noche,

pero los Moradores no saben de esta tristeza.

—No comprendo —dijo ella.

Él asintió.

—Hay mucho que tienes que entender, querida, y no volveré a verte hasta que hayas aprendido esas verdades. Pero entretanto te reunirás con nuestro hijo.

Ella trató de levantar la cabeza para besarlo, pero él la contuvo.

—Todavía no; no has sido recibida entre la gente de la Reina. No tendría que haberte buscado, pero ella fue demasiado misericordiosa para prohibirlo. Quédate quieta.

El tiempo parecía volar. El caballo galopó infatigable, sin tropezar jamás al subir por la montaña. En un momento tuvo una visión de un ejército que cabalgaba hacia abajo y pensó que se dirigían hacia una última y extraña batalla en el oeste contra... ¿quién...? Uno que yacía encerrado entre hierros y en pena. Más tarde se preguntaría el nombre del que la había llevado a la tierra de la Antigua Verdad.

Por último, las nubes se alzaron orgullosas entre las estrellas, que son pequeñas y mágicas y que nos consuelan después de muertos. Entraron cabalgando en un patio donde ardían inmóviles antorchas, las fuentes salpicaban y se oía el canto de los pájaros. El aire olía a brok y a periscopio, a ruda y a rosas, porque no todo lo que el hombre trajo es horrible. Los Moradores esperaban en todo su esplendor para saludarla. Más allá de sus hieráticas siluetas, los pucas hacían cabriolas a través del crepúsculo, algunos niños correteaban entre los árboles; la alegría se dejaba oír por encima de la música más solemne.

—Hemos venido...

Súbita e inexplicablemente la voz de Tim se convirtió en un graznido. Barbro no pudo explicarse como desmontó y la llevó en brazos. De pie ante él, lo vio girar sobre sus talones y el temor la apresó.

—¿Te encuentras bien? —tomándole ambas manos.

Eran frías y ásperas. ¿Dónde estaba Sambo? Con la mirada trató de buscar bajo la capucha. Con esta claridad tendría que ver la cara de su hombre. Pero era borrosa y cambiaba sin cesar.

—¿Qué sucede? ¡Oh! ¿Qué está pasando?

Él sonrió. ¿Era esa la sonrisa que ella había amado? No le era posible recordar bien.

—Yo... Debo irme —tartamudeó él en voz tan baja que apenas se oyó—. Aún no ha llegado nuestro tiempo.

Desembarazándose de la mano de ella se recostó contra una silueta con túnica que se le había acercado. La niebla flotaba por encima de ambas cabezas.

—No me mires... regresar a la tierra —rogó él—; sería mortal para ti. Hasta que llegue nuestro tiempo. Allí... Nuestro hijo.

Tuvo que volver la mirada, y poniéndose de rodillas abrió bien los brazos. Jimmy se lanzó contra ella con la fuerza de una sólida bala de cañón. Le estrujó el pelo, la besó en el hueco del cuello mientras reía y lloraba y farfullaba tonterías; eso no era un fantasma, no era un recuerdo robado mientras no miraba. Una y otra vez, mientras volvía la atención hacia algún otro sufrimiento que hubiera podido acaecerle: hambre, enfermedad, miedo, y no encontró nada, volvió la mirada hacia lo que les rodeaba. Los jardines habían desaparecido. No importaba.

—Te eché tanto de menos, mamá... Quédate.

—Te llevaré a casa, cariño.

—Quédate. Aquí es divertido. Yo te enseñaré, pero quédate^[<<].

Un suspiro se perdió en el crepúsculo. Barbro se levantó tomando a Jimmy de la mano.

Estaban frente a la Reina.

Era muy alta, con su túnica tejida con luces del norte, la corona de estrellas y la guirnalda de no-me-beses. Su aspecto recordaba a la Venus de Milo, cuya figura Barbro había visto a menudo en tierras del hombre, salvo que la reina era más rubia y resaltaba en ella una mayor majestad asomada a sus ojos azul-noche. En torno a ella el jardín despertó a una nueva realidad, la corte de los Moradores y las nubes que ascendían hacia el cielo.

—Sé bienvenida —dijo la Reina, y sus palabras sonaban como un canto—, para siempre.^[<<]

Barbro dijo, con gran sorpresa para sí:

—Madre Luna, permítenos ir a casa.

—Eso es imposible.

—A nuestro mundo pequeño y querido —Barbro soñó que rogaba—, el que hemos construido para nosotros y legado a nuestros hijos.

—Y a los días de prisión, las noches de enojo, las obras que se deshacen entre los dedos, amores que se vuelven podredumbre o semillas en el viento; pérdida, sufrimiento, el lugar donde la única seguridad es la nada final. No. Tú también, futuro Pie Maravilla, te alegrarás cuando las banderas del Otro Mundo flameen sobre la última ciudad y el hombre despierte a una vida plena. Ahora vete con aquellos que te enseñarán.

La Reina del Aire y las Tinieblas levantó un brazo en ademán de convocar. Quedó en alto pero nadie respondió.

Un gruñido horripilante apagó las fuentes y las melodías. Se encendieron fuegos,

resonó el trueno. Las huestes se dispersaron gritando ante la cosa de acero que resonaba en la ladera de la montaña[<<]. Los pucas desaparecieron en un torbellino de alas asustadas. Los nicor estrellaron los cuerpos contra el invasor no vivo que los consumió, hasta que la Madre les ordenó retirarse.

Barbro arrojó a Jimmy al suelo y le dio protección con su cuerpo. Las torres se tambalearon y desaparecieron entre el humo. Las montañas quedaron desnudas bajo lunas de hielo, salvo algunas rocas, cangrejos y un más allá glacial cuyas profundidades tornaban azul la luz de la aurora. La boca de la cueva oscurecía un peñasco. Por todas partes corrían seres diversos que buscaban refugiarse bajo tierra. Algunos eran de sangre humana, otros grotescos como los pucas, los nicor y los fantasmas; pero en su mayor parte eran delgados, escamados, con largas colas, picos finos, sin el menor parecido a hombres o a Extraños.

Por un instante, mientras Jimmy gemía junto a su pecho —quizá tanto porque se había roto el encantamiento como por el miedo que tenía—, Barbro tuvo piedad de la Reina que permanecía sola en su desnudez. Luego ella también desapareció y el mundo de Barbro tembló al partirse.

Las armas se silenciaron; el vehículo se detuvo. Un joven salió de dentro y gritó salvajemente:

—¡Sombra de un Sueño! ¿Dónde estás? soy yo, Rebaño de Brumas, ¡vuelve, vuelve!

Pero luego recordó que el idioma con que se había criado no era el mismo de los hombres. Siguió gritando hasta que una joven salió detrás de unos arbustos donde estaba escondida. Se miraron a través del polvo, el humo y el resplandor de la luna. Ella corrió hacia él.

Una nueva voz estalló desde el coche:

—¡Barbro, rápido!

Estación Navidad conocía el día; breve en esa época del año, pero después de todo con luz solar, cielos azules, nubes blancas, aguas brillantes, brisas salinas que deambulaban por calles concurridas, y el mismo desorden de siempre en la sala de estar de Eric Sherrinford.

Estaba sentado con las piernas cruzadas y chupaba la pipa como si intentara formar un velo de humo mientras decía:

—¿Está segura de haberse repuesto? No debe arriesgarse y fatigarse en exceso.

—Estoy bien —contestó Barbro Cullen, aunque con voz inexpresiva. Cansada sí, puede verse, sin duda alguna. Uno no pasa por semejante experiencia y se normaliza en una semana. Pero ya estoy de pie y andando, eso es lo importante. Para serle franca, tengo que saber que ha sucedido, qué está pasando, antes de calmarme y recuperar todas mis fuerzas. No hay mención alguna de la noticia por ninguna parte.

—¿Habló con otras personas sobre este asunto?

—No. Me limité a decir a las visitas que estaba demasiado fatigada para hablar. No es del todo mentira. Supuse que debía existir alguna razón para la censura.

Sherrinford pareció aliviado.

—Así me gusta. Fue por indicaciones que di. Ya puede imaginarse la sensación que va a provocar cuando esto se haga público. Las autoridades están de acuerdo en que necesitan cierto tiempo para estudiar los hechos, pensar y debatir en una atmósfera de calma y tener una política lista para ofrecer a los votantes, que la principio se sentirán inclinados por ponerse un poco histéricos —su boca se arqueó levemente hacia arriba—. Además su sistema nervioso y el de Jimmy tendrán ocasión de fortalecerse antes de que sobre ambos se desate la tormenta de la prensa. ¿Cómo se encuentra el niño?

—Bastante bien. Sigue ensañado conmigo por no permitirle ir a jugar con sus amigos en el Lugar Maravilloso. Pero es pequeño y olvidará pronto. Ya se recuperará.

—De todas formas, más adelante podrá encontrarse con ellos.

—¿Qué? —Barbro se retorció en su silla—. Nosotros no... Yo también me he olvidado, apenas recuerdo algo de las últimas horas. ¿Logró traer alguno de los humanos secuestrados?

—No. Tal como fueron las cosas ya se llevaron una sorpresa tremenda, sin que fuera necesario arrojarlos simplemente... en una institución. Rebaño de Brumas, que es un joven bastante equilibrado, me aseguró que van a salir del paso, por lo menos en lo referente a las necesidades de subsistencia, hasta que se hagan los arreglos de rigor —Sherrinford vaciló—. No tengo una idea definida de cuales serán esos arreglos: dada la situación. Nadie puede decirlo. Pero es obvio que incluye a esa gente o, por lo menos, a muchos de ellos, a los que no han crecido del todo y pueden volver a reunirse con la raza humana, aunque tal vez nunca lleguen a sentirse cómodos en nuestra civilización. Tal vez esto sea lo mejor, puesto que necesitaremos alguna forma de relación mutuamente aceptable con los Moradores.

La forma impersonal en que había hablado logró calmar a ambos. Fue así como Barbro pudo hablar.

—Dígame la verdad. ¿Me comporte como una tonta? Recuerdo haber gritado y que me golpeé la cabeza contra el suelo.

Antes de ponerse en pie pensó en la mujer y su orgullo; luego, se acercó a ella y le puso la mano sobre el hombro.

—De ninguna manera. En un momento de pesadilla espantosa usted fue atraída y cayó en una trampa tendida a sus más profundos instintos. Después, mientras el monstruo herido se la llevaba, evidentemente apareció un ser de otra especie, capaz de saturarla con fuerzas neuropsíquicas a muy corta distancia. Agregue a todo eso mi llegada, la repentina y brutal anulación de toda alucinación; debe haber sido aplastante... No es de extrañar por tanto, que gritara de dolor. Pero antes de eso logró entrar en la camioneta, junto con Jimmy, y nunca se interpuso en mi tarea.

—¿Qué fue lo que hizo usted?

—Bueno, me alejé con el vehículo todo lo que pude. Después de varias horas las condiciones atmosféricas mejoraron lo suficiente para permitirme llamar a Puertolondres y solicitar una evacuación aérea de emergencia. Eso no era imprescindible. ¿Qué probabilidad había de que nos detuviera el enemigo? Ni siquiera intentaron hacerlo... Pero obtener el transporte rápido facilitó mucho las cosas.

—Pensé que algo así debió haber ocurrido. —Barbro sostuvo la mirada de él—. No; lo que quise decir es, ¿cómo hizo para encontrarnos en las tierras remotas?

Sherrinford se apartó un poco de ella.

—El prisionero me guió. No creo haber matado a ninguno de los Moradores que vinieron a hablar conmigo. Al menos lo espero así. Lo que sucedió, simplemente, es que la camioneta arrancó contra todo el grupo después de un par de tiros de alarma y luego los dejó atrás. En realidad, atacar a esa gente con acero y combustible no fue muy justo. A la entrada de la cueva me vi forzado a hacer fuego contra alguna de las criaturas enanas. Créame que no me siento orgulloso de ello.

Permaneció en silencio unos instantes y luego continuó.

—Pero la tenían cautiva —dijo—. No estaba seguro de lo que serían capaces de hacerle y me sentía responsable de su vida. Pero por principio nunca busco más violencia de la necesaria —dijo tras otra pausa.

—¿Cómo consiguió que el muchacho... cooperara?

Desde donde ella estaba, Sherrinford dio unos pasos hasta la ventana y se quedó contemplando el Océano Boreal.

—Desconecté el escudo de protección mental —dijo él— y permití que la banda se acercara en el pleno resplandor de la ilusión. Entonces volví a colocar el escudo y pudimos verlos a todos en sus formas verdaderas. Mientras nos dirigíamos hacia el norte traté de explicar a Rebaño de Brumas cómo los habían embaucado a él y a su gente, cómo los habían usado, haciéndoles creer que vivían en un mundo que en realidad no existía. Le pregunté si deseaba, verdaderamente, tanto para él como para cualquier otra persona que le fuera allegada, seguir viviendo como animales domésticos; es cierto, corriendo con una limitada libertad por sólidas montañas, pero siempre obligados a volver al cuchitril del sueño —una nube de humo se elevó de la pipa—. Que nunca más vuelva a ver tanta amargura. Le habían enseñado a creerse libre[<<].

Carlomagno estaba a punto de ponerse; el este ya se había oscurecido. Por encima el barullo del tránsito retornó a la tranquilidad.

—¿Sabe usted por qué? —preguntó Barbro al fin.

—¿Por qué tomaron algunos niños y los criaron así? En parte porque era el molde que habían creado los Moradores; en parte para poder estudiar y experimentar con los miembros de nuestra especie..., con sus mentes, no sus cuerpos; en parte, además, porque los seres humanos tienen fuerzas especiales que pueden ser útiles, como la capacidad de soportar la plena luz del día.

—¿Pero cuál era el propósito final de todo esto?

—Bueno —dijo Sherrinford, que seguía caminando—, naturalmente el fin último de los aborígenes es poco claro. Podemos tratar de adivinar cómo piensan, pero no cómo sienten. Pero creo que nuestras ideas se acercan mucho a la verdad.

»¿Por qué se escondían del hombre? Imagino que ellos, o en todo caso sus antepasados, porque ha de saber usted que no son duendes etéreos sino mortales y también falibles... E imagino que al principio los nativos sólo deseaban ser cautelosos, más aún que los seres humanos primitivos, aunque alguno de los que había en la Tierra tardaron mucho en revelar su existencia. Espionaje. Fisgoneo mental. Los Moradores de Roland habrán tenido que aprender el lenguaje suficiente como para tener una idea de lo distinto que es el hombre a ellos, de su poderío. También pudieron haber comprendido que llegarían más naves con colonos. No se les ocurrió pensar que se les otorgaría el derecho a conservar sus tierras. Tal vez son más apegados a su terruño que nosotros. Y entonces decidieron luchar a su manera^[<<]. Me atrevo a decir que una vez comprendida su mentalidad, nuestra ciencia psicológica pasará por su revolución copernicana^[<<].

Estaba dominado por el entusiasmo.

—Y eso no es lo único que aprenderemos —prosiguió—. Deben tener su propia ciencia; una ciencia no humana surgida en un planeta que no es la Tierra. Porque es evidente que nos han observado más profundamente de lo que nosotros nos hemos observado, y organizaron un plan contra nosotros que les habría tomado por lo menos un siglo llevar a cabo. Y bien, ¿qué más saben? ¿Cómo pueden mantener su civilización aparentemente sin agricultura, sin edificios en la superficie, o minas? ¿Cómo es posible que incuben nuevas especies inteligentes a voluntad? Si hay un millón de preguntas, habrá diez millones de respuestas.

—¿Podemos aprender algo de ellos? —preguntó Barbro suavemente—. ¿O debemos limitarnos a destruirlos como ellos temen, según usted?

Sherrinford hizo un alto, y con el codo apoyado en la repisa de la chimenea apretó la pipa antes de contestar.

—Espero que seamos capaces de demostrar más compasión de la que hasta ahora hemos demostrado por un enemigo vencido. Eso es lo que son. Trataron de conquistarnos y han fracasado; y ahora, de alguna manera estamos obligados a conquistarlos a ellos puesto que tendrán que hacer las paces con la civilización de la máquina en vez de verla enmohecerse. Asimismo, es preciso tener en cuenta que nunca nos hicieron un daño tan atroz como hemos infligido a nuestro semejante, el hombre, en el pasado^[<<]. Y, repito, podrían enseñarnos cosas maravillosas así como nosotros podríamos enseñarles a ellos una vez que hayan aprendido a ser menos intolerantes con un estilo de vida diferente al de ellos.

—Me imagino que podríamos enviarlos a una reserva —dijo ella, y no comprendió por qué él hizo una mueca de disgusto antes de contestarle con aspereza.

—No les regateemos el honor que se merecen. Han luchado por salvar de aquello

—e hizo un gesto brusco hacia la ciudad— el único mundo que han conocido. Es posible que nosotros también estemos mejor con mucho menos de eso.^[<<]

Se encorvó ligeramente al suspirar.

—Sin embargo, supongo que si hubiera triunfado el País de las Hadas, el hombre habría hallado su fin en Roland, quizás en paz y posiblemente también feliz. Vivimos con nuestros arquetipos, ¿pero acaso podemos vivir en ellos?^[<<]

—Lo siento, pero no comprendo —dijo Barbro meneando la cabeza.

—¿Qué? —la miró con una sorpresa que borró toda la melancolía—. ¡Qué estúpido soy! He explicado esto a tantos políticos, científicos y comisionados... Sólo Dios sabe a cuántos en estos últimos días. Y he olvidado explicárselo a usted. Cuando viajábamos se me ocurrió una vaga idea y nunca me gusta discutir mis ideas prematuramente. Ahora que hemos encontrado a los Extraños y visto cómo actúan me siento más seguro.

Apretujó el tabaco.

—De un modo limitado yo también he usado un arquetipo a lo largo de mi vida laboral. El de detective racional. Nunca ha sido una pose consciente, es simplemente la imagen que transmite mi personalidad y mi estilo profesional. Pero lo importante es que despierta una reacción favorable en la mayoría de la gente, así tengan o no tengan referencias del original^[<<]. El fenómeno es bastante común. A veces encontramos personas que, en distintos grados, nos sugieren la imagen de Cristo o Buda o la Madre Tierra o, en un plano menos excelso a Hamlet o a D'artagnan. Ya sean históricos, míticos o de ficción, esos personajes cristalizan, en esencia, aspectos básicos de la psique humana, y cuando los encontramos en nuestra experiencia real, la reacción llega a mayor profundidad que nuestra mera conciencia.

Volvió a ponerse grave.

—El hombre también crea arquetipos que no son individuos. El Anima, la Sombra y según parece, el Mundo Sobrenatural. El mundo de la magia, del hechizo (que originalmente significó encantamiento) de seres semihumanos^[<<], algunos como Ariel y otros como Calibán, pero todos libres de defectos y penas humanas, y, por lo tanto, quizá un poco menos crueles, y bastante ilusorios; moradores del crepúsculo y la luz de la luna, no verdaderos dioses sino obedientes servidores de gobernantes que son tan enigmáticos y poderosos como para tener ese don...^[<<]. Sí, la Reina del Aire y las Tinieblas sabe muy bien qué paisajes hacer ver a la gente solitaria, que ilusiones hacer girar en torno a ellos de tanto en tanto. Me pregunto cuánto se inspiraron, tanto ella como sus ayudantes, en los cuentos de hadas de los humanos; cuánto inventaron ellos y cuánto volvió a inventar el hombre, sin darse cuenta, mientras el sentimiento de estar viviendo al borde del mundo volvía a embargarles.

Algunas sombras cruzaron por la habitación. Había refrescado y los ruidos de la habitación parecían amordazados.

—Pero esto. ¿Qué se puede hacer? —preguntó Barbro.

—En muchos sentidos los colonos han regresado a la Edad Media —contestó

Sherrinford—. Tienen pocos vecinos, escuchan escasas noticias de más allá de su horizonte, luchan por sobrevivir en una tierra que apenas entienden y que en cualquier momento puede desatar desastres imprevistos sobre ellos: están rodeados por un enorme desierto. En el mejor de los casos, la civilización mecanizada que trajo aquí a sus antepasados es muy frágil. En cualquier momento pueden perder todo, como las naciones de la Edad Media perdieron a Grecia y a Roma, como toda la Tierra parece haberlas perdido. Si dejamos que el arquetípico Mundo Sobrenatural los trabaje el tiempo suficiente, llegarán a creer hasta la médula de sus huesos que la magia de la Reina del Aire y las Tinieblas es más poderosa que la energía de los motores y, primero con la fe, después con los hechos la seguirán. Está claro que no sucederá demasiado pronto. En el caso ideal será muy lentamente para que podamos notarlo, especialmente los individuos engreídos de las ciudades. Y al final, cuando una legión que regrese a la vida de antes los enfrente, ¿podrán mantenerse con vida?

—Ella me dijo que cuando las banderas Extrañas flamearan sobre la última de nuestras ciudades nos regocijaríamos —susurró Barbro.

—Imagino que bien pudo haber sido así —admitió Sherrinford—; sin embargo, creo en el derecho a elegir nuestro propio destino.

Dio una sacudida como quien trata de liberarse de una carga; removió la ceniza de la pipa y se estiró, músculo por músculo.

—Y bien —dijo—, no llegará a suceder.

—Gracias a usted, —afirmó ella, mirándolo de frente.

El rubor cubrió las delgadas mejillas del detective.

—Creo que con el tiempo alguien lo habría hecho, después de todo. Lo que importa es lo que hagamos en adelante y esa es una decisión demasiado importante para un solo individuo o una sola generación.

Ella se levantó.

—A menos que se trate de una decisión personal, Eric —sugirió ella, sintiendo que el rostro se le encendía.

—Tenía esperanzas de que volveríamos a encontrarnos —dijo él.

Resultaba curioso ver lo tímido que era.

—Así será —contestó ella.

Ayoch estaba sentado en el túmulo de Wolond. La aurora se estremeció brillante, con tal despliegue de luz que casi ocultó las lunas menguantes. Habían caído los capullos del abrojo de fuego y algunos todavía brillaban junto a las raíces de los árboles, entre el brok seco que crujía bajo los pies y olía a humo de madera. El aire era tibio pero en el horizonte crepuscular ya no quedaba ningún reflejo de luz.

—Hasta siempre, y buena suerte —dijo el puca.

Rebaño de Brumas y Sombra de un Sueño no se volvieron para mirar. Parecía que no se atrevían a hacerlo. Caminaron lentamente hacia el campamento humano cuyas

luces formaban una nueva estrella en el sur, hasta perderse de vista.

Ayoch no se iba. Sentía necesidad de despedirse de aquella que en los últimos tiempos se había unido a él, que dormía en el dolmen. No era probable que alguien volviera a encontrarse allí por amor ni por magia. Pero se le ocurrió un antiguo verso que podía servir.

Poniéndose de pie entonó la estrofa:

*De entre su pecho
un capullo se elevó;
lo quemó el estío
y la canción terminó.*

Después desplegó las alas para el largo viaje que le aguardaba.

Víctima de sus propios encantos

Por Patrick L. McGuire.

En *La Reina del Aire y las Tinieblas* se encuentran muchas de las mejores cualidades de los escritos de Poul Anderson. Esto le valió a la novela corta un primer lugar en el número especial dedicado a Anderson de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* de abril de 1971; poco después el Premio Nebula de los escritores de ciencia ficción de los Estados Unidos y un premio Hugo de la Trigésima Convención Mundial de Ciencia Ficción. Pero la obra adolece asimismo de ciertas debilidades características de Anderson y es, por tanto, lo suficientemente representativa como para que un riguroso estudio de la misma ayude a evaluar la producción de Anderson en su conjunto. Con este objetivo en mente consideraremos a *La Reina del Aire y las Tinieblas*.

Pero antes de entrar en el análisis puede ser útil considerar algunos de los rasgos destacados del argumento de la pequeña novela y sus antecedentes: en el planeta-colonia Roland una joven viuda, Barbro Cullen, acude a pedir ayuda al detective privado Eric Sherrinford. Barbro había llevado en una expedición científica a las oscuras tierras polares a Jimmy, su hijito de tres años. Cuando Jimmy desaparece del campamento, la madre cree que pudo haber sido robado por los misteriosos Extraños, a quienes se conoce principalmente a través de folklore de los colonos. Esta tradición, sin embargo, describe a los Extraños como seres tan semejante a hadas o duendes de la tradición terrestre que las autoridades las descartan como parte de una superstición —o ceden ante ellos considerándoles seres sobrenaturales—. Lo sean o no, lo cierto es que los Extraños son reales según nos enteramos a través de las distintas escenas, por la opinión de los humanos raptados. La región polar, relativamente templada pero oscura, parece una especie de País de Hadas rolándico, habitado por diversos seres fantásticos que están bajo el dominio de la majestuosa y bella Reina del Aire y las Tinieblas.

Sin embargo, a medida que la novelita avanza, descubrimos que el país de los Extraños es, en realidad, una impostura, una ilusión tramada por la hasta entonces misteriosa población nativa, aborígenes de Roland cuya intención es subvertir el sistema de valores de la civilización humana. Gradualmente mediante el empleo de la sugestión telepática o la alucinación inducida, logran revivir antiguas supersticiones del hombre, la concreción de tendencias nunca del todo sepultadas en la mente humana, en la esperanza de que este resurgimiento de un modo de pensar anticientífico facilitará la asimilación de los humanos dentro de la cultura no mecánica y biológicamente orientada de los aborígenes.

Tras deducir por lo menos algunos de estos hechos, Sherrinford se aventura a internarse con Barbro por las tierras oscuras y viajan en un coche especial de acción terrestre, protegido contra interferencias telepáticas. Pero cuando Sherrinford sale del

coche en persecución de un mutante al que desea interrogar, un nicor le corta el paso y Barbro, que deja el campo de interferencias para ayudarlo, es apartada mediante engaños.

Nos encontramos entonces con su reacción cuando se enfrenta a la Reina y lucha débilmente para mantener el sentido de la realidad a pesar de la ilusión de haber visto a su esposo muerto y otras visiones reconfortantes del pasado. Sherrinford llega a la escena en el momento preciso para el rescate y usa el armamento del coche contra el mero músculo de los guardianes de la Reina —los «tanques» contra la «caballería»—. Se desvanece entonces la gran ilusión y la reina se revela como un saurio vagamente humanoide.

Así se destruye el complot de los aborígenes; sin embargo, Sherrinford expresa la esperanza de que la raza humana no sea vengativa al triunfar. En primer lugar Roland fue el mundo de los Extraños y, en todo caso, los aborígenes tienen mucho que enseñar a los colonizadores.

No falta en esta novela el sub-argumento personal característico de Anderson, en el cual Barbro llega a la conclusión de que la vida prosigue fuera del recuerdo de su marido, mientras que Sherrinford supera su reserva hacia las mujeres muy al estilo de Sherlock Holmes. Al terminar la novela hay una sugerencia de romance.

La imagen de la Reina del aire y las Tinieblas invade la novela corta de Anderson. La Reina-persona asumida por el líder aborígen es un arquetipo, como lo es también su reino, en un sentido más o menos junguiano. Esto determina en parte el poder de los extraños. Como explica Sherrinford:

«Encontramos a veces personas que, en distintos grados, nos sugieren la imagen de Cristo o Buda o la Madre Tierra o, en un plano menos excelso, a Hamlet o a D'artagnan. Ya sean históricos, míticos o de ficción, tales personajes cristalizan, en esencia, aspectos básicos de la psique humana, y cuando los encontramos en nuestra experiencia real, la reacción llega a mayor profundidad que nuestra mera conciencia (...).»

«El hombre crea también arquetipos que no son individuos. El Anima, la Sombra y según parece, el Mundo Sobrenatural. El mundo de la magia, del hechizo —que originalmente significó encantamiento— de seres humanos»^{[ver en texto][1]}.

En su introducción a la novela corta (al ser publicada en la revista), Anderson explica que figuras mitológicas semejantes a la Reina pueden encontrarse en todo el mundo y hasta en la prehistoria más antigua a la que la arqueología pueda llevarnos.

La universalidad del arquetipo de la Reina nos sugiere qué fuerte asidero tiene el concepto en la mente humana. Aun en una breve descripción de la Reina puede apreciarse ese poder:

«Era muy alta, con su túnica tejida con luces del norte, la corona de estrellas y la guirnalda de no-me-beses. Su aspecto recordaba a la Venus de Milo, cuya figura Barbro había visto a menudo en tierras del hombre, salvo que la reina era más rubia y resaltaba en ella una mayor majestad asomada a sus ojos azul-noche. En torno a ella el jardín despertó a una nueva realidad, la corte de los Moradores y las nubes que ascendían hacia el cielo».

«—Sé bienvenida —dijo la Reina, y sus palabras sonaban como un canto—, para siempre».^[ver en texto]

A pesar de la universalidad del concepto básico, la Reina debe manifestarse en una forma peculiar, y para eso Anderson recurre a la tradición medieval del Hada Reina según la transmiten baladas y romances. Posiblemente el concepto de Hada Reina empezó como una poderosa diosa madre^[2], pero los distintos pueblos europeos fueron modificando gradualmente sus ideas. El pueblo de Tuatha dé Danann, el hada irlandesa, mantuvo el viejo concepto en su nombre, que puede ser explicado como «el pueblo de la diosa Dana»^[3], pero los poderes antes asignados a una sola diosa fueron después distribuidos entre numerosas mujeres-duende. Aun en el caso en que el Reino de las Hadas tenga una reina, con frecuencia ésta requiere un rey; aún más, en ciertas tradiciones el duende femenino más importante es la *hija* del rey^[4]. Es importante destacar que en gran parte del folklore el papel del Hada Reina como amante anula su papel como madre. Este concepto también es muy antiguo, pero quizá la expresión más familiar se originó con las señoras hadas casi-humanas del romance medieval:

«El hada del romance arturiano es esencialmente una mujer sobrenatural, siempre mucho más hermosa de lo que puede concebir la imaginación, inmutable al tiempo, imperturbable ante la falta de recursos para satisfacer sus deseos, superior a toda necesidad humana; en resumen, de poder ilimitado»^[5].

En sus novelas fantásticas *The Broken Sword* (la espada rota) y *Three Hearts and Three Lions* (Tres corazones y tres leones), Anderson describe mujeres-duende muy similares a las de la tradición medieval, y con frecuencia seducen a los héroes de esas obras con enredos sexuales; pero en *La Reina del Aire y las Tinieblas* este elemento

erótico ha desaparecido casi por completo. La Reina es increíblemente hermosa, pero se la adora desde la distancia.

Dado que los aborígenes no pueden mantener un engaño perfecto de cerca (Barbro empieza a ver a través de la ilusión de su marido), estaría fuera de papel que la Reina tomara amantes humanos, pero también podríamos buscar en esto un significado más profundo. Naturalmente podemos referirnos a otros modelos a propósito, tal como la Huldra noruega (hermosa de frente, feísima desde atrás, como los aborígenes que tienen una cola), o al culto medieval de la Virgen. Pero más allá de esto, lo que contribuye a la definición de la Reina es la inaccesibilidad, como señalaremos más adelante.

Una de las razones por la que los aborígenes eligen el arquetipo del Hada Reina entre muchos tipos disponibles es que pueden asociarlo con la renuncia a la responsabilidad y la racionalidad. Este aspecto del País de las Hadas tiene una larga historia —desde la isla de Circe, la historia irlandesa del siglo décimo *Imran Brain maic Febrail*, que narra los viajes de los hijos de Bran Fabail a la Tierra de las Mujeres, el Avalon de Morgan— pero la idea sigue siendo atractiva para una sociedad «moderna».

En primer lugar, la Reina promete una preciada hermandad y seguridad al colono de Roland. Toda la colonia está terriblemente aislada, a cientos de parsec de otros seres humanos en un mundo einsteiniano donde no existen los viajes a mayor velocidad que la de la luz. El millón de colonos humanos no está desprovisto de la ayuda de otros hombres —el mismo Sherrinford es un inmigrante—, pero carecen de toda *seguridad* de ayuda. De cualquier manera, esa ayuda sólo podría provenir de otros asentamientos precarios.

«Sólo dos o tres veces por siglo puede llegar una nave de otra colonia. (No de la Tierra; hace tiempo que la Tierra se hundió en el reino de lo extranjero)»^[ver en texto].

Esta última declaración sombría es prácticamente todo lo que leemos sobre la Tierra en *La Reina del Aire y las Tinieblas*. Sin embargo, Anderson también se refiere al planeta Rustum y por medio de ambos explica el aislamiento de Roland con respecto al planeta madre sugiriendo, al mismo tiempo, la clase de desastre que puede afligir a la colonia.

La colonización de Rustum es objeto de una serie de novelas cortas de Anderson entre 1959 y 1961, compiladas bajo el título *Orbit Unlimited*. La serie narra las tribulaciones de un grupo de gente de clase media, compuesto principalmente por norteamericanos, los Constitucionalistas, que se aferran testarudamente a una concepción científica y a una teoría libertaria de gobernar una Tierra que ya ha abandonado ambos conceptos.

El planeta madre, agobiado por el peso de una población en aumento y recursos que van en disminución, se hunde en la ignorancia y la tiranía, y la cultura de la tierra se orienta hacia el uso de las drogas y el misticismo oriental. El único medio que les queda a los Constitucionalistas para defender sus valores es la huida. Entonces presionan al gobierno para que se les permita colonizar un planeta habitable, recientemente descubierto: Rustum. Los personajes de *Orbit Unlimited* creen que la colonización de Rustum representa probablemente el último acto de la Tierra en el espacio. Es obvio, considerando *La Reina del Aire y las Tinieblas*, que esos temores fueron prematuros. En una forma muy característica de muchas culturas agonizantes, la Tierra logra un último resurgimiento, que posiblemente duró varios siglos (puesto que en *Orbit Unlimited* el único mundo habitable jamás descubierto fue Rustum), y se establecieron otras colonias. Sin embargo el fin previsto en *Orbit Unlimited* debe haber llegado. Tras una lucha cruenta, la Tierra se abatió en una oscuridad similar a la que ahora amenaza a los colonos de Roland.

Casi la mitad del millón de habitantes de Roland vive en la única ciudad: Estación Navidad. Es posible que mediante esta concentración la colonia mantenga el grado de especialización necesario para una sociedad tecnológica y, en cierta medida, pueda ser una compensación para el aislamiento de la colonia en su totalidad. Pero la otra mitad de la población está totalmente diseminada por todo un continente, sobre todo en granjas solitarias ocupadas por una familia. Estos colonos producen para el mercado, y el comercio, si bien disminuye su aislamiento, aumenta su inseguridad, pues Roland tiene una economía de características capitalistas y un gobierno descentralizado, y es posible que los ingresos granjeros fluctúen mucho de año en año. Las granjas están unidas al mundo exterior por medio de las telecomunicaciones y viajes aéreos, pero estos son precarios y están sujetos a interrupciones debidas al clima variable e imprevisible de Roland. Por lo tanto, la posibilidad de escapar a esa preocupación y a la soledad debe ser muy tentadora aun en el caso de una huida que se compra al precio de rechazar los beneficios de una educación científica. Una vez que el campo se ha rendido, la ciudad deberá hacer otro tanto, o arriesgarse a morir de hambre.

Pero los aborígenes no dependen solamente de esa predisposición psicológica en su favor. Si bien enmarcada en un entorno «realista», su tierra tiene un enorme parecido con el País de las Hadas. Desde el punto de vista interno del argumento, esto proporciona un motivo adicional para que los aborígenes adopten el prototipo del Hada Reina. Y, desde un punto de vista «externo», Anderson nos regala con una racionalización maravillosamente ingeniosa de lo mágico, y no sólo como un juego, sino por razones muy serias que analizaremos más adelante.

El País de las Hadas debe ajustarse a ciertas especificaciones. En él debe haber muy poca luz solar, o casi nada, puesto que las leyendas de la Tierra nos dicen que las hadas huyen del sol. Sin embargo, debe existir cierta iluminación fantasmal, tanto para comodidad de los visitantes humanos como por la noción de que los duendes no

son seres sombríos. El País de las Hadas debe tener un territorio aparte del hábitat humano normal, pero en él mismo es preciso que haya ciertas condiciones que permitan sobrevivir a los humanos adaptados. Estará regido por una Reina que dispone de un cortejo de seres no humanos cuyas diversas habilidades están más o menos especificadas en el folklore, entre las que se cuentan el vuelo y el hechizamiento^[6].

Las tierras nortpolares de Roland cumplen perfectamente con estas especificaciones, puesto que el norte es el «cuarto inhóspito, reino de la oscuridad, la noche. Simboliza el misterio, lo desconocido»^[7].

Por cierto que hay oscuridad. Roland tiene una órbita excéntrica que mantiene la región ártica sumida en la noche la mayor parte del año. Sin embargo esta oscuridad no es intensa ni impenetrable, ya que está quebrada por plantas bioluminiscentes, dos lunas y auroras brillantes a causa de la interacción de la atmósfera y el fuerte «viento» cargado de partículas que emite el sol de Roland, tipo Fa. La alta producción energética de esta estrella explica el calor que hay incluso en las Tierras Oscuras polares. Otro factor que contribuye tal efecto es la ligera inclinación del eje (10 grados) y el pequeño diámetro de Roland (9500 kilómetros). Todo el círculo ártico debe tener poca más de 830 kilómetros de radio. Por lo tanto masas de aire caliente serán atraídas constantemente hacia región tan pequeña. Más aún, el área de tierra dentro del círculo es de 1,25 millones de kilómetros cuadrados.

Esto es poco más que la mitad de la zona ártica total, de modo que el resto debe ser el océano (el golfo de Polaris), que contribuye a templar más el clima.

Sin embargo, la oscuridad de las regiones polares es suficiente para que los colonos de Roland no las encuentren atractivas, por lo menos en el estado primitivo de su desarrollo económico. Pero el poderoso sol de Roland otorga un tercer beneficio: asegura la intimidad de la reina. Junto con otras características planetarias, el sol provoca grandes perturbaciones atmosféricas y tormentas repentinas e impredecibles. En el momento de desarrollo actual esto impide un tráfico aéreo regular.

La gravedad de la superficie de Roland es sólo un 42 por ciento de la terráquea, pero tiene una presión de aire similar a la del planeta madre. Esto está de acuerdo con ciertas teorías cosmológicas que «culpan» a la gran luna de la Tierra de factores tales como reducir la cantidad de atmósfera que retiene nuestro planeta. Pero además de aumentar la verosimilitud, la función de atribuir a Roland atmósfera tan densa es permitir la existencia de seres de gran tamaño que pueden volar, como los «pucas». De esta manera la Reina obtiene sus tradicionales servidores alados.

Aun así, hay ciertas evidencias en la Tierra que sugieren que una especie inteligente es capaz de eliminar a sus competidores más próximos de manera que, como dice el aguacil de Puertolondres: «Una zona del tamaño de Ártica es incapaz de engendrar una docena de diferentes especies inteligentes»^[ver en texto]. La solución más simple es suponer que los mismos aborígenes han «manufacturado» múltiples formas

de vida. Esto requiere a su vez que los aborígenes dominen las ciencias biológicas.

Una raza que empezó con biología forzosamente habrá de tener un enfoque de la vida muy diferente del de otra que empezó con la mecánica y este punto de vista podría fácilmente ponerla en conflicto con los humanos «mecánico-tecnológicos», como ya había expuesto Anderson en *The Star Ways* (1957)^[8] y *After Doomsday* (1962).

Al describir a los habitantes bio-ingenieros de las Tierras Oscuras, Anderson modificó las tradiciones terrestres. Es posible que las formas que toman en Roland los seres arquetípicos esté determinada en parte por restricciones de la biotecnología de los aborígenes y en parte por la cultura de los colonos humanos. Al apartarse del folklore es posible que se refuerce la sensación de verosimilitud del lector —el cuento es «ciencia ficción» más que «fantasía».

Los «espectros» se explican casi por sí solos. Son el equivalente rolándico más aproximado a un espíritu descarnado. «Un... enjambre de células coordinadas de una cierta manera... fermonal»^[ver en texto]. Como corresponde a su condición «demoníaca», los espectros tienen una elevada inteligencia y grandes poderes telepáticos.

La palabra pook debe ser un derivado de puck^[9] y de ahí el anglosajón «puca». Anderson emplea la palabra para designar a una criatura alada, similar en cierto sentido a un pequeño espíritu «degenerado» de un folklore posterior, aunque el único puca que conocemos bien, Ayoch, tiene un carácter más flemático del que se podría esperar en un hada alada. Después de todo, científicamente, aún en Roland un ser volador capaz de transportar un niño debe ser bastante pesado.

La criatura que Anderson llama «nicor» es particularmente interesante. «Nico», relacionado con el «nix» moderno, es la palabra anglosajona que corresponde a «trasgo de agua» y también por «hipopótamo». Más tarde la palabra parece haberse usado específicamente para un ser como ese. Nikard, su equivalente germánico, solía raptar bebés recién nacidos. En la tradición de Yorkshire se convirtió en el trasgo de agua Nicobare, un tonto que ocasionalmente decía alguna cosa profunda^[10]. Los nicor de Anderson parecen no tener relación alguna con el agua; su aspecto es un cruce entre elefante —o hipopótamo— y un animal prehistórico. Pero uno de esos nicor, llamado Nagrim, toma parte en un rapto (el de Barbro) y es a la vez estúpido y sabio. Refiriéndose a los colonos, por ejemplo dice:

«Conozco sus propósitos: cortar árboles, hundir arados en la tierra, sembrar su maldita semilla en los terrones. A menos que los espantemos pronto hasta el agua amarga, bien pronto se pondrán demasiado fuertes y no podremos hacerles frente»^[ver en texto].

Como hemos visto, gran parte de la «explicación racional» para el poder mágico de la Reina son la telepatía y los fenómenos parapsicológicos con ella relacionados. Como sucede en los cuentos de Flandry (que sin embargo ocurren en una «historia futura» diferente), la telepatía, a su vez, hace que las radiaciones electromagnéticas de onda larga sean generadas y recibidas por el sistema nervioso. La transferencia de información mediante radiaciones de este largo de ondas es lento y ello explica que los humanos tengan tan poca habilidad telepática, pero en la tierra oscura de los aborígenes esa habilidad ha tenido ventajas evolutivas y ha alcanzado un alto nivel de desarrollo.

Resulta interesante señalar que los investigadores de la parapsicología están enredados en un debate en cuanto a si el fenómeno que estudian puede explicarse o no en término de radiaciones electromagnéticas. Durante muchas décadas se aceptó lo contrario. La evidencia en favor de fenómenos a través de los tiempos, como el preconocimiento, parecía igual a la de los fenómenos tales como la telepatía, que es de esperar sea más fácil de prestarse a una explicación en términos de las teorías biológicas y físicas actuales.

Pero en épocas más recientes algunos investigadores, especialmente soviéticos, han vuelto a examinar las teorías «electromagnéticas», según parece con resultados prometedores. En el caso de *La Reina del Aire y las Tinieblas* Anderson quiso seguir la explicación más vulgar (que no siguió, por ejemplo, en *Kyrie*): Aquí la explicación no sólo debe ser «racional» sino tan familiar como sea posible para el lector. Aun en la ciencia-ficción, el aspecto emotivo es tan importante como la lógica^[11].

Si bien los aborígenes emplean también los arquetipos a gran escala, de manera que la figura de la Reina del Aire y las Tinieblas domina la novela, no son los únicos en hacer uso de esa técnica. El mismo Sherrinford cultiva un parecido con Sherlock Holmes, o por mejor decir, con un arquetipo del Detective Racional.

«Nunca ha sido una pose consciente, es simplemente la imagen que transmite mi personalidad y mi estilo profesional. Pero lo importante es que despierta una reacción favorable en la mayoría de la gente, así tengan o no tengan referencias del original»^[ver en texto].

Una persona, también sin proponérselo, puede caer dentro de moldes arquetípicos, como le sucede a Barbro cuando asume el papel de «viuda perpetua», tan familiar en la literatura. Sin embargo una de las ventajas del conocimiento consciente de los arquetipos es que se tiene más libertad para cambiar de modelo a voluntad. Así, Sherrinford se permite enamorarse de Barbro aunque esto no caiga dentro del carácter holmesiano. También con ayuda del detective es capaz Barbro de

cambiar su auto-concepto, pero la novela ya va por la mitad cuando se da cuenta de que «... y con cierto sentimiento de culpa descubrió que la vida guardaba para ella más esperanzas que la sola idea de recuperar a su hijo Jim».

Sin embargo, esto no sugiere que el conocimiento garantiza un cambio para mejor. Como veremos, los arquetipos son sintomáticos de relaciones más profundas, y como tales no se modifican sin dolor ni muy fácilmente. Hacia el final de la novela es Barbro la que arranca a Sherrinford de su carácter. Aún los manipuladores más grandes, los aborígenes, parecen prisioneros de sus propias estructuras de pensamientos. Si en lugar de esconderse y tapar las huellas de su existencia se hubieran dado a conocer a la primera expedición exploradora, los humanos nunca habrían colonizado Roland. Aún después no habría sido tan difícil haber llegado a una partición formal del territorio. Las Tierras Oscuras, sumidas en la noche durante más de medio año, nunca pueden ofrecer mucha atracción a los humanos. Por otra parte, los aborígenes no pueden soportar la plena luz durante todo el día, y por tanto, encuentran poco incentivo para trasladarse a tierras que son ahora dominio del hombre. Pero de alguna manera los aborígenes no lo ven así. Sherrinford señala:

«No se les ocurrió pensar que se les otorgaría el derecho a conservar sus tierras. Tal vez son más apegados a su terruño que nosotros. Y entonces decidieron luchar a su manera»^{[ver en texto][12]}.

Sin embargo, Anderson también demuestra que la auto-dirección puede obtenerse aún a costa de grandes obstáculos. La alusión de Sherrinford al planeta Rustum, ya señalada, surgió de que sabe que en este mundo existen criaturas aladas lo suficientemente grandes como para transportar un niño. En efecto, en la novela *The Mills of the Gods (Los molinos de los dioses)*, que forma parte de *Orbit Unlimited*, un ave capaz de transportar un niño cumple un papel importante y la obra tiene en común con *La Reina del Aire y las Tinieblas* la trama basada en la búsqueda de un niño perdido. Una de las preocupaciones del cuento mencionado en primer término es como, después de una década de lucha, el calvinista Joshua Coffin aprende a romper el rígido molde de su sistema de creencias y logra una relación más «humana» consigo mismo y con su familia. Hacia el final de *La Reina del Aire y las Tinieblas* parece posible un avance similar en las relaciones aborígenes-humanos.

Después de todo, los métodos de lucha de los aborígenes han acusado poco derramamiento de sangre. Y una sociedad racional-tecnológica será capaz de perdonar a los aborígenes por el ataque más sutil al reconocer que «... nunca nos han dañado tan atrocemente como nosotros lo hemos hecho en el pasado con nuestro semejante, el hombre»^[ver en texto].

Si bien no será fácil llegar a un acuerdo entre humanos y aborígenes (y hasta resulta imposible), la confrontación ofrece nuevas oportunidades a los dos pueblos.

No sólo puede producir un intercambio fructífero entre la «tecnología biológica» aborígen y la «tecnología física» del hombre sino, y esto es lo fundamental, la perspectiva del extranjero, con sus propios arquetipos y diversos moldes de pensamiento, debe hacer posible una nueva comprensión de la mente. «Me atrevo a decir que una vez que empecemos a comprender su mentalidad, nuestra ciencia psicológica pasará por su revolución copernicana»^[ver en texto].

El concepto de arquetipo será parte de esta nueva «ciencia psicológica» pero, como lo demuestra el fracaso del esquema aborígen, resulta claro que es insuficiente. Además de todo esto es evidente que una psicología junguiana de segunda mano no es todo lo que se necesita para resolver el conflicto psicológico central de la pequeña novela.

Anderson siente una gran simpatía y aprecio por el modo de vida aborígen, pero no queda duda de que, al margen, sus simpatías están con la «tecnología racional» de la cultura humana. En cierto sentido, presenta el conflicto entre las sociedades como entre la libertad y la esclavitud.

Pero se trata de una «esclavitud» en un sentido muy especial. En los dominios de la Reina del Aire y las Tinieblas no se obliga a trabajar a nadie bajo castigo de muerte. No hay esclavos descontentos que siempre busquen la manera de escapar, dispuestos a huir en cuanto se presente la oportunidad. Por cierto que a veces han existido relaciones de esta índole entre amo y esclavo, y Anderson se ha ocupado de las mismas en otras obras^[13]. Pero hay una condición de esclavitud que es, quizá, mas común. Según dice van Rijn en *La llave maestra*.

«En la larga historia de la Tierra, ¿cuántos esclavos pudo haber en quienes sus amos podían confiar así? ¡Bastantes...! ¿Y cuánta gente hoy es animal doméstico de corazón, con el deseo de que otros le digan qué debe hacer, se ocupen de sus necesidades y se encarguen de protegerla no sólo de su prójimo, el hombre, sino de ellos mismos?».

A fin de establecer una distinción entre esclavitud involuntaria o voluntaria, podemos reservar la palabra «esclavitud» para el primer significado, y dar al segundo el carácter de «servidumbre». Un siervo es un esclavo, por supuesto, pero en el lenguaje moderno el segundo término ha adquirido un significado de sumisión voluntaria^[14].

Hay una teoría de relaciones humanas fundamentales ideada por el profesor Manfred Halpern, del Departamento de Política de la Universidad de Princeton, que establece la distinción entre «esclavitud» y «servidumbre» con una especial claridad. De acuerdo con esa teoría, una relación involuntaria, coercitiva de amo-esclavo, es un ejemplo de lo que él denomina «sujeción», mientras que lo que nosotros hemos

llamado la relación amo-siervo, sería un ejemplo de «emanación». Halpern define así este vocablo:

«Un encuentro en que uno (A) trata al otro solamente como una extensión de la propia personalidad, la propia voluntad y poder como una encarnación de uno mismo. Y el otro (B) acepta su renuncia a la legitimidad de una identidad separada debido al misterioso origen o naturaleza del avasallante poder del otro».

Además, en pago por su renuncia de sí, el «siervo» recibe un sentimiento de ilimitada «seguridad», una sensación de ser amado y consolado. La «emanación» es, en realidad, característica de las relaciones entre padres y niños pequeños y es una de las pocas herramientas sociales disponibles en las sociedades primitivas, hecho que entre otras cosas explica la deificación de muchos gobernantes. También explica, al menos en parte, la sumisión, a veces sorprendente, de un pueblo a una autoridad que alguien de fuera puede considerar tiránica.

En *La Reina del Aire y las Tinieblas* parecería que existe una relación de emanación entre la Reina y sus sujetos no aborígenes; tanto los humanos raptados como los biodirigidos. Estos individuos ven en la Reina un ser que posee «avasallante poder de un origen o naturaleza misteriosa». Rebaño de Brumas, uno de los humanos criados por los aborígenes, reflexiona así sobre la Reina: «... por supuesto se le obedecía; al pasar el tiempo uno se daba cuenta de lo sabia que había sido»^[ver en texto]. Más adelante Sherrinford llega a la conclusión de que los Extraños son como duendes folklóricos, «no verdaderos dioses sino obedientes servidores de gobernantes que son tan enigmáticos y poderosos como para tener ese poder»^[ver en texto].

Además, la Reina recompensa a sus servidores con un sentimiento de aceptación, amor y comprensión. Después de raptar a Barbro los aborígenes tratan de conquistarla dándole un anticipo de esta emoción: «Se sentía transportada, llena de la seguridad de sentirse amada. En paz, en paz, descansaba en la calma espera de la alegría...»^[ver en texto].

No queda muy claro si esta psicología se aplica también a los aborígenes. No hay ninguna razón evidente para suponer que sus moldes sociales tengan que ser los mismos que los de aquellos humanos y criaturas designadas para impresionar a los humanos. Por otra parte, desde el punto de vista humano, puede haber varias explicaciones para sus actos. Una de las diferencias posibles es que la cultura aborígen parece carecer del concepto de Anderson en cuanto a la libertad y la Reina no parece consciente de estar privando de algo a los humanos.

A través de los nombres con que la designan los humanos y los seres biodirigidos se revelan ambos aspectos de la Reina: el de terrible soberana y amante consoladora: Madre Estrella, Hacedora de la Nieve, Dama Cielo, La Más Bella, la que Todo lo

Cura, Madre Luna, Portadora de la Guirnalda, La Maravillosa, Madre, Reina, Hermana de Lyrth (Lyrth es una constelación visible desde Roland).

Pero Anderson ha tratado en otras obras la simple servidumbre personal, quizás en la mejor de todas, *La Llave Maestra*, y en la relación entre Djana y Ydwyr en *Un Circo de Infiernos*. En *La Reina del Aire y las Tinieblas* el tratamiento del tema es notable porque aquí la servidumbre personal está explícitamente identificada con otra clase de sometimiento voluntario: la esclavitud del inconsciente colectivo. «Vivimos con nuestros arquetipos, ¿pero acaso podemos vivir en ellos?» (pregunta Sherrinford) [\[ver en texto\]](#).

Anderson había tratado anteriormente esta segunda clase de «servidumbre»; quizá mejor que en ninguna obra, en *A twelve month and a day* (versión ampliada de *Let the spacemen beware!*), pero la combinación de *La Reina del Aire y las Tinieblas* constituye posiblemente su mejor esfuerzo por demostrarnos que las dos formas son esencialmente las mismas^[15]. Uno puede someter su voluntad racional a creencias y hábitos con la misma facilidad que a los individuos, esencialmente por las mismas razones y, en general, con los mismos resultados. Las ideas poseen un misterio y poder propios. Según dice Barbro, también ellas pueden amar y consolar.

«... Cuando las tengo sobre mi cabeza no puedo pensar en las estrellas como globos de gas cuya energía ha sido medida y cuyos planetas han sido hollados por pies prosaicos. No: son pequeñas, frías y llenas de magia; nuestras vidas están ligadas a ellas y después de la muerte susurran junto a nuestra tumba» [\[ver en texto\]](#).

Más tarde cuando la raptan y lucha contra la sugestión telepática, dice:

«¿Por qué había de creer en cuentos cenicientos sobre átomos y energía, únicamente para llenar el hueco del vacío..., cuentos que no podía traer a la mente..., cuando Tim y el caballo que le regalara su padre la transportaban hacia Jim?» [\[ver en texto\]](#).

Pero esto sugiere otra cosa además de que uno pueda estar «sojuzgado» por ideas. Plantea asimismo una importante pregunta: ¿Por qué alguien había de preferir la insegura búsqueda de la verdad a la tranquilidad de una creencia segura? Al fin de cuentas, ¿qué puede ofrecer la libertad capaz de inducir a alguien a rechazar a la Reina del Aire y las Tinieblas y su concepto del mundo, a rechazar el camino seguro a una vida feliz con un aura del misterio y la majestad?

Hay tantas respuestas finales como individuos, y Anderson divide la pregunta en

varios pasos. Nos recuerda primero que, vistas las cosas desde fuera, hay poca diferencia entre «servidumbre» y «verdadera esclavitud». Si el extraño es un occidental contemporáneo o si, como Sherrinford, viene de un mundo colonial fundado expresamente para conservar los valores occidentales, entonces en realidad el «esclavo» que espera su oportunidad para resistir al amo parecerá preservar más dignidad humana que el «siervo» que se somete voluntariamente. Aún más, si el «siervo» puede ser inducido a considerar su situación desde este punto de vista siquiera por un momento, será capaz de romper el encanto. Después de tal revelación se diluyen las recompensas psicológicas de la «servidumbre» y el estado subjetivo del individuo refleja su condición objetiva de sojuzgamiento.

Después del rapto de Barbro, Sherrinford trata de convencer a su prisionero, Rebaño de Brumas, para que traicione a la Reina. El detective atrae a un grupo de Extraños dentro del radio de su escudo telepático desconectado y después vuelve a conectarlo, de manera que Rebaño de Brumas ve a los aborígenes en su verdadera apariencia por primera vez. Después que la sorpresa obliga al joven a escucharlo, Sherrinford explica cómo interpreta él la situación de Rebaño de Brumas. Más tarde el detective se quejará: «Que nunca más vuelva a ver tanta amargura. Le habían enseñado a creerse libre»^{[ver en texto][16]}.

Un ejemplo semejante en que el sujeto llega a ver «sojuzgamiento» y «esclavitud» como la misma cosa, demuestra el efecto de una regla general: eliminado el misterio se termina la relación de emanación. En cierto modo, el misterio es garantía del infinito poder del amo: por grande que fuese el poder unido a la razón, siempre debe tener limitaciones. En consecuencia (como hemos visto) resulta útil que exista alguna «explicación racional de los aparentes milagros de las Tierras Oscuras».

Después Anderson demuestra que si uno acepta como real un misterio fraguado, se detiene o desvía en la búsqueda de la verdad, de la que depende la supervivencia. Este punto demuestra la clara superioridad tecnológica de los colonizadores humanos sobre los aborígenes, así como las victorias obtenidas mediante esa tecnología.

Naturalmente, el fin último no es la mera supervivencia, ni para Anderson ni, de manera más particular, para los sujetos de la Reina. La gente que se ve a sí misma como extensiones de una persona o una idea está dispuesta al martirio.

«... lo puedes ver, no tengo miedo a morir —afirmó Rebaño de Brumas con los labios levemente temblorosos—. Si te permitiera venir y hacer tus cosas de hombre a mi gente, ya no tendría motivos para vivir»^[ver en texto].

Se entiende, no obstante, que una de las recompensas por el sometimiento de la propia voluntad es un sentimiento de seguridad fundamental, pero la Reina no puede conservar este sentimiento en sus sujetos contra las máquinas del hombre:

«La Reina del Aire y las Tinieblas levantó un brazo en ademán de convocar. Quedó en alto pero nadie respondió».

«Un gruñido horripilante apagó las fuentes y las melodías. Se encendieron fuegos, resonó el trueno. Las huestes se dispersaron gritando ante la cosa de acero que resonaba en la ladera de la montaña»^[ver en texto].

Si bien una descripción completa de la libertad puede resultar excesiva para una novela corta (y es posible afirmar que Anderson dedicó una carrera a esa cuestión), por lo menos podemos conocer alguna de las características de la libertad y también las cosas que no son.

Anderson no incita a una retracción del subconsciente. Tampoco propicia un pseudo-racionalismo de acero inoxidable y esmalte. El hombre puede y debe rechazar falsas divinidades como la Reina, que a pesar de eso es «necesaria e inevitablemente parte de la vida que lo rodea y, a la vez, es criatura de la intimidad de su espíritu»^[ver en texto].

Durante la expedición que tiene como consecuencia la caída de la Reina, Sherrinford y Barbro emplean por cierto una «lámpara» manufacturada para preparar comida, pero Sherrinford también recoge leña «para darse la alegría de encender una hoguera de campamento»^[ver en texto]. En primer lugar, son el amor irracional de Barbro por su hijo, una amor más irracional que la mayoría pues está atado a la memoria del padre muerto, y la piedad «irracional» de Sherrinford y su posterior amor por Barbro, los que impulsan la expedición^[17].

Elecciones libres y constantes anuncian el desarrollo de valores que no pueden existir nunca en la atmósfera irreflexiva y descuidada del dominio de la Reina. Rebaño de Brumas, por ejemplo, no puede entender como un hombre y una mujer pueden dormir muy cerca uno de la otra sin tener relaciones sexuales. En un episodio anterior había llegado a la conclusión, con respecto a Sherrinford y Barbro, de que «un no morador puede ser tan persistente como él o tan paciente como ella».^[18]

Sin embargo existe la posibilidad de que el «libre» sufra más que el sojuzgado. La libertad da origen a la responsabilidad y, con frecuencia, al sentimiento de culpa. Puede proporcionar, por cierto, profundas satisfacciones y una vida más rica, pero la evaluación de tales recompensas es un proceso penosamente subjetivo. Quizá no haya argumento en favor de la libertad como para satisfacer al intelecto; tal vez lo máximo a que podamos aspirar es a una convicción emocional compartida. Esto ayuda a explicar por qué Anderson escribe sobre todo ficción.

Hasta ahora hemos centrado nuestra atención en lo que Anderson dice en *La Reina del Aire y las Tinieblas*. Ahora ha llegado el momento de hacer algunas reflexiones en cuanto a la manera como lo dice.

No tardamos en darnos cuenta que, una vez más, debemos tratar con arquetipos. Ya hemos analizado cómo «en el nivel del argumento» varios personajes emplean conscientemente el concepto y cómo él mismo proporciona una motivación y explicación. También podemos encontrar otro empleo del recurso, un uso «a nivel técnico» destinado a dejar su impacto en el lector, no en el personaje. Naturalmente, con frecuencia el mismo arquetipo puede llenar las dos funciones.

Pensemos, por ejemplo, hasta que extremos lleva Anderson el parecido de Eric Sherrinford con Sherlock Holmes. Lo primero que Barbro nota cuando visita el apartamento-oficina de Sherrinford es el contraste entre su «sano desorden» y la pulcritud personal del detective, que también es una característica de Holmes. Sherrinford fuma en pipa, es alto, tiene pómulos prominentes, nariz aguileña, cabello negro y ojos grises. Ya en el primer momento deduce por la apariencia de Barbro su profesión y su historia personal.

Más aún, Sherrinford es un tataranieta lejano del mismo Holmes. Por lo menos afirma: «también alegamos ser descendientes colaterales de uno de los primeros agentes privados de investigación que figuraban en los registros de la Tierra en la época anterior a los vuelos espaciales»^[ver en texto].

La pseudobiografía de Berring-Gould menciona Sherrinford como el nombre de soltera de la madre de Holmes^[19]. Además, Sherrinford era el nombre de pila de Holmes en el bosquejo original de *A Study in Scarlet*.

Parece claro que esta identificación entre Holmes y Eric Sherrinford excede lo que podrían exigir las necesidades del argumento. No obstante, podemos distinguir fácilmente por lo menos dos fines a los que sirve esta evocación. Primero, como una aproximación certera al arquetipo del Detective Racional; Holmes es un símbolo de la era racional-tecnológica, en contraposición de la Reina del Aire y las Tinieblas. Segundo, la alusión implícita a Holmes permite a Anderson ser breve en la caracterización de su personaje. Lo único que debe decir es: «básicamente, este hombre se parece mucho a Holmes, pero con las siguientes modificaciones...». En ciencia ficción, la brevedad al describir un personaje tiene mucha importancia cuando hay tanta información de otro carácter que debe aparecer en la narración, y esto es doblemente cierto en una obra breve. Por otra parte, debemos agregar que las modificaciones de Anderson al respecto no son muy importantes. Posiblemente Sherrinford posea un poco más de bondad (cualidad que Anderson aprecia mucho), o por lo menos sensibilidad respecto a las consecuencias de sus acciones, que el personaje de Conan Doyle. Incluso Watson dice en alguna parte que Holmes se había endurecido bastante. Otra diferencia importante entre los dos personajes es que

cuando Holmes no encontraba suficiente desafío para su intelecto recurría a las drogas, mientras que Sherrinford, igualmente aburrido con su trabajo en la policía de Heorot en el planeta Beowulf, se embarcó en una expedición científica que eventualmente lo llevó a Roland.

El detective tiene algo de sangre cherokee y su tradición familiar le hace consciente de ello. Ese dato asimismo funciona en dos niveles: ayuda a explicar la simpatía del detective por los aborígenes de Roland y evoca en la mente del lector una imagen del piel roja que se extingue con las simpatías concomitantes. Ambos niveles funcionan al mismo tiempo en un intercambio como el siguiente entre Barbro y Sherrinford:

«Me imagino que podríamos enviarlos a una reserva —dijo ella, y no comprendió por qué él hizo una mueca de disgusto antes de contestarle con aspereza».

«No les regateemos el honor que se merecen. Han luchado por salvar de aquello —e hizo un gesto brusco hacia la ciudad— el único mundo que han conocido. Es posible que nosotros también estemos mejor con mucho menos de eso»[\[ver en texto\]](#).

Si nos aventuramos por un momento en terreno menos seguro, podemos percibir una caracterización arquetípica más indirecta de Sherrinford. En este «cuento futuro» todos los planetas habitados por el hombre parecen estar bautizados por los héroes de épicas nacionales, y otros cuerpos celestes y lugares geográficos llevan nombres relacionados con los mismos. Así el sol de Roland se llama Carlomagno, y las dos lunas del mismo planeta son Oliver y Alda, por el camarada del héroe y su prometida respectivamente. Heorot que acabamos de mencionar, es el castillo del Rey Hrothgar en Beowulf. En Rustum (héroe nacional persa), muchos de los nombres de lugares provienen de la historia persa, y la luna Raksh fue bautizada así por el caballo de Rustum. Esta nomenclatura —establecida posiblemente por la Sociedad Astronáutica de Tripulantes de Naves Espaciales— no guarda relación especial con la nacionalidad de los eventuales colonos. Rustum está habitado en su mayoría por norteamericanos. Nunca se ha hablado francés en Roland, pero posiblemente aún siga siendo una lengua viva en Beowulf, puesto que Sherrinford la habla en forma corriente. Si Anderson tenía una intención adicional de proporcionar un sistema de nomenclatura, puede haber sido al poner énfasis en el heroísmo implícito de la colonización de planetas extraestelares. Aún así, si tenemos presente el planeta de origen de Sherrinford, podemos encontrar alguna significación en el hecho de que, al menos en la *chanson de geste* homónima, Roland sólo tiene que contender con humanos, mientras que Beowulf, igual que Sherrinford, es un matador de monstruos.

El papel de Barbro como «viuda fiel» —y la forma como sale de él enamorándose nuevamente— también es arquetípico, naturalmente. Sin embargo, y volviendo al nivel técnico, la única competencia verdadera para el arquetipo de Holmes es la que representan la Reina del Aire y las Tinieblas y sus dominios.

Como sucede con Sherrinford-Holmes, la Reina del Aire y las Tinieblas ejerce sobre la imaginación del lector una fascinación muy similar a la que ejerce sobre los personajes del relato. Posiblemente este efecto sobre el lector haya motivado a tantos escritores modernos a incluir figuras de «Reina» en sus obras. Además de la misma Reina del Aire y las Tinieblas podemos citar Morgause en *The Once and Future King* de T. H. White, o la dama sin nombre en el poema de A. E. Housman (III en *Últimos Poemas*): el arquetipo se manifiesta asimismo en los usos más modernos de Morgan Le Fay, o en reinas-brujas de C. S. Lewis. Sería fácil multiplicar estos ejemplos^[20], aunque, naturalmente, cada Hada Reina no es la Reina del Aire y las Tinieblas; piensen en la Buena Dama del Lago, el hada madrina tradicional, etc.

Los arquetipos no sólo modelan personajes y lugares; también forjan la acción. Los Extraños roban niños (como Jimmy), y madres de niños pequeños (Barbro) porque esto es lo que hacen las hadas. También forma parte de la naturaleza de las hadas invitar de tanto en tanto a seres humanos a compartir su vida mágica.

Eso podemos decir por el arquetipo a nivel del argumento. Los Extraños se han adaptado razonablemente a las costumbres de las hadas porque esto refuerza el concepto en mentes humanas y porque pueden usar humanos raptados. Los niños pequeños son especialmente adecuados porque pueden ser criados en el estilo de vida de los Extraños y se puede ganar a las madres manipulando sus impulsos instintivos. Pero también aquí encontramos arquetipos a nivel argumental. La identificación existente entre los aborígenes y las hadas nos revela otras cosas con respecto a los extraterrestres; cosas que racionalmente ellos no querían revelar o sugerir. J. R. R. Tolkien, por ejemplo, nos recuerda: «Se dice a menudo de las hadas... que son las trabajadoras de la ilusión, las embusteras de los hombres por “fantasía”»^[21].

Al menos en la tradición europea —esto no es cierto en *Las Mil y Una Noches*, por ejemplo— raramente nos encontramos con cuentos que profundicen sobre las maravillas del mundo de las hadas sin describir el precio que por ellas se paga. Mucho más comunes —y más populares— son las historias sobre gente que ha rechazado los reblandecimientos del mundo de las hadas, o que primero los aceptaron para después intentar escapar, con o sin éxito. A veces el simple hecho de la añoranza motiva este rechazo, pero con más frecuencia la causa es el amor de la esposa o la novia que quedó en la tierra de los hombres^[22]. A pesar de los planes de los aborígenes, este último es el drama desarrollado en *La Reina del Aire y las Tinieblas*.

Este arquetipo a dos niveles sirve a Anderson, por lo menos, como un elemento para pronosticar: el lector sabe que los Extraños intentarán ser mentirosos, y tiene la clara sospecha de que su engaño encontrará una exitosa oposición^[23]. Pero más que esto, la historia de fuga de la Tierra de las Hadas (como ejemplo de «quebranto de la

emanación», para usar un término de Halpern) constituye, según palabras de Sherrinford, una cristalización de los aspectos básicos de la psique humana; cuando en la ficción nos encontramos con una trama tan arquetípica nuestra reacción va más allá de lo consciente.

La ficción es, por supuesto, mucho más que una mera invocación y modificación de arquetipos (o de las relaciones básicas de Halpern). Recorramos al menos brevemente la «superficie» de la obra de Anderson, su selección de escenas y palabras.

Muchos críticos, entre ellos James Blish, han reconocido hace tiempo que Anderson es un «poeta» tanto en el sentido estricto del término como en su uso poético de la prosa. *La Reina del Aire y las Tinieblas* contiene cinco poemas, incluso una balada de quince estrofas, una copla en tetrametro que parece casi shakesperiana, una canción compuesta de acuerdo con las reglas de la prosodia escandinava^[24] y un poema de tres frases que Anderson insiste que no es un haiku^[25]. Además, toda la prosa está llena de elementos poéticos que van desde la aliteración y la metáfora hasta la oración hiper-compuesta consistente en quince versos seguidos en una línea, a los que se agregan inmediatamente nuevos adjetivos, con un único sustantivo como referencia gramatical.

En el párrafo de apertura de la novela corta encontramos un excelente ejemplo de su maestría con la prosa; en él Anderson logra establecer una atmósfera idílica, mientras al mismo tiempo transmite la alienación del paisaje rolándico. Fragua para las plantas y animales extraterrestres nombres que realzan el encanto pastoril, en vez de romperlo con nombres poco familiares: abrojo de fuego, flor de acero, planta de lluvia, no-me-beses, ciervo macho^[26].

Un poco más adelante, Anderson logra una de las más gráciles transiciones del dialogo a una larga exposición de antecedentes que se pueden encontrar en la ciencia-ficción. Mientras Barbro mantiene su primera conversación con Sherrinford, la noche se cierne lentamente, reflejando la ansiedad de la mujer. La escena termina con las frases: «Sin saber por qué la mujer se acercó un poco más al hombre en la penumbra de la habitación y él encendió un panel fluorescente. La misma sensación de estar solos en Roland se apoderó de ambos».

Entonces comienza el pasaje expositivo:

«Un año luz no es mucho considerando las distancias galácticas. Pero recorrerlo caminando exigiría 270 millones de años a partir de la mitad de la Era Permiana, en que los dinosaurios pertenecían al futuro remoto, y continuando hasta el presente en que las naves espaciales atraviesan distancias aún mayores».

Desgraciadamente, ejemplos como ese no son tan comunes como uno desearía. La mayoría de las veces Anderson recurre a su técnica acostumbrada de «conferencias». Tiene mucha más conciencia que algunos escritores con respecto a hacer que los personajes se digan entre ellos cosas que ya deben saber; inventa

excusas para emplear este recurso y hasta en ocasiones les da un buen uso dramático. Sin embargo, después de poco, estos intentos por disimular se vuelven obvios a todas luces.

«Encogiéndose de hombros él adoptó la pose de conferenciante que lo caracterizaba»[\[ver en texto\]](#).

«Para aquietar los dedos que se retorcían nerviosos, él le preguntó escépticamente...»[\[ver en texto\]](#).

«No quise alentar excesivas esperanzas en usted ni excitarla demasiado...» «... Pero ahora creo llegado el momento de decirle con cuánta atención he estudiado el material disponible sobre... la Antigua Raza»[\[ver en texto\]](#).

«Sherrinford adivinó en la pregunta cierta necesidad de consuelo más que de conocer objetivamente los hechos, y al contestar lo hizo con deliberada parquedad»[\[ver en texto\]](#).

Esta dificultad para intercalar material de fondo está relacionada con la torpeza general de Anderson para manejar el diálogo. La falta se nota mucho en el modo de hablar de Jimmy, el niño de tres años. El diálogo de un cuento no puede ser una mera transcripción, y ya use o no un niño semejante expresión, no suena convincente cuando, al preguntársele si desea pan francés o de centeno, él contesta: «Quiero una rebanada de lo que nosotros llamamos el pan F»[\[ver en texto\]](#). O en la escena en que está reunido con su madre en la corte de la Reina y le dice: «Quédate. Aquí es divertido. Yo te enseñaré, pero quédate»[\[ver en texto\]](#).

A veces, en el argumento suceden cosas extrañas para que una conversación particular pueda transcurrir en un momento particular. Los habitantes de Roland, por ejemplo, no son conscientes de la naturaleza electromagnética de la telepatía, y Sherrinford desea explicárselo a Barbro —y al lector— cuando afirma: «Me atrevo a decir que todos esos hechos están registrados en los microarchivos científicos de Estación Navidad. Se trata simplemente de que ustedes, los habitantes de Roland, no han tenido ocasión de buscarlos»[\[ver en texto\]](#).

¡Vaya con los microarchivos científicos! Si hasta la enciclopedia Columbia-Viking, que vale dos dolares, tiene un artículo sobre telepatía, aunque en la fecha de su publicación (1964), no puede informar nada definitivo al respecto. ¿Debemos creer que los rolandeses están tan desprovistos de curiosidad que ni siquiera vuelven a editar las obras de referencia general de la Tierra? ¿O que un tópico tan fascinante como la telepatía puede ser descartado completamente aun en lecturas recreativas?^[27]

Nuevamente, el gobierno de Roland ha impuesto (o solicitado) la suspensión

temporal de la historia del descubrimiento de los aborígenes para tener tiempo de elaborar una política. Pero nadie se ha molestado en avisar a Barbro de esta prohibición, de modo que sólo su criterio independiente hace que no revele la noticia. Una semana más tarde esto da ocasión a Sherrinford para explicar las razones de la censura, pero no favorece la credibilidad de la historia.

Ninguno de estos casos representa una imposibilidad absoluta.

Con anterioridad a las deducciones de Sherrinford nadie tenía razones para relacionar el «hechizo» de los Extraños con la parapsicología. No está más allá de la imaginación que un hecho que aparentemente no viene al caso pueda permanecer enterrado en los archivos de una ciudad pionera. De la misma forma los gobiernos, sobre todo cuando se enfrentan con problemas poco familiares, pueden ser bastante torpes al manejarlos. Tal vez las autoridades de Roland no repararon en Barbro. Pero en todo caso, ejemplos como este debilitan la verosimilitud del relato. Aún más, posiblemente contribuyen a dar ese vago olor a «pulpito» que se adhiere a Anderson a pesar de la amplia prueba de los méritos reales de su producción.

Era de esperar, por cierto, que Anderson aprenda a pulir mejor la superficie de su obra. A pesar del cuarto de siglo que lleva como escritor publicado y no obstante el presente nivel de éxito señalado por los premios Nebula, cuatro Hugos (hasta la fecha) y ventas importantes, Anderson no parece preocupado por ampliar el enfoque y mejorar la calidad de su creación.

Entretanto confiamos que el lector no se dejará distraer por imperfecciones superficiales. La corriente del arte de Anderson surge de mayor profundidad. Está constantemente realimentado por tributarios originados en los más diversos aspectos de la experiencia humana, hasta agotarse al fin en una ilimitada extensión de Espacio, Tiempo y Pensamiento.

Reconocimiento

Las citas de este artículo no reflejan totalmente la deuda intelectual hacia el profesor Manfred Halpern, tanto por sus trabajos publicados y sus obras en curso. Tampoco alcanza a señalar mi mayor agradecimiento hacia Sandra Miesel por sus artículos sobre Anderson (especialmente la versión original de *Desafío y Respuesta* en el *Riverside Quarterly* 4:2) y por las fructíferas discusiones mantenidas a lo largo de años. Poul Anderson tuvo la gentileza de contestar algunas preguntas más o menos concretas y de sacarme de mi error con respecto a ciertas nociones que, por lo tanto, no aparecen en estas páginas. Tanto Poul Anderson como Judy Cohen (ahora señora de Carrick), Susan Glickson, Manfred Halpern, John Miesel, Sandra Miesel, Frieda Murray y Alexei Panshin leyeron y comentaron algunos de los borradores de este

ensayo. Naturalmente soy responsable de cualquier error que pueda haberse infiltrado.

Epílogo

I

Su nombre era una sucesión de pulsaciones radiales. Convertidas en las ondas de sonido equivalentes habrían producido un disonante chirrido, ya que él, como muchas conciencias, era el centro de su propio sistema coordinado. Llamémoslo Cero.

Aquel día había salido de caza. En la cueva las reservas de energía habían llegado a un punto crítico. El otro, a quién se podría llamar Uno puesto que era el habitante más importante dentro del universo de Cero, no se había quejado. No era necesario; él también había sentido una disminución de la potencia. Cerca había abundancia de acumuladores, pero había que procesar cierta cantidad de determinadas células para recargar a Uno. Los movibles en cambio disponían de más energía concentrada y, naturalmente, estaban mejor organizados. Era posible desmembrar por completo el cuerpo de un movable, sin necesidad de muchas reformas, para que Cero pudiera utilizarlas. A pesar de las mínimas exigencias de su funcionamiento, el mismo Cero deseaba una carga más fácilmente asimilable de la que procedía de los acumuladores.

En resumen, ambos necesitaban un cambio de dieta.

Las piezas de caza ya no se acercaban a la cueva; durante los últimos cien años habían aprendido que ese no era un lugar seguro, y Cero supo que pronto iba a tener que tomar alguna iniciativa.

Pero la mera idea de tener que ayudar a Uno a lo largo de kilómetros y kilómetros de peligroso territorio escarpado, cubierto de maleza le hacía retrasar la decisión. Seguramente dentro de un radio de pocos días de su morada actual iba a poder encontrar grandes movibles. Uno le ayudó a ajustarse a la espalda una percha para acarreo, tomó algunas armas y se puso en marcha.

El crepúsculo estaba próximo. Cuando encontró los rastros el cielo estaba claro todavía: cristales de tierra rotos aún sin arreglar, varias tablas cortadas de algunos troncos... Conectó sus receptores en el punto de sensibilidad máxima, para controlar todas las bandas de frecuencia que generalmente transmitían ruidos de móviles. Captó una conversación de baja amplitud entre dos personas que estaban a unos cien kilómetros y que debido a alguna excentricidad atmosférica había llegado de tan lejos; un poco más cerca percibió las señales de pequeñas formas escurridizas que no valía la pena cazar; un volador se lanzó hacia las alturas y por un momento llenó de estática su campo de percepción. Pero ninguna onda del grande. Seguro que ha pasado hace días por aquí —pensó—, y ahora estará fuera del alcance del receptor...

Bueno, siempre le quedaba el recurso de seguirle el rastro y por lo menos alcanzar al torpe aserrador. Sin duda se trataba de un aserrador (conocía bien los signos), por lo tanto, bien valía la pena que la caza fuera larga. Se hizo una rápida inspección: todas las partes en perfecto orden. Y se puso en marcha a largos pasos; se desplazaba

con un esfuerzo que podía levantar cualquier cosa que hubiera en la huella.

Terminó el crepúsculo. Por encima de las montañas se elevaba la pequeña lente fría de un luna casi llena. Los vapores nocturnos resplandecían en espesas masas y chorros contra un cielo negro violáceo en el que las estrellas relucían en el espectro óptico y susurraban y cantaban en el campo radial. La selva reverberaba de aloy, resplandecía en heladas partículas de silicato. El viento resopló en lo alto entre las placas absorbentes de radiación y las hacía tintinear unas contra otras; se oyó el zumbido de un horador mientras un desherbador tascaba a través de encajes de cristal y un río frío y bronco bramaba por una cuesta hacia el valle.

Mientras se abría paso zigzagueando entre troncos, vigas y varillas con la facilidad que da la larga práctica, Cero no apartaba la atención de los receptores de radio. Esa noche percibía algo extraño en las frecuencias altas, una nota corta, extraviada..., una serie de notas, voz, zumbido, nunca había oído nada similar ni sabía de otros que lo hubieran escuchado... Pero el mundo estaba lleno de misterios. Nadie había cruzado el océano rumbo al oeste ni las montañas hacia el este. Por último Cero dejó de escuchar y puso toda su atención en localizar a la presa. No era tarea fácil moviéndose tan lentamente como lo hacía mientras sus antenas ópticas quedaban anuladas por la oscuridad. En un momento recogió lubricante de una perforación del cilindro y el otro diluyó sus ácidos con un trago de agua. Varias veces sintió que sus células energéticas se polarizaban, y se detuvo un rato hasta que pasara. Descansó.

El cielo, empalideció por el alba en los picos distantes, se volvió gradualmente rojo. Vapores húmedos y sulfurosos rodaron por las cuestas hacia el valle. Cero pudo ver la huella nuevamente, y empezó a moverse con ansiedad.

Entonces volvió a escuchar aquello tan extraño, sólo que esta vez con más fuerza.

Se acuclilló. Su antena tembló levemente. Sí, los impulsos venían desde cierta altura, y seguían cobrando fuerza. Muy pronto sería capaz de identificarlos como los ruidos radiales que se asocian al funcionamiento de un movible. Pero no las sentía como tipos ya conocidos..., había algo más: un áspero armónico ondulante, como si hubiera recogido alguna pérdida desde el borde de un rayo modulado de onda corta.

El sonido le causó impresión.

Al principio era un silbido, delgado, alto y frío por encima de las nubes del alba. Pero en pocos segundos había crecido hasta convertirse en un rugido que sacudió la tierra, reverberó por las montañas y repiqueteó en las placas del sorbedor hasta hacer retumbar toda la selva. La cabeza de Cero parecía una cámara de resonancias; el barullo le sacudía el cerebro de un lado a otro. Orientó hacia arriba las antenas horrorizadas y mareadas. Entonces vio descender aquella cosa.

Enloquecido, en el primer momento pensó que sería un volador. Al menos tenía como ellos el cuerpo fino y ahusado y las aletas de aire. Pero nunca había visto un

volador que descendiera en una cola multicolor de llamas. Tampoco ningún volador era capaz de oscurecer porción tan grande de cielo...

¡Y a menos de dos kilómetros de distancia!

Cuando aquello aterrizó sintió el impacto destructivo: estructuras derribadas, cristales de tierra disueltos, un pequeño horadador aplastado en su cueva... Una ola de angustia cundió por toda la selva. Se arrojó al suelo achatando el cuerpo todo lo que pudo mientras se aferraba a los restos de su propia cordura con las cuatro manos. Cuando el monstruo estuvo asentado en su lugar, el silencio que siguió fue como el estallido de un trueno final.

Cero levantó lentamente la cabeza. Sus percepciones se aclararon. Un rayo de sol atisbaba sobre la tierra. Parecía una afrenta que el sol se atreviera a salir como si nada hubiera sucedido. Los últimos ecos se perdieron entre las montañas.

Decisión repentina: no era momento para ser precavido con su propia existencia. Cero abrió al máximo la corriente de su transmisor.

—¡Alarma! ¡Alarma! Todos aquellos que estén recibiendo que se preparen para transmitir. ¡Alarma!

Alguien contestó a cuarenta kilómetros del lugar. No dejó de aumentar la intensidad de la potencia ni por un momento: muy bien podía llamarse Dos.

—¿Eres tú, Cero? Noté algo extraño en dirección a tu posición. ¿Que sucede?

Cero no pudo contestar de inmediato. Sentía en su cabeza el murmullo de muchas voces, y otros llegaban desde las colinas, de las cimas de las montañas, de llanuras, de chozas y tiendas y cuevas: cazadores, mineros, agricultores, fabricantes de herramientas convertidos de pronto en una sola unidad. Pero él emitía señales a su lugar de origen.

—Quédate aquí dentro, Uno. Trata de conservar la energía. No estoy herido. Tendré cuidado. Tú, escóndete y espera mi llamada.

—¡Silencio! —vociferó una estridencia que todos reconocieron como procedente de Cien. Era el más viejo de todos, probablemente había pasado por media docena de cuerpos.

Su proceso mental mostraba ya los efectos de una polarización irreversible y era más lento, se había desgastado poco a poco, pero conservaba la sabiduría que le habían dado los años y era él quién presidía los concejos.

—Cero, informa de lo que has observado.

—No es fácil —dijo el cazador, vacilante—, estoy en...

Dio detalles de su ubicación.

—¡Ah, sí —murmuró Cincuenta y Seis—, es cerca de la gran pérdida de galena...!

—Eso parece un volador, pero es enorme; más de treinta metros de largo. Bajó a un par de kilómetros de aquí en un chorro incandescente y ahora está quieto. Creo haber escuchado la señal de un rayo. De ser así el grito no se parece al que haya emitido movable alguno hasta ahora.

—... por estos lugares —agregó astutamente Cien—, pero algo de ese tamaño con aletas tan estrechas no es capaz de deslizarse..., lo que me hace dudar que se trate de uno de rapiña.

—Acumuladores de señuelo —dijo Ocho.

—¿Eh? ¿Qué pasa con esos? —preguntó Cien.

—Bueno, que si los acumuladores de señuelo son capaces de emitir señales tan poderosas como para controlar cualquier pequeño movable que se hubiera acercado, y hacerlo entrar entre sus muelas, tal vez esta cosa tenga una habilidad semejante. A juzgar por su tamaño, puede tener un radio de acción enorme, y de cerca sería capaz de dominar a grandes movibles. También a personas quizás.

Algo parecido a un estremecimiento pasó por la banda de comunicación.

Probablemente sea un desherbador —dijo Tres—. En ese caso...

Su señal se perdió en la nada, pero la idea permaneció en las mentes parcialmente unidas.

¡Un movable de semejante tamaño...! Tantos megavatios-hora en sus células de energía. Cientos, quizá miles de partes útiles. Toneladas de metal. Oye, Cien: acaso tu tátara-creador pueda recordar semejante caza hace cientos de milenios.

—No.

Si es peligroso será preciso ahuyentarlo o destruirlo. En caso contrario debemos repartirlo entre todos. Pero de cualquier modo, hay que atacarlo.

Cien no vaciló en tomar una decisión.

—Que todas las personas masculinas tomen las armas y se dirijan al punto de reunión en Broken Glade, sobre el río Gusto a Cobre. Cero, tú acercate lo más que puedas y observa todo, pero mantente en silencio a menos que ocurra algo imprevisto. Cuando estemos reunidos podrás darnos detalles para trazar un plan concreto. ¡Aprisa!

Las voces callaron en el receptor de circuitos. Cero volvió a quedarse solo.

Los rayos oblicuos del sol pasaban sobre las cimas y se perdían en la selva. Sedientas, las negras caras de los acumuladores volvían hacia él las placas absorbentes para beber radiaciones. La bruma se disipó dejando troncos y vigas brillantes de humedad. Una suave brisa hacía tintinear las protuberancias de silicato que salían al paso. Por un momento Cero quedó maravillado ante tanta belleza. El deseo de que Uno estuviera junto a él y el temor de que pronto el aliento del monstruo lo convirtiera en metal fundido pareció afinar la diafanidad matinal.

En su interior tomó cuerpo una determinación. Debajo de ella había un torbellino de franca avidez. En todas las décadas transcurridas desde que fuera activado no había habido banquete igual al que esta caza prometía. Se preparó rápidamente. Ante todo tomó en cuenta sus armas ordinarias. No podrá sujetar al monstruo con un lazo corredizo de alambre ni creía que el martillo de hierro bastara para quebrarle las

partes delicadas, que al parecer no tenía, ni tampoco que los pernos de acero de su ballesta pudieran perforar una placa fina para cortar un circuito vital. Pero la palanca dentada con cabeza de lanza podía serle de utilidad. La sostuvo con una mano mientras con las otras dos desataba la cuerda y la colocaba en la percha de acarreo, junto al resto del armamento. No tardó en enganchar diestramente la antorcha de cortar en el lugar correspondiente. Nadie usaba este invento artificial salvo para trabajos imprescindibles, para terminar con un gran movible cuyas células pudieran reemplazar la tremenda energía gastada por las llamas, o en casos de extrema necesidad. Por el momento sólo tenía intención de espiarlo.

Salió caminando al acecho, erguido entre las sombras y los reflejos del sol, protegido por el camuflaje que lo hacía casi invisible. Los móviles que sentían su presencia huían o se quedaban inmóviles. Ni aún el gran acuchillador era rapaz tan temido como una persona en expedición de caza. Así fue desde el remoto día en que algún genio salvaje había provocado la primera chispa para dominar la electricidad.

Cero estaba a medio camino, moviéndose cada vez con más lentitud y precaución, cuando percibió a los recién llegados.

Se detuvo bruscamente. Por encima de su cabeza el viento agitaba las ramas ahogando todo otro sonido. Pero sus antenas electrónicas lograron contar una..., dos..., tres siluetas en movimiento que venían de la dirección del monstruo. Sus emisiones eran tan extrañas como las de aquél.

Cero permaneció largo rato haciendo esfuerzos por sentir y por entender lo que sentía. Pudo apreciar que el flujo de potencia de los tres era muy pequeño, que apenas podía ser detectado aun desde distancia tan corta. Un horadador y un saltador empleaban más energía para moverse. El flujo también era peculiar; no se parecía en nada al de un movible; era demasiado simple, como si se tratara de uno o dos circuitos oscilantes. Opacos, fríos, carentes de actividad. Por otra parte, la señal de potencia... Porque ese parloteo tenía que ser una señal... ¡Era un grito! Esas cosas hacían tal barullo que los receptores conectados al mínimo podían recoger las señales a cinco kilómetros de distancia.

Rea como si no supieran nada de caza, rapaces o enemigos.

O como si no les importara.

Cero se detuvo durante un tiempo más. El pavoroso evento le produjo un retintín. Se podía decir que estaba armándose de coraje. Finalmente asió con firmeza su palanca dentada y salió al encuentro de los tres.

No tardaron en quedar expuestos a su sentido visual y a su radar entre las protuberancias. Se quedó inmóvil tras una estructura para espiarlos. Su mente reaccionó con silencio al asalto de la sorpresa. De acuerdo con el nivel de energía había comprendido que las cosas eran pequeñas, pero le llevaban de ventaja casi la mitad de su propio tamaño. Sin embargo, cada uno tenía sólo un motor que funcionaba con fuerza apenas suficiente para mover el brazo de una persona. Ésa no podía ser la fuente de energía. Pero entonces, ¿que era?

Recuperando el uso de la mente trató de estudiar en detalle las extrañas características de los tres. Sus formas no eran muy distintas de las suyas, aunque poseían dos brazos, una giba y facciones indefinidas. Muy distintas al monstruo, aunque indudablemente estaban asociadas a él. Sin duda los había enviado delante como ojos-espías, tal como solían hacer los cubos rodantes. Desde hacía más de un siglo algunas personas habían intentado convertir a móviles semejantes en asistentes de cazadores. Sí, algo tan grande y torpe como el monstruo bien podía necesitar ayudantes.

Entonces, ¿el monstruo es un rapaz? O tal vez —y la idea recorrió como el rayo el circuito completo de Cero— se trate de un pensante... ¿... como una persona? Trató de encontrar sentido a las señales moduladas de los tres bípedos. No, era imposible. Pero...

¡Un momento!

Las antenas de Cero oscilaron violentamente hacia atrás y adelante. No podía creer la verdad. Esa última señal procedía del monstruo, oculto tras un kilómetro de bosque. Iba del monstruo a los bípedos. ¿Acaso estaba contestando?

Los bípedos se dirigían al sur. Al paso que iban probablemente encontrarían rastros de sus movimientos, y siguiendo esas huellas llegarían a la cueva donde estaba Uno mucho antes de que los varones de Cien pudieran reunirse en Broken Glade.

Entonces el monstruo se enteraría de la existencia de Uno.

Tomó una decisión. Abrió al máximo la energía del transmisor, pero dirigía las ondas evitando emitir las hacia ningún lado. No quería dar ninguna clave en cuanto a la ubicación de aquellos a los que estaba llamando.

—¡Atención! ¡Atención! Conectaos conmigo: unión sensorial directa. Estoy a punto de emprender la captura de los móviles.

Después de mirar a través de sus ópticos y escuchar con sus receptores, Cien exclamó:

—No, espera. No debes denunciar nuestra existencia ni localización antes de que estemos preparados para actuar. ¿De acuerdo?

—De todas maneras el monstruo no tardará en enterarse de nuestra existencia —contestó Cero—. La selva está llena de viejos campamentos, herramientas rotas, trampas, piedras astilladas, escoria... Pero ahora tengo la ventaja de la sorpresa. Si fracaso y me destruyen igualmente podrán recoger ciertos datos... ¡Estad alerta!

Salió a la carga detrás de las vigas.

Los tres habían pasado de largo. Al sentirlo giraron repentinamente. Escuchó la modulación quebrada de la señal de potencia de los otros. Una onda, de frecuencia menor, aulló una respuesta. ¿Sería la voz del monstruo? No había tiempo para pensar en eso. A pesar de su torpeza y lentitud, los bípedos entraron en acción. El del centro

arrancó un tubo que llevaba atravesado a la espalda. Mientras avanzaba con pesados trancos pensó que aún no había hecho ningún ademán francamente hostil hacia ellos, pero... El tubo se iluminó y emitió algunos rugidos.

El impacto hizo trastabillar a Cero, tirándolo hacia un lado. Cayó sobre una rodilla. Se sintió desbordado por señales destructivas de circuitos rotos. Mientras un dolor punzante le anunciaba su próxima extinción, conservó la cabeza lo suficientemente clara como para ver que le habían despegado la mitad superior del brazo.

El tubo le apuntaba sin vacilar. Se levantó, en su interior relampagueó la certidumbre del peligro en que se encontraba. Otro bípedo tenía los brazos alrededor del tercero, que trataba de sacar un objeto pequeño de una funda.

Cero disparó toda la potencia disponible por medio de sus efectores. Aprovechando que la velocidad lo tornó borroso, se hizo a un lado mientras la otra mano izquierda tiraba la palanca dentada. Cruzó como un meteorito por un haz de sol e hizo blanco en el tubo. Arrancado de las manos del bípedo, el tubo se estrelló contra el suelo y se dobló.

Cero se arrojó sin tardanza sobre los tres. Ya había podido identificar sus sistema de comunicación: un transmisor y una antena colocada fuera de la piel. Con la mano derecha golpeó la espalda de un bípedo, arrancándole la radio. La antorcha escupió con precisión. El comunicador del otro bípedo, fundido ya, quedó en silencio.

El tercero trató de escapar. Con cuatro grandes pasos Cero logró asirlo. Desconectó la antena y se la puso bajo el brazo pateando con furia mientras trataba de dar caza a los otros dos. Cuando hubo atrapado al segundo, el primero se mantenía firme agitando las manos al azar mientras trataba de defenderse. Los amarró a todos juntos con el lazo de alambre. Como medida de precaución vació la percha de acarreo del que le había disparado. Esos objetos delgados podían ser peligrosos aún cuando el tubo que los había arrojado estuviese roto. Metió a los bípedos bien apretados dentro de su percha de acarrear.

Entonces esperó un momento. De la selva no salía más ruido sónico que el del viento de los acumuladores. Pero el espectro radial vociferaba. El monstruo rugió y la transmisión de Cero rodó entre cielo y montaña y de persona a persona se trasladó por todo el territorio.

—Y ahora, basta de hablar —dijo, terminando su informe—. No quiero que el monstruo me siga el rastro. He impedido que esos auxiliares se pusieran en contacto con él. Y ahora los llevaré a mi cueva para estudiarlos. Espero presentar algunos datos útiles en nuestro encuentro.

—Esto puede asustar al monstruo, dijo Setenta y Dos.

—Mejor —replicó Cien.

—En ese caso —dijo Cero—, por lo menos habré conseguido algo en mi expedición de caza.

Después de desconectar el transmisor desapareció entre las sombras de la selva.

II

Al separarse de la nave espacial, el navío produjo un susurro. A bordo, la maquinaria palpitaba, tintineaba, sorbía y exhalaba aire para devolverlo renovado, y se mantenía ocupada en asuntos de calor y luz, de computación y propulsión. Pero todo no era más que una base para el silencio.

Hugh Darkington miraba hacia afuera por la portilla delantera. Mientras el navío se despegaba de la órbita de la madre describiendo una curva; el gran casco relució en el cielo, luego cayó hacia babor y se esfumó rápidamente hasta desaparecer de la vista. Las estrellas, hasta entonces ocultas, salieron de pronto, pequeños puntos de hielo que brillaban contra la agobiante oscuridad.

No le parecían diferentes. Pero debían de serlo, naturalmente. Vistas desde la superficie de la Tierra esas constelaciones serían completamente extrañas. Pero en el espacio había tantas estrellas visibles, que al menos para los ojos de Darkington ellas formaban un gran caos. Desde el puente de la nave espacial el capitán Thurshaw le había señalado que la Vía Láctea tenía una nueva forma, que faltaba este ángulo y que aquella bahía no estaba en el mismo lugar que tres billones de años atrás. Para Darkington eran sólo palabras. En su carácter de biólogo nunca había prestado demasiada atención a la astronomía. Aturdido por el aislamiento, no podía hallar pensamientos que le importaran menos que la forma de la Vía Láctea.

El navío seguía describiendo espirales. Para entonces la Luna había pasado ante su campo de visión. En los eones transcurridos desde que el Traveler partiera, la Luna se había alejado de la Tierra, aunque no tan lejos como se había pronosticado, porque, según decían, el estrecho de Bering había desaparecido al mismo tiempo que otros lugares registrados; sin embargo, ahora apenas parecía un bruñido penique. A través de los telescopios de la nave se parecía a si misma. Tenía algunas montañas nuevas, otros cráteres y un poco más de erosión termal y antiguas características, pero Thurshaw fue capaz de identificar casi todo lo que vio. Resultaba grotesco que la Luna perdurara cuando todo lo demás había cambiado.

Incluso el Sol. Observando a través de un filtro era un disco borroso y rutilante. Quizá no tanto en términos absolutos. La Tierra se había acercado algo, ya que la fricción de polvo interplanetario y gas ocasionó una pérdida milenaria. A medida que las reacciones atómicas fueron intensificándose, el Sol, que había aumentado de tamaño, se tornó asimismo más caliente. Todos estos cambios se notaban claramente en tres billones de años, aun a escala cósmica. Para un organismo vivo y consciente era la llegada del Juicio Final.

Darkington maldijo en voz baja y apretó el puño hasta que la piel palideció sobre los nudillos. Era un hombre enjuto, de rostro alargado y rasgos prominentes; su pelo castaño había encanecido un poco temprano. Entre sus recuerdos se destacaban hermosas espiras sobre una escuadrilla de Oxford, maravillas vistas a través del microscopio, un barco a vela deslizándose contra la brisa en la bahía de Nantucket, el

penacho de agua que dejaba tras de sí, el ruido de las gaviotas y las campanas de la iglesia que repicaban alegremente; la camaradería silenciosa ante un tablero de ajedrez y el brindis con grandes vasos de cerveza, bosques encendidos por el verano indio: todas esas cosas estaban muertas. Había pasado ya el efecto del shock y los cien hombres y mujeres a bordo del *Traveler* volvían a funcionar, pero lo que fuera su hogar había sido apuntado de sus vidas, y el muñón dolía.

Frederika Ruys apoyó su mano en la de él y apretó levemente. Él trató de aflojar la tensión de sus músculos y esbozar una sonrisa como respuesta.

—Después de todo —dijo ella—, sabíamos que partíamos por mucho tiempo y que quizá no regresaríamos...

—Pero habríamos estado en un planeta viviente —murmuró él.

—Aún podemos encontrar alguno —afirmó Sam Kuroki desde su asiento de piloto—, en un radio de cincuenta años luz no hay menos de seis estrellas del tipo G.

—No será lo mismo —protestó Darkington.

—No —dijo Frederika—, pero en cierta manera, ¿no será más? Nosotros, los últimos seres humanos en todo el universo, con el privilegio de empezar otra vez la raza.

No había ninguna timidez en su actitud. No era bonita, al contrario, bastante regordeta y fea; su pelo lacio era amarillento y la boca demasiado grande. Pero esos detalles carecían de importancia desde que la nave había entrado en tiempo acelerado. Lo cierto es que Frederika Ruys era un alma valiente y un competente ingeniero. Darkington se consideró dichoso de que lo hubiera elegido a él.

—Después de todo, quizá no somos los únicos —dijo Kuroki. Sus facciones achatadas se distendieron en una de sus habituales sonrisas. Enfrentaba la inmensidad con la tozudez de un gorrión—. ¿Acaso no podrá haber otras colonias además de la nuestra? Está claro que en esta época los descendientes serán enanos calvos que sólo piensan en el cálculo...

—Lo dudo mucho —contestó Darkington—. Si en cualquier lugar de la galaxia hubiera humanos sobrevivientes, ¿no creéis que hubieran vuelto aquí para sembrar la vida? Éste es el planeta madre —y dejó escapar una exhalación entrecortada.

Mientras el *Traveler* describía su órbita alrededor de una tierra irreconocible habían analizado el tema cientos de veces, pero no podían evitar repetir lo que era obvio una y otra vez, como el enfermo que insiste en tocarse la herida.

—No, en realidad creo que la guerra empezó en cuanto partimos. La situación mundial estaba a punto de estallar entonces.

Ésa fue la razón por la que se construyó el *Traveler*, siguió pensando, y también por eso había partido con tanta prisa. Cincuenta parejas apretujadas para ir a establecerse en Tau Ceti II antes de que lanzaran los cohetes. Oficialmente se trataba de un equipo de científicos, por supuesto, y la empresa había sido costeadada por una de las grandes

fundaciones. Pero, como todo el mundo sabía, el hecho era que tenían esperanzas de salvar un fragmento de la civilización para volver algún día y ayudar en la reconstrucción... si podían. (Hasta la confederación de países panasiáticos reconocía que una guerra total significaba un retraso de cien años en la historia; y los gobiernos occidentales eran menos optimistas todavía). Durante los últimos meses la tensión había aumentado de forma tan acelerada que no hubo tiempo siquiera de controlar realmente el impulso del campo magnético. Una máquina tan nueva y poco conocida debió de haber sido sometida a una infinidad de pruebas antes de ser lanzada con toda su potencia. Pero... bueno, el año siguiente podía ser demasiado tarde. Algunas naves exploratorias que viajaban a la velocidad de la luz habían visitado ya las estrellas cercanas y sus tripulaciones estuvieron expuestas a los efectos de algunas semanas en tránsito, nada más. ¿Por qué no probar con el *Traveler*?

—¿La guerra total? —preguntó Frederika como lo había hecho ya otras veces—. ¿Luchar hasta que todo el mundo sea estéril? No, no puedo creerlo.

—No en la forma simple y directa que tú dices —admitió Darkington—. Posiblemente la guerra haya terminado con un vencedor nominal, pero seguramente hubo más devastación de lo que nadie imaginara. Y el vencedor habrá quedado demasiado pobre para emprender la reconstrucción o mantener las pocas plantas que habrán podido quedar en pie. Eso significa una caída precipitada hacia la Edad Negra.

—Hmmm, no sé —murmuró Kuroki—; había demasiada maquinaria disponible. Sobre todo automática. Como esas balsas marinas a energía solar recolectoras de mineral. Y muchos otros artefactos auto-suficientes. Creo que la industria podría ser reactivada en base a todo eso.

—Los efectos de la radiactividad se habrán sentido en todas partes —señaló Darkington—; considerad el efecto a largo plazo sobre la ecología... Oh, claro, todo el proceso habrá podido llevar siglos mientras una especie cambiaba y moría, después otra, dependiente de la primera, y así las demás. ¿Cómo creéis que se recrearía la tecnología cuando las ciencias biológicas subsistentes se desintegran a su alrededor?

Tras sacudirse, irguió la espalda y avergonzado por su debilidad de momentos antes, trató de mirar el horror directamente a la cara.

—Eso es lo que me atrevo a pensar... Puedo estar equivocado, pero los hechos parece que me dieran la razón. Aunque imagino que nunca tendremos una certeza absoluta.

En su lento deambular, la Tierra estuvo de pronto a la vista. El disco planetario aparecía circundado de un tono azul negruzco. Nubes aborregadas continuaban rodando sobre océanos brillantes y al recibir las primeras luces precursoras del alba resplandecían en la oscuridad cerca del límite de la luz. La Tierra seguía siendo hermosa.

Pero las formas continentales eran nuevas, moteadas con duros puntos de reflejo negro y ocre donde antes había sido suavemente verde y pardo. No existían los cascos polares; las temperaturas marítimas oscilaban entre ochenta y doscientos grados

Fahrenheit. No quedaban restos libres de oxígeno; la atmósfera era nitrógeno, sales amoniacales, ácido sulfúrico, dióxido de azufre, dióxido de carbono y vapor. Los espectroscopios habían buscado en vano algún resto de clorofila o cualquier otro compuesto orgánico complejo... La corteza del suelo era metálica, vista vagamente a través de las nubes.

Eso ya no era la Tierra... No había ninguna razón para que el *Traveler* enviara un navío y tres humanos imprescindibles para corroborar la absoluta falta de vida. Pero nadie se atrevía a sugerir que abandonasen el sistema solar sin efectuar antes una visita como la dispuesta. Darkington recordó que cuando tenía doce años lo llevaron a ver a su abuela muerta. La había amado tiernamente; esa máscara extraña y sin sentido que estaba en el ataúd no era ella. Pero entonces ¿dónde estaba?

—Y bien —dijo Kuroki con voz demasiado estridente—, no importa lo que haya sucedido; ha debido ser hace tres billones de años. Olvidadlo, bastantes problemas tenemos.

—Es imposible olvidar, Sam —dijo Frederika sin apartar la vista del planeta—. Ya no dejaremos de preguntarnos y esperar que ellos..., al menos los niños, no hayan sufrido demasiado.

Darkington la miró sorprendido mientras en voz baja, indiferente a la presencia de los hombres, ella seguía murmurando.

*Para contarles el final del día,
y hacerles ver su estatura sorprendente
y al mirar el fondo de unos ojos suaves
protestar: no es demasiado tarde, quédate
despierto unos minutos más, tan sólo para jugar
con esa hermosa esfera. Pero igual te levantas
para que nadie escuche decir: Un niño llora,
tú eres grande. Guarda ya todos tus juguetes.
Te deja llevar un osito lanudo a la cama,
aunque en el fondo dude que los dos puedan pasar
los salones iluminados del sueño o los vuelos sin alas.
En torno a tu cabeza arrebuja las mantas,
te acaricia el cabello y te besa la frente.
Apaga la luz cuando se va: Buenas noches, duerme bien.*

Kuroki se volvió para mirarla. La camisa a cuadros se le arrugó a la altura de los hombros.

—Lo que faltaba: poemas —dijo—. ¿Quién escribió eso?

—Hugh —dijo Frederika—. ¿No sabías que publicó poesías? Y muchas. Antes de conocerlo ya admiraba su obra.

Darkington se ruborizó, halagado por el interés de ella, aun cuando siempre había considerado a *Entonces llegará la muerte* como un intento juvenil.

Pero al menos la turbación reemplazó momentáneamente la tristeza. (Aunque sólo en la superficie. Siempre quedaría allí, en el fondo de cada uno de ellos. Confiaba en no transmitirla demasiado a sus hijos. No lloremos para siempre a Sión).

Se inclinó hacia adelante. Miraba al planeta con creciente interés mientras la curva de aproximación los llevaba alrededor del globo. Sólo esperaba encontrar algunas respuestas a un sin número de preguntas.

Una de ellas era: ¿Por qué en tres billones de años la vida no había evolucionado? Después de unos pocos siglos, a lo sumo, la radiactividad tuvo que haber desaparecido. Entonces las condiciones primitivas de la Tierra se habrían restablecido. ¿O quizá no? ¿Qué habrá sido lo que salió mal esta vez?

Despertó sobresaltado, al tiempo que Kuroki decía:

—Bien, creo que podemos inclinar un poco la curva de nuestra trayectoria.

Había transcurrido un intervalo sorprendente. El piloto tocó apenas los mandos y la aceleración aumentó levemente. El disco terráqueo, ya enorme, se dilató a tremenda velocidad, como si fuera a caérseles encima.

De pronto, sutilmente, ya no estuvo hacia un lado o arriba, sino abajo. Y ya no era una cosa entre las estrellas sino el suelo convexo de una creación en forma de cuenco.

Los motores resoplaron con más fuerza. En las apretadas mandíbulas de Kuroki sobresalían nudos de músculos en tensión. Movía las manos como un pianista. Su ayudante era más el amor de el navío que él mismo, pensó Darkington.

Un cerebro orgánico y un manojito de nervios eran incapaces de encontrar a tientas con el radar un lugar donde aterrizar tantas toneladas, bajando a través de la turbulencia atmosférica a tal velocidad. La dirección central del navío realizaba las operaciones fundamentales. Se trataba, básicamente, de una computadora cuya energía provenía de instrumentos, y sus impulsos eferentes pasaban directamente a los mandos. Su tarea era tremendamente compleja; casi tan difícil como el trabajo de guiar los músculos de un hombre mientras camina. «Ven por aquí», decían los dedos de Kuroki al navío. Pero la dirección bien podía no hacer caso.

—Creo que bajaremos entre aquellas colinas —dijo el piloto gritando por encima del rugido de los motores—. Quisiera quedar al este de la salida del Sol para disponer de un día completo, y allá está el sitio más prometedor de esta zona. Las tierras bajas parecen demasiado fangosas.

Darkington asintió mientras miraba a Frederika, quien contestó con una sonrisa y el pulgar hacia arriba. Él se inclinó, y haciendo fuerza con su arnés de seguridad la besó ligeramente en los labios. Ella se ruborizó de placer de una manera que le resultó conmovedora.

Algún día, en otro planeta que no había nacido cuando salieron de la Tierra...

Él le había revelado su inquietud de que cuando se internaran en el espacio profundo el motor volviera a averiarse y los propulsores giraran sin control a través

del tiempo, hasta agotar todo el combustible. El motor con carga completa podía durar tres billones de años con un error de pocos millones más o menos; así lo habían calculado los físicos de a bordo. Y pensándolo bien, ¿seis billones de años después de Cristo el Sol no estaría tan dilatado como para tragarlos cuando emergieran?

Ella le había dicho que no golpeándole los nudillos con la regla de calcular, pero que sería preciso que confiara en su palabra, puesto que él no sabía matemáticas; una vez le había informado que sólo llegó hasta las ecuaciones diferenciales, y ella sonrió y le dijo que entonces nunca había tomado un curso de matemáticas. Según le afirmó, la aceleración del tiempo podía explicarse por la misma teoría que reforzaba el impulso del campo magnético. El efecto, en realidad, había quedado demostrado en experimentos de laboratorio. «¡Oh, sí! Conozco todo eso —había dicho él—. La fuerza reactiva rota a través de una cuarta dimensión queda aplicada a lo largo del eje temporal en vez del espacial». «Como tus propias palabras acaban de demostrar —dijo ella—, no sabes nada con respecto a todo eso. Pero no importa. Lo que sucedió es que un múltiple defectuoso generó el efecto de aceleración en nuestro motor. Pero ahora hemos destruido todo y empezado desde cero. Sabemos que tiene que funcionar bien. Los tanques han sido cargados nuevamente. El ecosistema de la nave está en perfecto orden. Cuando lo deseemos podremos despegar hacia un sol más joven y viajar durante cincuenta años-luz sin envejecer más que unos meses». Tras estas palabras, y viendo que no había nadie cerca, se refugió en los brazos de él y eso fue más reconfortante que todas las palabras.

Un último adiós a la buena Tierra —pensó él—, entonces podremos empezar otra vez la vida que recibíamos de ella.

Aumentó la presión sobre el cuerpo. Hacia el final se recostó en la silla, que se había convertido en un sofá, y se concentró en la respiración.

Tomaron tierra.

Durante largo rato los envolvió el silencio. Kuroki fue el primero en moverse. Aflojó las correas que aprisionaban su breve cuerpo y colocó la silla en posición vertical. Con una mano descolgó el micrófono de la radio y con la otra presionó algunos botones.

—Navío llama el *Traveler*. Hola. Hola.

Con los músculos doloridos Darkington también se liberó y ayudó a incorporarse a Frederika, que se reclinó un momento contra él.

—Tierra —dijo tragando saliva—. Querido, ¿deseas ser el primero en mirar por la portilla? Yo no tengo el coraje suficiente.

De pronto se dio cuenta de que nadie había mirado el paisaje todavía. Trató de hacerlo con gestos inseguros.

Permaneció inmóvil tanto tiempo que al fin ella se puso de pie y fue a mirar.

III

No percibieron toda la extrañeza del espectáculo hasta que se colocaron los trajes espaciales y salieron. Cambiando muy pocas palabras entre los tres empezaron a andar, mirando, sintiendo. Los cerebros tardaron en reaccionar, pero al fin les permitieron ver lo que realmente les rodeaba. La memoria no podía retener una confusa masa de detalles, la forma subyacente no podía ser abstraída de unas pocas crudas impresiones. Un árbol es un árbol, en cualquier tiempo y lugar, no interesa cuán intrincadas sean sus ramas o qué rara forma tengan sus capullos y sus hojas. Pero qué es un grueso manojito de metal gris, plantado en la arena, dentro de un laberíntico esqueleto de vigas curvas y rectas entre las cuales sobresalen estructuras aún más enigmáticas que imitan hélices y boceles y cintas de Moebius y otros elementos geométricos menos familiares... Y todo eso con una altura de quince metros, con varios centenares de delgadas placas de metal en la parte superior, las caras negras vueltas hacia el sol...

Cuando se ha llegado al punto de describirlas aun de esta manera torpe, quiere decir que uno la ha aprehendido.

Darkington pudo ver que la estructura básica se repetía, con infinitas variaciones de forma y tamaño, hasta donde alcanzaba la vista. Algunos especímenes eran altos y delgados, otros bajos y anchos, y en su conjunto dominaban la ladera de la montaña.

Las extensiones más escarpadas estaban oscurecidas por colgaduras, pero cuando el viento agitaba las caras reflectantes de las placas, motas de sol horadaban con dardos brillantes esas sombras. A lo largo de kilómetros de metal se escuchaba el mismo viento plañidero y rechinante.

No había suelo, sólo una arena de herrumbre rojiza y amarilla. Pero fuera de los círculos devastados por los chorros de propulsión del navío, Darkington encontró la tierra alfombrada con una protuberancia prismática de algunos centímetros de altura, arraigada al parecer en el suelo. Quebró una, para examinarla de cerca, y vio que se componía de diminutos cristales repetidos hasta el infinito, de un material silicoso transparente; parecían copos de nieve y telarañas de cristal. Brillaban intensamente, formando infinitos arco iris, y no pudo examinar el interior. En el centro apenas podía distinguir un oscuro manojito de... ¿cables, espirales, transistores? No, no seas tonto —pensó—. Y entregó uno a Frederika, que lanzó una exclamación de asombro ante tanta belleza.

Se adelantó en el camino por un largo trecho, esperando ver algún paisaje vagamente familiar.

En el lugar donde la montaña caía tan bruscamente que sólo podía sostener los cristales (formaban un resplandor diamantino) vio contornos erosionados, la lejana espada blanca de una cascada, rocas solitarias y algunos despeñaderos abruptos como obeliscos gastados. La tierra se ondulaba en la distancia perdida en la azul infinitud, una cordillera de montañas cubiertas de nieve vigilaba el horizonte oriental. Arriba, el cielo oscuro, ligeramente verde-azulado, estaba lleno de nubes. No se atrevió a posar la mirada cerca del gran sol enfurecido.

Kuroki se le acercó.

—¿Qué piensas Hugh? —le preguntó.

—No me atrevo a decirlo, ¿y tú?

—Demonios esta maldita fábrica de hornos no me deja pensar. —Dijo Kuroki, haciendo una mueca hacia el sol detrás de su placa facial—. Desconecta tu micrófono sónico y hablemos por radio.

Darkington accedió. El ruido sin amplificación le llegaba, a través de su casco, aislado como un tañir lejano.

—Podemos estar seguros —afirmó— que nada de lo que vemos es puramente accidental. Ningún material puede cristalizar de esta manera por sí mismo.

—Sin embargo no parece fabricado.

—Bueno —objetó Darkington—, no se puede esperar que ellos obtengan objetos similares a cosas producidas por una fábrica humana.

—¿... has dicho ellos?

—Quiquiera que haya hecho esto. Y por el motivo que fuera.

Kuroki dejó escapar un silbido.

—Me temía que terminarías por decir algo así —dijo—, pero nosotros no hemos visto señales de... ciudades, caminos, nada, cuando estábamos en órbita. Sé que la nubosidad tornaba difícil la visión, pero no es posible que hubiésemos pasado por alto las señales de una civilización capaz de producir material en esta escala.

—¿Por qué no? ¿Y si esa civilización no tuviera nada en común con lo que habríamos podido imaginar?

Frederika se acercó, dejando atrás un cargamento de instrumentos.

—El espectro radial de baja y media frecuencia apenas entra —anunció—. Nunca en mi vida he escuchado tantos rumores, zumbidos, chillidos, aleteos, ululeos y quejidos variados como ahora.

—Mientras estábamos en órbita recogimos algunas interferencias radiales —dijo Kuroki—, pero entonces no les prestamos atención.

—Eran sólo ruidos —dijo Frederika rápidamente—, sin las variaciones características de todo tipo de... comunicaciones. Y me pregunto quién los estará haciendo.

—Son osciladores —dijo Darkington—, radiaciones idénticas surgidas de... Oh, bueno, diré simplemente... máquinas.

—Pero... —la mano femenina se acercó a la de él y ambas manos enguantadas se asieron firmemente. Ella humedeció los labios y dijo—: No, Hugh, es absurdo. ¿Quién sería capaz de hacer... lo que estamos viendo, sin habernos detectado mientras estábamos en órbita, y hacer... algo con respecto a nosotros?

Darkington se encogió de hombros, pero el gesto se perdió dentro de su traje espacial.

—Tal vez estén esperando el momento oportuno. Quizá no se encuentren aquí en el presente. Tú sabes que todo el planeta podría ser muy bien una fábrica

automatizada. Como esas colectoras de minerales oceánicos que había en nuestra época —cuanto dolía decirlo—, y que Sam mencionó mientras veníamos. Es posible que alguien venga por aquí periódicamente a recoger la producción.

—¿Pero de dónde vendrán? —preguntó Kuori con tono áspero.

—No lo sé, te digo. Pero dejemos ya de imaginar cosas raras y empecemos a recoger datos.

El silencio se agrandó entre todos. Las torres-esqueleto bramaron. Por último, Kuori dijo:

—Sí. ¿Y qué me dices de dar un paseíto? Tal vez encontremos algo.

Nadie mencionó el miedo. No se atrevían.

Al volver al navío hicieron los preparativos necesarios. El *Traveler* permanecería sobre el horizonte algunas horas más. Aunque con cierta relucencia, el capitán Thurshaw dio su aprobación a una excursión exploratoria a pie. Todo su entrenamiento profesional estaba en contra de esa idea, pero en condiciones tales como las que se encontraban, ¿qué importancia podían tener las precauciones reglamentarias sobre los reconocimientos de exploración?

El director de la nave espacial (la computadora) podía mantener un haz de radio dirigido hacia el navío para tener comunicaciones entre Tierra y órbita. Kuori no dejaba de hablar mientras Darkington y Frederika preparaban los abastecimientos. No se necesitaba mucho. El material disponible en cada traje llevaba la carga suficiente como para abastecer el termostato y el renovador de aire por un periodo de cien horas, y los planes no pasaban de tres o cuatro. Cargaron dos accesorios con agua, comida y los «cubos» que se empleaban en las funciones naturales..., pero eso era sólo en el caso de que el regreso se demorara. Los diversos instrumentos científicos que llevaban eran más adecuados. Darkington se enfundó una pistola. Cuando Kuroki terminó de hablar, colocó el tubo largo de un cohete y una ristra de balas a su espalda. Volvieron a cerrar los cascos y salieron.

—¿Por dónde? —preguntó Frederika.

—Hacia el sur —dijo Darkington después de estudiar el terreno—, por esa larga cuesta. Como veis, será difícil perderse.

La señal continua de la nave parecía indicar que había poco peligro de perderse. No obstante, todos llevaban una brújula en la muñeca, y mientras caminaban, tomaban nota de los accidentes del terreno.

Pronto el navío se perdió de vista. Caminaban entre varillas, espirales y estructuras de aspecto surrealista, bajo placas sonoras de metal. Los cristales que los rayos de sol quebraban en cálidas escamas de color crujían a su paso. Pero no todos los rayos lograban filtrarse por la maraña que se extendía encima de sus cabezas. Las sombras eran densas e inquietas. Darkington empezó a distinguir distintos tipos de estructura. Había entre ellos varillas negras y largas, aparentemente telescópicas,

bordeadas de finas placas; esferas vidriosas adheridas a complicados polos, cables que se entrelazaban a vigas. Con frecuencia veían algún objeto derribado en el suelo. Frederika examinó varios especímenes desintegrados y otros que estaban en buenas condiciones.

—Diría que el material más importante, y el más común, es una aleación de aluminio. Aunque... mirad aquí, estos hilos delgados incrustados en el centro deben ser cobre. Y esto es probablemente acero magnético con una capa protectora de... algo inerte.

Darkington miró a través de una lente de aumento el extremo de un puntal roto.

—Es poroso —afirmó—. ¿Esto son capilares conductores de agua?

—Creía que un capilar era un insecto velludo con muchas patas que se transformaba en mariposa —dijo Kuori, y amenazando simuladamente con un puño agregó—: Está bien, está bien; alguien tiene que levantar la moral ¿no?

La radio de la nave transmitió un rugido del monitor a bordo del navío auxiliar. Frederika contestó pacientemente:

—No, Sam; las patas no se transforman en mariposa...

Después recordó que nunca más habría en la Tierra seres alados de hermosos colores, y golpeó su placa facial con la mano como si hubiera estado a punto de restregarse los ojos.

Darkington continuaba absorto en el espécimen que tenía.

—Nunca había oído hablar de una máquina tan finamente construida —afirmó—. Creí que solamente un sistema biológico podía...

—Alto. No os mováis.

La voz de Kuroki carraspeó en los audífonos. Darkington llevó la mano a la culata de la pistola. Aparte de eso sólo movió la cabeza, que se volvió dentro del casco. Después de un momento él también pudo ver de qué se trataba.

Una faz negra detrás de un cilindro rechoncho con las placas ordinarias, la otra de espejo, se agitó entre las sombras. Tenía quizá unos noventa centímetros de largo y quince o veinte de altura... Por fin estuvo bien a la vista. Darkington distinguió un cuerpo delgado y seis patas cortas de metal opaco articulado. En el extremo frontal giraba un enrejado similar a un transmisor de radar en miniatura. Algo como un par de cuentas brilló debajo del aparato. ¿Lentes? Dos delgados tentáculos sostenían una rodaja metálica cerca de una de las grandes estructuras estacionadas, y la introducían en un orificio haciendo saltar chispas hacia atrás.

—¡Santo cielo! —susurró Kuroki.

La cosa se detuvo en seco. El enrejado delantero giró hacia los humanos y luego la cosa desapareció a una velocidad increíble; en medio segundo ya no se vio más nada.

Durante un minuto ninguno de los humanos se movió. Por último Frederika asió el brazo de Darkington con un gritito agudo. Él perdió su rigidez y empezó a farfullar algo sobre tortugas-robot experimentales ideadas en la época primitiva de la

investigación cibernética..., artefactos muy simples. Un motor impulsaba una plataforma rodante, dirigida por una unidad fotoeléctrica que se acercaba a las fuentes de luz mediante las cuales se podía recargar las baterías y, cuando esto ocurría, se convertían en negativas fototrópicamente y buscaban la oscuridad. Un circuito elemental de realimentación. Pero las tortugas habían demostrado una sorprendente tenacidad, pasaron sobre obstáculos o circundaron...

—Esa bestia de allí es mucho más complicada —interrumpió Frederika.

—Por cierto, por cierto —asintió Darkington—, pero...

—Apuesto cualquier cosa a que oyó a Sam hablar por radio, nos localizó por medio del radar, o quizá con los ojos, si esas cosas vítreas y negras son ojos... Y se fue.

—Es posible, si empleamos un lenguaje antropomórfico. Sin embargo...

—Estaba comiendo —dijo Frederika, acercándose al trozo de metal que el corredor había dejado.

Lo recogió y volvió con él, caminando rígidamente.

—¿Veis? El extremo ha sido carcomido por un juego de primitivas ruedas de esmeril o algo similar. No es posible comer aleación con dientes como los nuestros. Es preciso molerla, o de lo contrario disolverla con algún producto químico.

—¡Eh! —exclamó Kuroki—. No perdamos del todo la cabeza.

—¿Qué ha sucedido? —gritó el que estaba a bordo del *Traveler*.

Volvieron a emprender la marcha, como en un sueño, mientras narraban lo que habían visto.

—Bueno... Esta disposición puede muy bien pertenecer a una especie de fábrica automatizada... Una planta químico-sintética o algo parecido, si la consideramos por sí sola. Pero con bestias como esa que anden sueltas... no.

—Espera un momento —dijo Darkington—. ¿Sabes? Pueden ser robots de mantenimiento, para despejar la basura y los escombros.

—Una ciencia tan avanzada para construir lo que vemos no emplearían un sistema de mantenimiento tan desmañado —replicó ella—; deja a un lado tu cautela profesional, Hugh, y admite lo que es evidente.

Antes de que él pudiera contestarle los audífonos transmitieron una jerigonza áspera. Se detuvo y trató de sintonizar correctamente, pero el ruido se apagaba y volvía en estallidos repentinos; el ancho de la banda era demasiado grande. Lo que estaba escuchando parecía una orquesta electrónica que hubiera enloquecido. Su piel se cubrió de gotas de sudor temblorosas como perlas.

—Está bien —dijo Kuroki cuando terminó el sonido—. Decidme que os parece.

—Puede tratarse de un idioma, me imagino —dijo Frederika con la garganta seca—. No eran oscilaciones simples como el material de las otras frecuencias.

El capitán Thurshaw les habló desde la nave en órbita.

—Será mejor que vuelvan al navío auxiliar y se preparen para un rápido despegue.

—No señor, por favor —rogó Darkington acumulando coraje—. Quiero decir, si hay inteligencias..., si realmente deseamos ponernos en contacto con ellas, este es el momento. Por lo menos hagamos un esfuerzo.

—Bien...

—Primero llevaremos a Freddie de regreso, por supuesto.

—Estáis locos —dijo la chica—. Yo no me muevo de aquí.

Sin saber cómo, de pronto se encontraron avanzando. En un momento, mientras atravesaban un lugar abierto donde sólo había cristales, pudieron espiar algo en el aire. Visto a través de las lentes resultó ser un objeto vagamente similar a un insecto alargado. Era hueco al parecer, elevado por la corriente de aire que fluía alrededor de las aletas e impulsado por un chorro de gas a poca velocidad.

—Está claro —afirmó Frederika—. Pájaros.

Volvieron a internarse en la zona de las estructuras altas. Conectaron nuevamente al máximo los amplificadores de sonido de sus cascos y el chocar de las placas a causa del viento resultó ensordecedor.

—Parece una armadura —pensó tontamente Darkington—. Tal vez pueda encontrar algún poema en esto: una armadura vacía montada sobre un caballo salvaje que galopa haciendo resonar el metal, por las calles de una ciudad extrañamente desierta, símbolo de...

Las pulsaciones radiales que podían ser una forma de comunicación volvieron a taladrar los audífonos.

—No me gusta esto —dijo Thurshaw desde el cielo—. Están manejando demasiadas incógnitas al mismo tiempo. Vuelvan al navío y entonces discutiremos futuros planes.

Siguieron caminando mecánicamente en la dirección que llevaban.

—No parecemos tan fuera de lugar en esta fría y rígida selva —pensó Darkington—. Volvamos. Afirmemos nuestra dignidad de seres orgánicos. ¡Después de todo, no estamos montados sobre rieles!

—Les ordeno —insistió Thurshaw.

—Muy bien, señor —dijo Kuroki—. Y gracias...

Al escuchar que alguien corría se detuvieron bruscamente y se volvieron. Frederika gritó.

—¿Qué sucede? —preguntó Thurshaw—. ¿Qué está sucediendo?

El idioma extraño se mezclaba con su impotente enojo.

Kuroki logró desenfundar el arma y colocársela al hombro.

—¡Espera! —exclamó Darkington, mientras tomaba la pistola. El que llegaba agitó varillas y lazos metálicos hacia un lado produciendo una lluvia de astillas de cristal al abalanzarse. Su peso enorme hizo retumbar el suelo.

El tiempo se detuvo para Darkington; no podía determinar si fueron horas o

minutos los transcurridos mientras preparaba el revolver; oía a Frederika llamarle por su nombre mientras Kuroki apuntaba y tiraba. La forma que tenía ante sí parecía una montaña. Dos metros setenta de altura, calculó con una pequeña porción de su vacilante cerebro, casi tres metros de largo tenía ese bípedo monstruoso de cuatro brazos, cabeza coronada por un enrejado radial y con unos ojos que devolvían la luz convirtiéndola en un haz de negrura, un orificio horador y...

El cohete explotó. El monstruo pareció vacilar y cayó a medias. Tenía un brazo destrozado.

—¡Ah! —exclamó Kuroki deslizando un nuevo proyectil en su arma—. ¡No se mueva!

Frederika, que se había abrazado frenéticamente a Darkington, tuvo tiempo de exclamar:

—¡Sam, quizá no tenía intención de hacernos daño!

—Quizá, pero es demasiado grande para correr riesgos —replicó Kuroki.

En ese momento se desató el caos.

El arma de Kuroki, impulsada por una barra de hierro que nadie había visto, saltó describiendo una elipse. El gigante estaba junto a ellos. Un fuerte golpe en la espalda de Kuroki hizo añicos la radio y lo lanzó al suelo al mismo tiempo. Surgió una llama y la voz de Frederika se cortó bruscamente en el receptor de Darkington.

Él trató de dar un golpe mientras su pistola escupía inútilmente.

—¡Corre, Freddie! —aulló junto al micrófono—. Yo tratare de...

La máquina lo levantó y le hizo caer la pistola del puño. Un momento después ya no se oían las maldiciones horrorizadas de Thurshaw y las antenas de radio que llevaba Darkington habían sido arrancadas de raíz. Frederika intentó huir, pero alguien la asió sin ningún esfuerzo. Kuroki, nuevamente de pie, se detuvo donde estaba mientras golpeaba inútilmente con los puños. Tampoco costó mucho someterlo. Atados como cerdos, los tres humanos apretujados en la percha del gigante fueron transportados hacia el sur.

IV

Al principio Cero salió casi corriendo. El monstruo debía saber donde estaban sus auxiliares y también qué le habría ocurrido a cada uno de ellos. Ahora que se había roto el contacto podía enviar a otros, mejor armados, para buscarlos. También era posible que viniera él mismo, rugiendo y quemando la selva a su paso. Cero huyó.

Lo persiguió la voz del monstruo, que llamaba ásperamente a sus miembros perdidos. Después de recorrer así algunos kilómetros se agazapó junto a las matas del camino y afinó sus receptores al máximo. Un espeso crecimiento de acumuladores y cielo descubierto eran lo único visible. El monstruo había dejado de gritar. Si bien aún continuaba emitiendo algunas señales moduladas, la distancia las había ido

amortiguando, hasta que el suave ruido de fondo de la radio las anuló casi por completo.

Las unidades que Cero había capturado estaban produciendo notables radiaciones de ondas sonoras. Si esto no era debido simplemente al resultado del mal funcionamiento de sus dañados mecanismos, sería producido por cierto sistema auxiliar que habrían conectado empleando algún control interno. Los receptores de sonido de que disponía Cero no tenían la sensibilidad suficiente para indicarle si la emisión era modulada. Tampoco le importaba. Era bien sabido que ciertas formas inferiores de móviles tenían partes sónicas bien desarrolladas, pero algo de alcance tan limitado no le servía para nada salvo como advertencia de la proximidad de ciertos peligros. Para mantenerse, una persona necesitaba varios kilómetros cuadrados. ¿Cómo podía haber una comunidad de personas sin la fácil posibilidad de hablar a través de distancias entre horizontes?

Aunque en ese momento parecía algo irrelevante, Cero se dio cuenta por primera vez en su siglo y medio de existencia de las pocas personas que había tenido oportunidad de observar directamente con sus propios ópticos. Cuán pocas personas había tocado. De vez en cuando, con un propósito u otro, podían reunirse algunos. Por ejemplo en la ocasión en que el pariente varón de la novia la acompañaba hasta la morada del novio. Algunos individuos se encontraban para intercambiar los productos de su trabajo, pero esta reunión de todos los hombres aptos que se realizaría en Broken Glade con el fin de dar caza al monstruo sería la reunión más grande que recordaba la tradición... Sin embargo, ni siquiera Cien había sido capaz de captar su singularidad.

Porque las personas siempre mantenían comunicaciones. No sólo se discutían cuestiones prácticas. En realidad, y ahora que Cero pensaba a fondo en la cuestión, los problemas prácticos eran la mínima parte de lo que se hablaba. La mayor parte estaba dedicada al rito, a la conversación amistosa o al arte. Por ejemplo, Cero había encontrado muy pocas veces a Siete como entidad física, pero habían llegado a intimar a lo largo de décadas en las que se criticaron mutuamente sus respectivas poesías. Las obras de Noventa y Seis en tono abstracto, las narraciones de Ochenta, las especulaciones sobre el tiempo y el espacio de Cincuenta y Nueve, eran cosas que pertenecían a todos.

Cuando se empleaba la capacidad total del cuerpo para modular la banda de comunicación, el enlace sensorial directo reducía al mínimo la necesidad de contacto físico. Cero nunca había estado a orillas del mar, pero había compartido la conciencia de ello con Catorce, que vivía allí. Había llegado a percibir el lento movimiento interior de las olas, el susurro acompasado, la sal en el aire. Además, había experimentado el engrase de su piel para protegerla de la corrosión, sumergido un acuamovil desde una red, y participado en un festín. Durante esas horas él y el rastrillador marino habían sido uno. Después había mostrado a Catorce las selvas del interior.

¿Qué estoy esperando?

Cero tuvo repentinamente conciencia del aquí y del ahora. El monstruo había cesado en su persecución. Las unidades que llevaba a la espalda habían enmudecido, pero aún se encontraba muy lejos de su destino. Se levantó para ponerse nuevamente en marcha, teniendo mucho cuidado en borrar sus huellas.

Con el paso de las horas sus sensores internos empezaron a hacerle sentir sin lugar a dudas que necesitaba un reaprovisionamiento. A eso del mediodía se detuvo y descargó a sus tres presas. Se agitaron débilmente y una de ellas logró desatar un brazo. En lugar de volver a manietarlos bien les dejó las extremidades sueltas para luego asegurarlas mediante varios lazos de cuerda alrededor de la parte media de los cuerpos y un tronco alto, procediendo luego a soldar todo rápidamente con la antorcha. Ese desgaste de energía lo dejó hambriento. Describiendo una espiral entrecortada recorrió la selva hasta encontrar algunos acumuladores de la especie calatiforme. Mediante un tajo profundo de la palanca dentada dejó al descubierto sus interiores esponjosos, ricos en células de energía almacenada y sales minerales. Por supuesto que al comerlas sin ningún procesamiento no resultaban demasiado gustosas, pero estaba demasiado vacío para reparar en eso. Una vez satisfecha la necesidad más imperiosa podría dedicarse a buscar con más cuidado. Y fue así como encontró rastros de una madriguera cavada en la arena y descubrió una hembra cavadora. Cargada con un nuevo espécimen a medio construir, fue fácil de atrapar. También esto habría sabido mejor, tratado con un poco de calor y ácido, pero hasta los materiales crudos tenían buen sabor en su moledora.

Ahora debería conseguir algo para Uno. Si bien ella estaba en mejores condiciones que él para aminorar sus funciones cuando el alimento escaseara, un estado de coma podía ser muy peligroso mientras merodeaba el monstruo. Después de haber cazado durante otra hora, Cero tuvo la buena suerte de asustar a un rotor. Antes de que pudiera huir chocó con algunas varillas y cristales y el cazador pudo entonces atravesarle el centro con un perno. Ya descuartizado y metido en su acarreador, constituyó una de las cargas más alegres que últimamente hubiera llevado.

Volvió la atención a las piezas de su botín. Se volvió suavemente, protegido por el suave clamor de la selva, y pudo acercarse a ellos sin ser visto. Ya habían renunciado a sus intentos de fuga; pude ver que el alambre brillaba en la parte donde habían tratado de serrucharlo con una roca filosa, y en ese momento estaban dedicados a otras tareas. Uno de ellos se había quitado de la espalda un objeto parecido a una caja y había logrado introducir su cabeza (?) y brazos a través de unos agujeros reforzados. Otro estaba sacando una caja similar de la parte media de su cuerpo, mientras que el último había conectado un tubo flexible entre una botella y su cara.

Cero se acercó.

—Permítanme que examine esas cosas —dijo.

No tardó en darse cuenta de lo absurdo que había sido dirigirles la palabra. Se

alejaron atemorizados de él. Entonces Tomó al de la botella y desconectó el tubo. Salió un poco de líquido. Cero extendió su sensor químico y probó cautelosamente. Agua. Muy pura. No recordaba haber probado agua tan desprovista de minerales disueltos.

Tras pensarlo bien dejó en libertad a la unidad. El tubo dejó de perder líquido. De manera que necesitan agua como yo, pensó Cero, y tiene que llevarla consigo... Eso es bastante comprensible pues ellos, o mejor dicho el monstruo a quien sirven, no podía saber donde estaban las fuentes y manantiales de la zona. Pero ¿por qué la sorben por un tubo? ¿Carecen acaso del orificio adecuado para la ingestión de líquidos? Evidentemente, el pequeño agujero de la cabeza donde antes entraba el tubo se había cerrado automáticamente al retirar el extremo del mismo.

Los otros dos ya se habían quitado las cajas. Cero se puso a inspeccionarlas y registrar su contenido: fragmentos de material pulposo, algo similar al sedimento corporal corriente. ¿Elementos nutritivos, o excrementos? ¿Por qué tenían un mecanismo tan complicado? Era como si el interior tuviera que estar completamente protegido de todo contacto con el ambiente.

Les devolvió las cajas y miró más atentamente a sus dueños. No eran tan torpes como le había parecido en un primer momento. Las jorobas que tenían eran acarreadores independientes como el suyo. Pensó que algunos de los objetos que tenían atados a las muñecas o a los brazos debían de ser también herramientas. (No podía tratarse de armas o dispositivos para huir, pues ya los habrían empleado. Por lo tanto, serían aditamentos artificiales específicos, como la antorcha o el trinquete). La forma básica bípeda era más simple que la suya, casi sin rasgos característicos salvo por las articulaciones de las extremidades. La cabeza era un poco más complicada, aunque más simple que la de una persona. Una construcción cilíndrica servía de base a diversas partes, incluso los emisores de ondas sonoras que no dejaban de farfullar mientras él observaba. La cara era una placa vidriosa tras la cual se movía... ¿qué? Una especie de mecanismo articulado, parcialmente flexible.

Ya no quedaba ninguna posibilidad de comunicación por radio con ellos, ni a través de ellos. Cero hizo algunos intentos experimentales, pero las unidades no hicieron más que emitir débiles quejidos. Dos de ellos se abrazaron. La tercera sacudió los brazos y lanzó algunos gruñidos sónicos. De pronto se puso en cuclillas y dibujó algunas formas geométricas en la arena, muy similares a los diseños de galanteo que suele hacer el macho corredor de dunas.

De manera que... no sólo gozan de autonomía mecánica, como los ojos espías de un cubo rodante, sino que tienen también libertad de conducta. Por lo tanto no son simples miembros de control remoto y sensores del monstruo. Probablemente se trata de móviles domesticados...

Si tal era el caso, la raza del monstruo había modificado su tipo aún más drásticamente de lo que la raza-persona lo hiciera con sus móviles allá en las tierras bajas. Estos bípedos eran ridículamente débiles en comparación con su tamaño;

carecían de moledores y orificios para ingerir líquidos, su empleo de la onda sónica indicaba que sus habilidades radiales eran muy primitivas, que necesitaban un aparato complementario; en resumen, no podían funcionar por sí solos. Únicamente al amparo y cuidado de sus amos podían permanecer cierto tiempo en funcionamiento.

¿Pero qué son los amos? Aun el monstruo puede ser sólo otro movable. Parecía carecer de miembros, por cierto. Los amos deben de ser personas como nosotros, que han llegado de allende el mar o las montañas con muchas habilidades nuevas. Pero entonces ¿qué quieren? ¿Por qué no han tratado de comunicarse con nosotros? ¿Han venido para quitarnos nuestras tierras?

Las preguntas eran perturbadoras. Cero no tardó en entrar en acción. Con la percha cargada, no tenía lugar para los prisioneros. Además era indudable que sería perjudicial para ellos estar varias horas apretados; ahora, después de un descanso, se movían mucho más fácilmente que cuando los sacara. Se limitó a dejarlos atados juntos, pero cortó el alambre que los unía al tronco aunque guardando el extremo en su mano. Como mantenía la precaución de no dejar rastros, se movía lentamente para que pudieran seguirle. De tanto en tanto vacilaban y se apoyaban uno en otro para reponerse —al parecer, sus células energéticas se polarizaban más deprisa que las de Cero— pero descubrió que eran capaces de continuar si los dejaba descansar de vez en cuando, recostarse y usar sus extraños artefactos.

Pasó el día. A esta altura del año, poco después del equinoccio vernal, el sol salía durante unas veinte horas. Al anoecer, los prisioneros de Cero empezaron a tropezar y tantear el camino. Mediante percepción sensorial directa pudo confirmar que no tenían radar. Si alguna vez lo habían tenido, posiblemente había quedado destrozado con el resto de sus comunicadores. Después de meditarlo un poco, ideó un burdo asiento usando un tronco derribado y les hizo señas para que se sentaran en él. De ese modo los transportó con dos manos. No intentaron huir, apenas emitían algunos sonidos; era evidente que estaban agotados. Pero cuando al fin llegó a su destino y los dejó en el suelo, lo sorprendieron al empezar a moverse y emitir sónicos. Entonces soldó el extremo del cable a un bloque de hierro que tenía para emergencias.

Se le ocurrió que el mecanismo de los otros debía ser muy extraño, tanto que tal vez no resultaran ingeribles. Era obvio que sus células llegaban a tales extremos de polarización que los dejaban en estado comatoso, lo cual ocurría a una persona sólo en ciertas emergencias. Pero para ellos esa desactivación les parecía normal y se reponían espontáneamente.

Trató de dejar de especular. Mientras estuvo trabajando, la voz ansiosa de Uno no había dejado de llegarle.

—¿Qué ha sucedido? ¡Debes de estar herido! Acércate y dejame ver. ¡Oh, pobre brazo! ¡Querido!

—No es nada serio —dijo él tratando de tranquilizarla—. Se me averió un rotor. Será mejor que prepares la comida en vez preocuparte por mí.

Se dejó deslizar por el suelo de la cueva hasta quedar junto al hermoso bulto. Los globos luminoso, cultivados en las paredes de piedra desnuda, emitían reflejos sobre la piel de ella y sobre los gráciles zarcillos instrumentales que se curvaban para abrazarla. A través de su sensor químico le llegó un deje de solventes y lubricantes y una esencia de femineidad. La boca de la cueva estaba tapizada de negro excepto por una estrella que resplandecía un tanto siniestramente sobre las colinas. De la selva llegaban gruñidos y suaves tintineos. Pero al fin tenía luz y el tacto de ella contra su cuerpo. Había llegado a casa.

Ella descargó la percha de los hombros de su compañero pero no hizo ningún además de acercarse al caldero donde se procesaba la comida. Concentró toda su atención y buena parte de sus herramientas en el brazo herido.

—Tenemos que reemplazar toda la sección baja del brazo con recambios — declaró ella; luego, como una modulación—: Cero, mi adorado y valiente tonto, ¿por qué te arriesgaste de esa manera? ¿No comprendes que sin ti mi mundo sería todo herrumbre?

—Siento mucho tener que tomar... tanto del nuevo —dijo él.

—No importa. Dame algunos hermosos rotores grandes como éste y pronto remediaré la pérdida y también terminaré con el resto.

Su regocijo se convirtió en timidez al proseguir:

—Yo también deseo que el nuevo quede pronto activado, así podemos empezar otro.

Cero tuvo un vívido momento de un momento del año pasado, cuando la esencia de su cuerpo fluyó en corrientes y campos magnéticos a través del de ella, cuando ambas esencias se heterodinizaron y en la profundidad tuvo lugar la primera cristalización. Comparado con eso el enlace sensorial era un cosa sosa.

Lo que ahora hacían juntos tenía una dulce intimidad. Después que ella le quitó el antebrazo estropeado y él introdujo el muñón en el orificio de reparación de su compañera, miles de delicados zarcillos interiores se estiraron para controlar, asegurar, reparar el daño hecho. Una vez más, y de una forma más sutil que para la reproducción, los sistemas químico y electromecánico de Uno y Cero se habían unificado. El proceso, como toda función femenina, no era susceptible de controlar conscientemente. En ese momento, Uno no se diferenciaba en nada del movable más primitivo unido a su pareja herida en una madriguera oscura.

Pero llevaba tiempo. La nueva persona que el cuerpo de ella estaba creando dentro de sí había llegado al tamaño final y por lo tanto, no estaba lejos de su terminación. (Si así no hubiera sido, Cero habría tenido que esperar hasta que el nuevo poseyera un brazo bien desarrollado). Pero todavía no estaba activado; sus procesos más delicados y críticos estaban aún a medio terminar y gradualmente cristalizaban fuera de solución. Ninguna parte podía desprenderse sin mucho trabajo

y gran peligro.

Pero al fin, la función de Uno cumplió con su tarea. Con mucha lentitud y bastante aprehensión, Cero retiró su nueva mano. Las mentes de los dos permanecieron entrelazadas por un momento. Hasta que, con un tono tembloroso pero haciendo evidente cierto sentido del humor, ella exclamó:

—Y bien, ¿puedes hacer culebrear todos los dedos? ¿Todo bien? Pues entonces vamos a comer, estoy famélica.

Cero le ayudó a prepara el rotor para su consumo. Arrojaron también en el caldero el brazo herido. Mientras procesaban la comida que después compartieron, él le contó sus experiencias. Ella no había demostrado ninguna curiosidad con respecto a los tres bípedo. Como la mayoría de las hembras, carecía de gran interés por lo que sucedía en el mundo fuera de las paredes de su hogar, y había pensado superficialmente que se trataría de una nueva especie de movable salvaje. A media que él hablaba, ella parecía ir perdiendo su alegría.

—¡Oh, no! —exclamó—. No me digas que irás a luchar contra el que respira rayos, ¿verdad?

—Sí, debemos hacerlo —afirmó él.

Sabía cuál era la visión que la aterrorizaba: que lo destruyeran hasta lo irreparable, más allá de toda esperanza de recuperación. Y para tranquilizarla, agregó de inmediato:

—Si lo dejamos en libertad, no hay tradición ni instinto que nos asegure lo que sería capaz de hacer. Pero al menos, y es lo más probable, una cosa de ese tamaño causará serios daños. Aún si se tratara solamente de un desherbador, su apetito devorador arrasaría con hectáreas enteras de acumuladores, y muy bien puede ser de rapiña... Por otra parte, si lo destruimos, ¡qué preciosa fuente de recursos alimenticios! Tu ración y la mía nos permitirían producir al menos una docena de personas nuevas. Con la energía que me proporcione, podría recorrer grandes distancias para recoger así más alimento y mercancías para ambos.

—Si es que fuera asimilable —dijo ella dubitativamente—. Podría estar lleno de ácido fluorhídrico o algo parecido, como un no-me-toques.

—Sí, sí; por la misma razón el volador puede ser propiedad de seres inteligentes, lo cual no quiere decir que no sean capaces de destruirlo y consumirlo. Tengo intención de averiguar eso sin tardanza. Si los auxiliares del monstruo son ingeribles, el monstruo mismo debe serlo también.

—Pero si no... ¡Cero, ten cuidado!

—Por supuesto. Lo haré por tu bien, además.

Al acariciarla, Cero sintió la respuesta de las vibraciones de ella. Habría sido muy agradable continuar así toda la noche, pero pronto tenía que asistir a la cita. Y antes de eso debía cortar en pedazos por lo menos un espécimen. Tomó la palanca dentada.

V

Cuando lo arrojaron en el suelo de la cueva, Darkington despertó de un semisueño poblado de pesadillas. Extendió su brazo hasta donde estaba Frederika y ella se le acercó. Durante un rato no se escuchó nada más que el murmullo de ambos.

Poco después se acuclillaron en la arena y miraron a su alrededor. El gigante que los había capturado soldó el extremo de la cuerda de alambre a una mole inmóvil de hierro. Darkington quedó fijado a un lado, y luego la muchacha y Kuroki en el otro extremo. Entre cada uno de ellos había más o menos un metro veinte de distancia. En el equipo que les quedaba no había nada con que cortar las ataduras.

—Una cueva de piedra caliza, diría yo —gruñó Kuroki.

Tras la placa facial su rostro aparecía demacrado, con la barba crecida y los ojos hundidos. El aspecto de Frederika no era mucho mejor. Si el robot no los hubiera transportado ese último trecho del camino, seguramente no habrían sobrevivido al final del viaje. Sin embargo, el cerebro de Darkington poseía una sorprendente lucidez. Podía observar y pensar tan bien como si estuviera a salvo a bordo de la nave. No había parte de su cuerpo que no le doliera, pero trató de abstraerse de eso. Se concentró en los últimos sucesos y en tratar de comprenderlos.

Cerca de la entrada, donde se encontraban, la cueva tenía unos seis metros de altura y algo más de ancho. Después de extenderse unos treinta metros se estrechaba hasta terminar. Esa parte se usaba como almacén: un taller de chatarra con recambios mecánicos y electrónicos, junto a toscas herramientas de piedra y metal que parecían de fabricación casera. De las paredes sobresalían delgados alambres que sostenían una infinidad de globos cristalinos que daban una fría luz blanca en la que la oscuridad exterior parecía aún más elemental.

—Sí, es una cueva sobre la cuesta desnuda de la montaña —dijo Frederika—. Eso pude apreciar. Durante todo el trayecto hasta aquí traté de mantenerme más o menos consciente para tomar nota del camino. Aunque no creo que eso nos sirva de mucho, ¿eh? —y abrazándose las rodillas agregó—: Tengo que dormir pronto... ¡Oh, sí! Tengo que dormir...

—Tenemos que establecer contacto —se oyó en la voz de Kuroki. (Gracias a Dios y a algún ingeniero muerto largo tiempo ha, micrófonos de sonido y audífonos pueden conectarse presionando con el mentón el botón correspondiente. Si no nos quedara la posibilidad de hablar, que otro recurso nos quedaría que no fuera dejarnos envolver en la locura...)—. Traté de demostrar a esa pesadilla de hojalata que somos inteligentes. Dibujé diagramas... Y bien —procuró serenarse—, quizás sus constructores no lo controlen. Bueno, haré un nuevo intento cuando aparezca por aquí.

—Admitamos los hechos, Sam —dijo Frederika sin expresión en la voz—. No hay ningún constructor ni nunca lo hubo.

—¡Oh, no! —exclamó el piloto dirigiendo una mirada de súplica a Darkington—.

Hugh, tú eres biólogo, ¿lo crees?

—Me temo que tiene razón —contestó Darkington mordiéndose los labios.

—¿Sabéis qué es esa enorme máquina de allá en medio de la cueva? —preguntó Frederika—. Ésa con la que el robot ahora juega... ¡Es su mujer! —dejó la frase por concluir. El eco horrible de su risa retumbó en los cascos.

Darkington aventuró una mirada en la dirección que había indicado Frederika. El segundo objeto tenía muy poco en común con la forma bípeda, ya que era ancha y baja —el doble del que conocían— e iba montada sobre ocho patas cortas que con toda seguridad, no le darían demasiada velocidad ni agilidad. La reja de radio, las lentes ópticas y los brazos —dos en lugar de cuatro— eran de características similares a las del bípedo. Pero tenían además numerosos miembros adicionales semejantes a largos cuellos de ganso terminados en apéndices específicos. Un metal brillante cubría la mayor parte del cuerpo.

Sin embargo, la forma en que los dos se movían...

—Creo que también tienes razón en cuanto a eso —admitió finalmente Darkington.

Kuroki golpeaba el suelo con los puños mientras maldecía.

—Lo siento, Freddie —dijo tragando saliva—. Pero ¿quieres explicarme a qué te refieres? Este lío no sería tan espantoso si tuviera alguna explicación.

—Nos queda únicamente usar nuestra imaginación —dijo Darkington.

—Pues imagina, entonces...

—Es la evolución del robot —dijo Frederika—. Después que se fue el hombre, las máquinas que quedaron empezaron a evolucionar.

—No —dijo Kuroki—. Es cosa de locos. ¡Imposible!

—Creo que, de otra manera, lo que hemos visto sería imposible —dijo Darkington—. La vida metálica no puede surgir espontáneamente. Sólo los átomos de carbono producen los largos eslabones que se necesitan para el almacenamiento químico de la conformación biológica. Pero el almacenamiento electrónico es también posible. Y... antes de que el Traveler partiera, ya existían máquinas auto-reproductoras.

—Si la memoria no me falla, las balsas marinas fueron las más importantes —Frederika habló como una sonámbula, sus ojos abiertos y sin pestañear, fijos en los dos robots—. ¿Recordáis? Básicamente eran cajas flotantes motorizadas que contenían plantas metalúrgicas procesadoras y baterías de energía solar. Podían tomar los minerales disueltos en el agua del mar, ya fuera magnesio o uranio, de acuerdo con la especialidad de cada balsa. Cuando completaba la carga, iba hacia un punto de la playa donde había un depósito para recibirla. Una vez descargada, volvía al mar abierto para recoger más. Tenía un artefacto de navegación inerte, así como sensores electrónicos y varios sistemas automáticos para poder afrontar las diversas vicisitudes del ambiente.

»Y tenía plantas electrónicas con detalles completos en cuanto a diseño, que

controlaban los mecanismos de a bordo para fabricar cualquier pieza que necesitara. Esos mismos mecanismos continuaban fabricando y montando duplicados de balsas... El primero de esos equipos costó cientos de millones de dólares, sin tener en cuenta la investigación preliminar y el desarrollo de la idea. Pero una vez fabricada, no se precisó de ninguna investigación adicional. La producción y la expansión no costaron un solo centavo.

»Después el hombre se fue de la Tierra... Toda vida desapareció, las balsas marinas continuaron siempre en el mismo lugar, llevando pacientemente sus cargas hasta los depósitos en las playas desiertas, año tras año, aparentemente sin sentido...

Tuvo un estremecimiento. El movimiento fue bastante brusco para notarse a pesar del traje espacial.

—Continúa tú, Hugh, por favor —dijo ella con tono severo—. Si es que puedes...

—No conozco bien los detalles —comenzó él con cautela—. Tal vez tú puedas decirme cómo habrá sido posible la mutación de una máquina. Pero si las plantas eran en realidad registros magnéticos en alambre o cinta, pienso que radiaciones rigurosas las habrían afectado como afectan a los genes orgánicos. Y con toda seguridad durante mucho tiempo hubo abundante radiación en el ambiente. Entonces las balsas empezaron a hacer duplicados imperfectos, tanto como para que muchos hubieran naufragado. Pero otros tenían ciertas ventajas; por ejemplo, dejaron de ir hasta la playa y esperar allí décadas enteras a que las descargaran. Y a su debido tiempo se habrá hecho alguna balsa que tuvo la habilidad primigenia de obtener metal de una fuente más rica que el océano, o sea, otras balsas. Se desarrolló una nueva ecología a lo largo de millones de años. Se volvió a conquistar la Tierra. Proliferaron nuevos tipos de maquinaria, hasta llegar a hoy, en que... Bueno, ya hemos estado viéndolo.

—Pero ¿de dónde proviene la energía? —preguntó Kuroki.

—Del Sol, imagino. A estas alturas la batería original del Sol ha de estar muy perfeccionada. Me aventuraría a decir que un almacenamiento dieléctrico a nivel molecular, en unidades especializadas... llamémosles células, que quizá sean de tamaño microscópico. Naturalmente que la productividad por hectáreas debe ser mucho menor que la de nuestros días. Las aleaciones no son tan inestables como los aminoácidos. Pero eso está compensado en gran medida por su mayor resistencia. Y, como podéis observar en esta cueva, por intercambiabilidad.

—¿Eh?

—Claro. Mirad esos repuestos almacenados atrás. Algunos, sin duda, serán procesados en forma análoga a nuestro comer y digerir los alimentos. Pero es probable que otros sean usados como están. Supongamos que tomamos los órganos de animales que hemos matado y los instalamos en nuestros cuerpos para reemplazar los que se hubiesen gastado. Puedo pensar que eso es bastante común en la Tierra de hoy. El principio de la «caja negra» fue diseñado en la mayoría de las máquinas de

nuestro siglo. Lo habrían heredado.

—Pero en el comienzo, ¿de dónde viene el metal?

—De máquinas de tipo inferior. En última instancia, de máquinas del tipo que descompone minerales, fabrican las aleaciones básicas y concentran más energía dieléctrica de la que necesitan. Es un proceso similar al vegetal. Me atrevo a decir que el metabolismo implica poderosos reagentes, el último de los cuales debe ser ácido sulfúrico y nítrico en compartimentos revestidos de vidrio. Dudo que hay equivalentes de microbios, pero al parecer la ecología se lo pasa muy bien sin ellos. Es una forma de existencia más burda que la nuestra. Pero funciona. Funciona.

—Hasta poseen vida sexual —dijo Frederika sonriendo un tanto alocadamente.

Darkington apretó su mano enguantada hasta tranquilizarla.

—Bien —dijo—, es probable que en las formas más complejas de máquinas la reproducción sea la especialización de una de ellas, mientras la otra se especializa en fuerza y agilidad. Me figuro que tendrán las diferencias psíquicas correspondientes...

—¿... psíquicas? —remedó Kuroki—. ¡Esperad un momento! Sé bien que hubo... que hay muchos rumores infundados en cuanto a que las computadoras eran cerebros electrónicos y alguna otra basura como esa, pero...

—Llama al fenómeno como quieras —dijo Darkington encogiéndose de hombros—. Pero ese robot emplea utensilios que son hechos. El problema es como convencerlo de que nosotros pensamos.

—¿Acaso no puede verlo? —exclamó Frederika—. Nosotros también usamos herramientas. Sam hizo algunos dibujos matemáticos. ¿Qué más quiere?

—No sé lo suficiente de este mundo para aventurar una opinión —dijo Darkington fatigado—, pero me imagino que... bueno, alguna vez hemos visto un mono entrenado que hace toda suerte de cosas complicadas y nunca pensamos en que se trata de algo más que un mono. A pesar de lo extraño que pudiera parecer.

—O tal vez al robot le importa un bledo —dijo Kuroki—. También había gente que habría reaccionado así.

—Si la suposición de Hugh respecto a la caja negra es correcta —dijo Frederika lentamente—, entonces la raza robot tiene que haber evolucionado como cazadora, en lugar de que la caza hubiese sido inventada cuando su evolución había avanzado ya. Es como si los hombres descendieran del tigre y no de los simios. ¿Cuáles serían entonces las diferencias psíquicas?

Nadie contestó. Frederika se recostó exhausta contra Darkington. Kuroki apartó los ojos de ambos quizá más por un sentimiento de lejanía que por tacto. Su novia se encontraba a miles de kilómetros y no tenía manera de llamarla y despedirse de ella.

Thurshaw había prevenido a los insistentes voluntarios de la expedición que no habría rescate. Ya tenía suficiente sentimiento de culpa por haber permitido que tres personas —el tres por ciento de la raza humana—, se arriesgaran. Si algo adverso

ocurría, el Traveler demoraría su partida en la confianza de que la nave pudiera retornar de alguna manera. Pero al final el Traveler partiría igualmente hacia las estrellas. La novia de Kuroki entonces tendría que encontrar otro hombre para que fuera padre del niño al que llamaría Sam.

Cuánto deseo que Freddie estuviera allá con ella —pensó Darkington—. Pero..., ¿de verdad lo deseo? ¿O es simplemente lo que se espera de mí? Acaba ya. Hay que empezar a hacer planes.

Su cerebro giraba como un par de ruedas en el fango del invierno. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Ya no tenía pistola... ni Kuroki los cohetes..., nada les quedaba ya excepto algunas herramientas e instrumentos. Al fondo de la cueva es posible que hubiera algunas armas con las que un hombre podría defenderse (aunque sólo por un momento contra el hierro y el rayo; pero al fin terminaría con el horror de esta situación, de estar aquí sentado, oliendo el propio miendo y esperando que el monstruo se acercara o que se agotasen las baterías del renovador de aire y se asfixiara). Pero la realidad del lazo soldado en torno a su cintura, atado a una tonelada de hierro, ponía fin a esos sueños. De alguna manera tenían que encontrar el modo de comunicarse, rogar, amenazar, prometer, engatusar. Pero al monstruo no le había importado el teorema de Pitágoras dibujado en la arena. ¿Qué nos queda, entonces? ¿Cómo decirle: «Estoy vivo» a algo que no lo está?

Aunque pensándolo bien, ¿qué era estar vivo? ¿Eran las proteínas indefectiblemente y en forma inherente parte de toda criatura viviente? Si las viejas balsas marinas no fueron más que complicadas maquinarias, ¿en qué punto de una complicación ulterior sus descendientes lograron la vida?

Déjalo, tú eres biólogo y sabes perfectamente que una pregunta así está empíricamente vacía; de todas maneras no tiene nada que ver con conservar la continuidad de cierta química proteica que es irracionalmente más amada.

—Creo que habla por radio —la voz de Kuroki sonó extraña a través de las pulsaciones en la cabeza de Darkington—. Probablemente no tiene noción de que las ondas sonoras pueden transportar la voz. Quizá sea sordo. De qué le servirían los oídos a esa jungla de chatarra... Y pensar que nuestras radios están averiadas —empezó a buscar en el paquete de la muchacha—. Freddie, creo que podría armar un aparato que funcione combinando las piezas de los tres, si consigo algunas pequeñas herramientas e instrumentos. Una vez logrado, haríamos ruidos esquemáticos en su frecuencia de sonido, y entonces puede ser que el robot trate de comprendernos...

Empezó a organizar su trabajo. Darkington, imposibilitado para ayudar y avergonzado por no haber aportado ninguna idea, volvió su atención a los robots. Lo ignoraban completamente, apareados como estaban.

Frederika dormitaba. ¡Qué lentamente transcurría la noche! Pero la Tierra era vieja y rodaba tan fatigada como... Como él. Se durmió.

Un jadeo lo despertó.

El monstruo estaba de pie frente a ellos. Alto, tan alto que parecía alcanzar el

cielo y caerles encima. Los devolvió a la conciencia y miró con ojos inexpresivos el trabajo recién comenzado por Kuroki. Una mano eran aún una antorcha y la otra había sido cambiada; era tan invulnerable y desalmado como un dios. El yo semidespierto de Darkington se arrastraba ante él. Y entonces la antorcha escupió, cortó el alambre en torno a Kuroki y lo dejó libre.

—¡Sam! —gritó Frederika.

—¡Eh, amigo...! No seas tan impaciente —el piloto se sofocaba en los brazos del robot—. Estoy contento de gustarte pero... ¡Ay! ¡Cuidado...!

Con una mano libre el robot torció experimentalmente la pierna izquierda de Kuroki. Las juntas del traje giraron y Kuroki chilló. Darkington creyó haber oído que los huesos de la pierna habían salido de sus articulaciones.

—¡No! ¡Máquina inmunda! —dijo abalanzándose, pero el alambre lo retenía. Frederika se cubrió la placa facial y rogó que Kuroki hubiera muerto.

Pero todavía vivía. Ya no estaba consciente siquiera. Siguió gritando mientras el robot empleaba una herramienta para quitar la pierna de la armadura. De entre las capas del material fluyó un líquido obturador compuesto que mantuvo el aire en el resto del traje.

El robot lo dejó caer y se inclinó hacia atrás, abanicándose. Habrá sido un sople de oxígeno, pensó Darkington en medio de la negra y roja desintegración de su cordura. El oxígeno era casi tan reactivo como el flúor y en la Tierra no había habido oxígeno libre desde... La agonía de Kuroki se estremeció hasta el silencio.

El robot volvió a aproximarse con cuidado y poniéndose en cuclillas encima del piloto perforó un poco de carne hasta dejar músculos y vasos sanguíneos expuestos. Sacó un trozo para examinarla y la arrojó desdeñosamente a un lado. El metal de la junta, en cambio, pareció que le gustaba.

Darkington tuvo vaga conciencia de que Frederika estaba tendida en el suelo junto a Kuroki y lloraba. El biólogo se hallaba aún más cerca. Podía tocar al robot y también al cadáver, pero en cambio se encogió murmurando y quejándose.

Estaba claro que el robot había aprendido una lección del gas, pero de todas maneras estaba decidido a continuar la investigación. Se irguió, retrocedió cautelosamente y desde cierta distancia arrojó una fina llama azul intenso, por su mano-antorcha. El cadáver de Kuroki quedó dividido en dos secciones.

El universo de Darkington rugió explosivamente. Volvió a lanzarse hacia adelante. La cuerda que lo sujetaba a Frederika pasó por el haz de la llama. Las fibras se esparcieron como humo.

El robot le dio un zarpazo, recibió la pérdida de oxígeno del traje de Kuroki y se echó hacia atrás. Darkington tomó el trozo de cable que lo mantenía atado al trozo de hierro. La antorcha lo deslumbraba. Si la llama lo tocaba, su fin habría llegado. Pero no había ocasión de pensar en esos detalles. En un impulso ciego y animal, tiró su

lazo hacia el chorro cortante.

Se había liberado.

—¡Huye, Freddie! —gritó, tosiendo mientras corría directamente hacia el robot.

De nada valdría escapar de una cosa que podría alcanzarlos en tres zancadas. La antorcha ya no emitía llama, pero el robot se movía haciendo esos todavía mareado por el oxígeno. ¿Sufriría? Con el último resto de conciencia Darkington deseó salvajemente que fuera así.

—¡Vete, Freddie!

El robot se tambaleó en su intento por seguirle. Él se escabulló alrededor de la otra máquina, la grande, que habían considerado femenina. Fue hacia la parte trasera de la cueva. Buscaba un arma con la que luchar para darle a Frederika ocasión de escapar. En el suelo había una palanca dentada; la recogió y la hizo girar en el aire. La enorme forma metálica estaba casi encima de él. La esquivó con las manos juntas sobre el casco. Saltó hacia el centro de la cueva mientras la máquina hembra se acercaba lentamente a un rincón. Pero muy lenta y torpemente...

Darkington le saltó encima.

Un brazo apareció desde abajo para sacarlo de allí. Pero él golpeó con la palanca dentada. El ruido reverberó en la cueva. El brazo, mellado, perdió fuerza. Aquel octópodo no tenía la potencia del bípedo. Sus zarcillos instrumentales, aún más frágiles, se enroscaron hacia adentro.

Pero el robot macho estaba muy cerca. Darkington aplastó la antena radial con su arma, haciéndola añicos; volvió a blandir el arma mientras vociferaba sin parar.

—¡Atrás! ¡Un paso más, y la mataré! ¡Me ensañaré con ella!

El robot se detuvo. El monstruo abultado se cernía sobre él, una máquina capaz de destrozarse a un hombre y a su traje espacial, y levantó la mano antorcha.

—¡Oh, no! —jadeó Darkington.

Abrió una válvula de sangría del traje y se puso de rodillas para que el oxígeno fluyera sobre el extremo frontal de aquello en lo que estaba cabalgando. Los sensores debían de ser más vulnerables la piel. No podía oír si el robot hembra gritaba como lo había hecho Kuroki. Eso se escucharía en la banda de radio. Pero cuando amenazó al macho para que retrocediera, le obedeció.

—¿Te das cuenta? —preguntó casi sin aliento ni el menor ánimo de comunicarse sino lleno de odio—. Puedes abrirme el traje con tu rayo pero todo el aire que tengo caerá sobre esta máquina. Tal vez puedas derribarme arrojándome algo, pero a la primera señal de movimiento volveré a abrir la válvula de escape. Por lo menos ella recibirá una fuerte dosis de oxígeno. Entretanto haré penetrar la punta aguda de esta vara por una de esas lentes. ¿Entiendes? Y bien, será mejor que te quedes donde estás, ¡máquina!

El robot permaneció inmóvil.

Frederika se acercó. Había deslizado el cable que la unía a Kuroki, o a los restos de su torso. La luz resplandecía sobre su placa facial de modo que Darkington no

podía ver su expresión, y la voz era irreconocible por lo tensa.

—¡Hugh, oh, Hugh!

—Vete al navío —ordenó él.

Estaba recobrando la cordura.

—¿... dejándote aquí? NO.

—Escucha, este no es lugar para actos heroicos. Tu primer deber es convertirte en madre. Pero mi verdadera esperanza es que puedas volver al navío para recogerme. No eres piloto, pero podrán darte instrucciones por radio desde la nave si es que aún están sobre el horizonte. De todas maneras, el director general se encarga de casi toda la operación. Si tú aterrizas aquí probablemente podré negociar mi retirada.

—Pero... pero... al robot le llevó unas veinte horas traernos hasta aquí. Y conoce el camino mejor que yo. Tendré que guiarme por la brújula y el instinto, en el mejor de los casos. Claro que no me detendré con tanta frecuencia como lo hizo él. Pero así y todo... Calcula veinte horas para mí, no podrás aguantar tanto tiempo...

—Puedo probar —dijo él—. ¿Acaso tienes una idea mejor?

—Está bien, Hugh, adiós. No, he querido decir hasta pronto. Te amo.

Él gruñó una respuesta pero no la vio partir. Tenía que vigilar al robot.

VI

—¡Cero! —gritó la hembra al sentir que la unidad había saltado sobre su espalda.

Trató de agarrarla, pero la palanca dentada le golpeó fuertemente el brazo. Él pudo sentir el dolor a través de los sensores de su compañera, irradiados por el comunicador; le pareció recibir el impacto en su propio cuerpo.

Se lanzó al ataque, ciego de rabia. La unidad enemiga descargó la palanca sobre la antena de Uno, que chilló angustiada. El tono de su comunicador, afectado por el daño causado al radar, sonó odiosamente diferente. Cero se obligó a detenerse.

El llanto de ella, su nombre repetido entre sollozos, azuzaba la quemadura donde el gas corrosivo había hecho impacto. Enfocó su antorcha para un rayo fino y apuntó con cuidado.

La unidad cayó de rodillas mientras tanteaba el aire con la mano libre. Uno volvió a gritar, esta vez con más fuerza. Agitaba los zarcillos rápidamente. Cero, entumecido, dejó caer la antorcha. La unidad se levantó y colocó el arma contra las lentes de ella; un fuerte empujón hacia abajo a través del vidrio podría llegar hasta el cerebro. La unidad le hizo un ademán de que retrocediera. Obedeció.

—¡Socorro! —gritó Uno.

Cero no quiso mirar el destrozo en la cara. Pero no podía escapar al sonido de su voz distorsionada.

—¡Socorro, Cero! ¡Me duele mucho!

—Trata de aguantar —dijo él inútilmente—. No puedo hacer nada. Al menos

ahora. Está lleno de veneno. Es lo mismo que tú has recibido.

Pasó inspección a sus percepciones interiores.

—El dolor calmará dentro de un minuto... si no ha sido demasiada cantidad. Pero si has recibido una dosis grande..., no sé. Puede resultar totalmente destructivo. O tal vez el bípedo logre causarte un daño mecánico definitivo sin que yo pueda evitarlo. Trata de aguantar, Uno mía, hasta que pueda pensar en algo.

—¡Tengo miedo por el nuevo! —chilló ella.

—Aguanta —imploró él—; si esa unidad te causa más daño la destruiré lentamente. Espero que se dé cuenta de eso.

El otro bípedo funcional se acercó. Intercambió algunas ululaciones con el primero, se volvió rápidamente y salió de la cueva.

—Debe volver al monstruo volador —dijo Uno.

Las palabras le salían lentamente y de vez en cuando se quejaba a medida que sus percepciones de dolor se agudizaban, pero había vuelto a razonar.

—¿Crees que traerá al monstruo hasta aquí?

—No puedo salir a cazarla —dijo Cero explicando lo obvio—. Pero...

Trató de reunir todas sus energías. Un grito estalló a través del comunicador: «Alarma. Alarma. Toda persona que esté recibiendo, prepárese para transmitir. Alarma».

Voces que venían de cerca y de lejos empezaron a retumbar en su cabeza, y era como si lo llenaran de energía. Él y Uno no estaban solos en una cueva en la noche, con un horror acurrucado sobre la espalda de ella y el gusto del veneno que lo había atacado esfumándose lentamente. Toda la comunidad les acompañaba.

Informó sobre la situación en pocas palabras.

—Has sido demasiado atrevido, pero no habrá más castigos por tus acciones —dijo Cien, temblando.

—¿Y qué habrías preferido que hiciera? —dijo Siete, defendiéndolo.

—No podemos manejar a voluntad una cosa tan poderosa como el monstruo. Cero tomó la responsabilidad de reunir información. Y en eso ha salido airoso también.

—Ha logrado demostrar que el peligro es mayor de lo que temíamos —dijo Dieciséis, temblando.

—Y bien, ese es un dato valioso.

—Ahora el problema está en qué vamos a hacer —interrumpió Cien—. Por lento que sea el auxiliar que escapó, podrá hallar al monstruo mucho antes de que nosotros nos reunamos y salgamos hacia la montaña.

—Pero entretanto no puede comunicarse —dijo Cero—; la radio está rota. De manera que el monstruo, ignorante de los acontecimientos, permanecerá donde está. Sugiero que toda persona que se encuentre en estas vecindades vaya directamente hacia esa zona. Podéis tratar de impedir el paso al bípedo.

—En pocos minutos tú podrías ir en su busca y capturarlo —dijo Cien.

—No puedo salir de aquí.

—Sí que puedes. La cosa que atacó a tu hembra no tratará de hacerle nada más sin que la provoques, de lo contrario dejaría de ser un rehén valioso.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Cero—. Yo creo, en realidad, que si capturo a su compañero esta unidad atacará de inmediato a Uno. ¿Qué esperanza le queda si no es la huida del otro para que traiga el rescate?

—Esperanza es una palabra curiosa en el lenguaje de un ojo-espía —dijo Siete.

—Si ese es el caso —dijo Cero— creo ver por sus acciones que se trata de bípedos más complejos que simples movibles domesticados incapaces de pensar.

—Dejémoslo así —dijo Cien—. No tenemos mucho tiempo que perder. No podemos arriesgar a toda la comunidad por salvar a un solo miembro. Cero, vete a traer de vuelta a ese bípedo.

Ondas radiales sin modular zumbaron en la noche. Por último, Cero contestó:

—No iré.

La mano sana de Uno trató de acercarse a él, pero estaba demasiado lejos para que alcanzaran a tocarse. Tampoco podía acariciarlo con su radar.

—Pronto volveremos a arreglarte —le murmuró él.

Ella no se atrevió a contestar ante la comunidad que escuchaba.

Cien se dio por vencido; tenía suficiente experiencia para saber cuándo se enfrentaba a una negación concluyente.

—Aquellos que estén tan cerca del monstruo para llegar hasta él antes del alba, que se presenten —fue la orden.

Cuando todos se hubieron dado a conocer —eran unos treinta en total— les dijo:

—Muy bien; id hacia allá. En tanto sea posible, dirigid su curso a fin de interceptar el camino de la unidad que escapó. Si la apresáis, informad de inmediato. Todos los demás nos encontraremos según el programa.

Las voces fueron muriendo una por una en la noche hasta que sólo quedó la de Cien, que era el responsable, y la de Siete, un amigo, en contacto con Cero.

—¿Cómo te encuentras ahora, Uno? —preguntó Siete suavemente.

—Funciono en cierta medida —contestó ella con una voz cansada e irregular—. Es muy extraño tener ciego el radar. Me da la impresión de que objetos pesados estuvieran a punto de chocar contra mí, y cuando vuelvo mis ópticos hacia esa dirección, no hay nada —hizo una pausa—. El nuevo acaba de moverse dentro de mí. Seguramente se ha completado un impulso motor... Ten cuidado, Cero —rogó al fin.

—Lo que no entiendo es tu explicación del interior de los bípedos —dijo Cien, siempre práctico—. Material suave y esponjoso empapado en un líquido rojo y pegajoso; vapores ácidos... ¿Cómo funcionan? ¿Dónde está el mecanismo?

—Tal vez no sean funcionales en absoluto —propuso Siete—. Tal vez sean mecanismos artificiales impulsados por acción química.

—Pero sin embargo actúan con inteligencia —arguyó Cero—. Si el monstruo, o los amos del monstruo, no los tienen bajo control directo, y por cierto que no hay radio en este caso...

—Puede haber otros medios fuera de la radio para manejar un auxiliar —dijo Siete—. Nosotros, las personas, sabemos tan poco...

—En ese caso —contestó Cero—, el monstruo ya sabía que estaba en esta cueva. En este momento me está vigilando a través de los ópticos de esa cosa sobre la espalda de Uno.

—Tenemos que pensar en algo distinto —dijo Cien.

—Es lo que hago yo —dijo Cero—. Actúo en la creencia de que esos bípedos están desconectados del volador. Pero si actúan como lo han estado haciendo, quiere decir que funcionan independientemente y que poseen al menos cierto grado de inteligencia.

Se le ocurrió una idea tan sorprendente que no pudo anunciarla de inmediato. Pero al fin lo hizo:

—Quizás ellos sean los amos del monstruo. Es posible que el monstruo sea el auxiliar y ellos las personas...

—No, no. Imposible —gruñó Cien.

Siete, en cambio, fue más rápido en aceptar temporalmente la nueva idea; siempre había sido flexible como para saltar de un extremo a otro en una discusión.

—Pensemos por un momento que, de alguna manera desconocida, estas pequeñas entidades son en realidad los domesticadores, o quizá los constructores, de esa cosa que vuela. ¿No podríamos negociar con ellos?

—Difícil, después de lo que ha sucedido —respondió Cero, sombrío; no pensaba tanto en lo que él les había hecho sino en lo que habían hecho ellos a Uno.

—Dudo mucho —continuó Siete—, desde un punto de vista filosófico. Son demasiado extraños. Todo su funcionamiento es mortal: la destrucción que acarrió su volador, el veneno que llevan bajo la piel... A su debido tiempo se podrá llegar a cierto grado de comprensión. Pero será a través de un lento y penoso proceso. Nuestra primera responsabilidad es salvaguardar nuestro modo de existencia; por lo tanto, debemos tomar la delantera antes de empezar a hablar con ellos. Y creo que podemos —terminó, excitado ante su propia idea.

Cero y Cien interfirieron sus intelectos con el de él. El esquema creció como un precipitado en una charca sobresaturada. Los extranjeros, lentos y débiles, eran solamente un rival formidable en virtud de sus artefactos muy desarrollados, o posiblemente movibles domesticados o tipos radicalmente modificados; el volador, el tubo que había arrancado el brazo de Cero y otras armas hipotéticas. Pero armamento que no se usa no constituye una amenaza. Si pudieran inmovilizar al volador...

Naturalmente, también era posible que hubiera otros bípedos enanos dentro del aparato. Ayer habían escuchado sus voces. Pero el viaje de Cero hasta allí había demostrado que carecían de sentidos adecuados para la noche. Y bien, concedamos

que pueden tener radar en buena condición. Pero el radar puede ser engañado, si se sabe cómo operar.

Cientos de órdenes saltaron a través de los kilómetros para los exploradores que convergían hacia el volador: Cortad los cordones más fuertes de acumulador que podáis encontrar en la selva. Retorcedlos para hacer cables. Rodead al monstruo, protegidos por la oscuridad, ventana de radar y objetos de distracción. Ahora creemos que no es un ser consciente; sólo es un volador. Soldad los cables y aseguradlos con perforaciones profundas. Después, con rapidez, enlazadlos alrededor de la base del volador. ¡Atadlo fuerte!

—No —dijo Veintinueve, despavorido—. No podemos soldar los cables a su piel. Nos aniquilaría con una explosión. Antes debemos hacer lazos corredizos y luego...

—Haced los nudos corredizos entonces —dijo Cero—; el monstruo no es un uso perfectamente moldeado, y los tubos de salida del chorro de fuego sobresalen de la base. Deslizad los lazos corredizos alrededor del cuerpo, justo encima de ellos. No creo que entonces pueda levantarse sin destrozar al mismo tiempo sus lanzadores.

—Para ti es fácil decirlo, Cero, desde la seguridad de tu cueva.

—No sabes lo que daría porque las cosas fueran de otra manera.

Avergonzados, los cazadores cedieron. La misión encomendada no era, en realidad, tan peligrosa. Los nudos corredizos —bastarían dos si los cables eran fuertes— podrían ser pasados desde un amplio círculo alrededor del área que el chorro de fuego de los tubos había aplastado y devastado. Podían ser ajustados desde lejos y probablemente se deslizarían solos hacia arriba para quedar justo por encima de los tubos, en la parte más estrecha del cuerpo del volador. En el caso de que algún cable quedara atascado, alguien tendría que correr y sacarlo. Si en ese preciso momento se producía un resoplido de fuego de los chorros, el que se hubiera adelantado sería destruido. Pero quizá no sería difícil impedir que el volador o sus amos lo notaran.

—Y una vez que tengamos el volador enlazado, ¿qué debemos hacer? —preguntó Veintinueve.

—Haremos lo que resulte más conveniente —dijo Cien—. Si nos pareciera que los extranjeros no llegan a un acuerdo satisfactorio con nosotros... si algo empezara a hacernos dudar, podemos erigir nuestras catapultas y hacer pedazos al volador.

—Eso sería lo mejor —comentó Cero dirigiendo una mirada vengativa al que estaba sobre Uno.

—Proceded según las órdenes —dijo Cien.

—¿Y qué nos sucederá a nosotros? —preguntó Cero—. ¿... a Uno y a mí?

—Yo iré a acompañaros —dijo Siete—; por lo menos podremos estar juntos y montar guardia. Has dicho que los extranjeros se polarizan con más facilidad que nosotros... Podemos esperar a que se caiga de cansancio.

—Bueno —dijo Cero, alentado por un rayo de esperanza—. ¿Has oído, Uno?

Sólo es necesario esperar.

—Dolor —murmuró ella, para agregar más resuelta—: Puedo reducir al mínimo el consumo de energía. Si estoy comatosa no sentiré nada...

Él percibía como luchaba contra el miedo, e imaginó lo que le atemorizaba; la idea de que nunca pudieran levantarla.

—Estaré vigilándote constantemente —dijo Cero—, tanto a ti como al nuevo.

—¡Cómo desearía tocarte, Cero!

A medida que pasaban los segundos su radiación se apagaba. Una o dos veces volvió la conciencia, empujada por el miedo; la estática jadeó en la percepción de Cero, pero ella volvió a sumirse en la oscuridad.

Cuando ella estuvo inerte, él se quedó observando la unidad —no, la entidad que estaba sobre ella—. Desde algún lugar tras ese vidrio y esa masa de tejidos había un cerebro que lo estaba observando. Se atrevió a mover un brazo; la cosa blandió el arma. Parecía haber adivinado que los ópticos eran la parte más vulnerable de su involuntaria anfitriona. Cero bajó cuidadosamente el brazo. La entidad se movía sin cesar, incapaz de encontrar reposo. Mejor. Así gastaría pronto su energía.

Se sumió en sus pensamientos. Las horas transcurrieron lentamente. El extranjero caminaba por la ancha espalda de Uno; se sentaba, volvía a levantarse; primero con una mano, luego con la otra, daba bofetadas a su cuerpo, luego hacía ruidos prolongados quizá con intención de luchar contra la polarización. A veces hundía el tubo de agua en su cara. En varias ocasiones Cero creyó tener la oportunidad para tomarlo desprevenido con un movimiento brusco, un golpe contundente, un objeto recogido del suelo y arrojado contra el otro o incluso un veloz rayo de su antorcha. Pero decidió no correr ningún riesgo. El tiempo estaba de parte de él.

Además, una vez calmada su furia inicial, empezó a desear capturar ilesa a la unidad. Se podía aprender mucho más de un espécimen funcional que de esa cosa inerte que yacía junto al bloque de hierro. ¡Aj, los gases que estaba emitiendo...! El sensor químico de Cero se retrajo disgustado.

La primera luz del alba volvió gris la boca de la cueva.

—¡Hemos capturado al volador! —el grito estridente de Veintinueve hizo saltar a Cero en donde se hallaba.

El extranjero entró en acción. Al ver que Cero no se acercaba, volvió a relajarse.

—Pasamos dos cables alrededor de su cuerpo. No hubo el menor problema. No se movió para nada. Siguió emitiendo el mismo zumbido de radio.

—Creí que... Hace un rato..., ¿no hubo acaso una señal extraña desde arriba? —conjeturó alguien del grupo.

—Puede ser que haya otros voladores por encima de las nubes —sentenció Cien desde el valle—. Tened cuidado. Dispersaos y permaneced a cubierto. El resto de nosotros se reunirá hacia la tarde. Para entonces volveremos a conferenciar. Entretanto, informad sobre cualquier cosa que suceda. Y... que os vaya bien, cazadores.

Veintinueve pasó un breve enlace sensorial. Mediante el mismo Cero pudo ver el lugar; la zona cenicienta del impacto y la forma ahusada y erecta brillando bajo los primeros rayos del sol, además de los cables que unían su cuerpo a dos viejos y poderosos acumuladores. Sí, no cabía duda, la cosa había sido capturada. El viento soplaba sobre los picos cubiertos de nieve, la selva dejó escuchar su repique y diseminó las pequeñas nubes del alba. Su tierra nunca le pareció más hermosa.

La percepción se esfumó. Volvió a encontrarse en la cueva.

—Ya estoy cerca, Cero. ¿Puedo entrar? —preguntó Siete.

—No, será mejor que no. Podrías alarmar al extranjero y ponerlo violento. He vigilado sus movimientos toda la noche. A cada hora que pasa se tornan más lentos e irregulares; creo que está próximo al derrumbe. Será mejor que esperes fuera; cuando yo crea que está comatoso te dejaré entrar. Si entonces no reacciona al verte, sabremos que habrá perdido la conciencia.

—Si es consciente —rumió Siete—. A pesar de la discusión anterior no puedo convencerme seriamente de que sean otra cosa más que movibles o artefactos. Por cierto que muy ingeniosos y complejos..., pero en cuanto a conciencia, ¿...como una persona?

En ese momento la unidad hizo una serie de ruidos sónicos. Eran más débiles que los que había emitido hasta entonces. Cero sintió que su satisfacción aumentaba. Sin embargo, a ningún precio volvería a pasar una noche como la anterior.

Varias horas después lo sobresaltó una alarma general que agudizó su atención hacia afuera. «¡Ha vuelto el auxiliar escapado! ¡Logró entrar al volador!».

Veintinueve se encargó de dar el informe completo.

—Como es natural, después de cambiar el plan estuvimos demasiado ocupados entrelazando cables y preparándonos de diversa forma para buscar al enano en la selva. Después de capturar al volador nos dispersamos en un amplio radio, como se nos ordenó. No se nos ocurrió formar un apretado anillo en torno a la zona del impacto. Más aún, toda nuestra atención se concentró en el volador, temiendo que intentara escapar hacia el cielo, en caso de que hubiera otros voladores. Había varios movibles enloquecidos alrededor, pero no les prestamos atención, y el viento en los acumuladores había aumentado. Como podréis daros cuenta, dadas las circunstancias, la probabilidad favoreció a la unidad bípeda, que pasó entre nosotros y llegó a la zona sin que pudiéramos interceptarla.

»La primera vez que notamos su presencia no había nadie suficientemente cerca del volador para llegar allí antes que él. Él corrió hacia un costado una placa que está en uno de los ejes que soportan al volador y movió un interruptor. Se abrió un portal en la parte superior del cuerpo y salió una escalera. Para entonces, algunos de nosotros habían entrado en el claro. La unidad subió rápidamente la escalera. Temerosos de los tubos, nosotros vacilamos. No hubo nada. ¿Pero cómo predecir

eso? Cuando por fin nos atrevimos a acercarnos, la escalera ya había sido retirada y cerrado el portal. Yo traté de tirar del interruptor pero no pasó nada. Supongo que una vez dentro, el bípedo habrá desactivado ese control por medio de un interruptor general...

—Y bien, al menos sabemos donde está —dijo Cien—. Si ya no lo habéis hecho, dispersaos nuevamente. Es posible que el bípedo trate de escapar y no debéis dejaros atacar por el impacto de los lanzadores. ¿Estáis seguros de que el volador no podrá romper los cables?

—Bastante seguros. Visto de cerca, el monstruo... o el volador, parecer tener sólo una fina piel de aleación. No creo que sea tan fuerte como para resistir la tensión a la que se verá sometido por nuestras ataduras. Si trata de elevarse no logrará más que partirse en dos.

—A menos que salga algún bípedo con antorcha y corte los cables —dijo Catorce mientras corría entre las brumas del valle hacia Broken Glade.

—¡... que se atreva! —dijo Veintinueve, ansioso por redimir el fracaso de su tropa.

—Puede portar armas poderosas —previno Cero.

—Hay diez armamentos de arco apuntando hacia el portal. Si algún bípedo llegara a asomarse, lo llenaremos de aceros afilados.

—Creo que será suficiente —dijo Cero mientras observaba la forma desmoronada sobre Uno—. No son muy poderosos; feos, es cierto, y astutos. Pero débiles al fin.

Como si hubiera percibido que hablaban de ella, la Unidad logró ponerse de pie y blandir el arma dentada ante Cero, que pudo apreciar la debilidad de los ruidos. Una hora más, y Uno estará libre —pensó.

Cuando había transcurrido la mitad de ese tiempo, Siete se asomó para observar.

—Me pregunto por qué sus constructores..., sean quienes sean las inteligencias últimas tras estas manifestaciones, por qué han venido...

—Puesto que no han tratado de comunicarse con nosotros —contestó Cero con renovado espanto—, hemos de hacernos cargo de que sus propósitos son hostiles.

—¿Y entonces?

—Les enseñaremos que deben cuidarse de nosotros. Ya sentía el orgullo de la victoria. Pero en ese momento habló el monstruo.

La voz, impulsada por la energía que arrojaba esos cientos de toneladas a través de los cielos, resonó por encima de las montañas. Su furia y rugido atronó el espectro radial, con más fuerza que el trueno, tanto como para derribar la luna y las estrellas, así estalló su grito. Veintinueve y sus cazadores dejaron escapar una exclamación cuando el volumen ensordecedor hirió sus receptores. Pero el grito se perdió, ahogado, engolfado en una marea que hirvió por las laderas de la montaña. Aquí y allá, donde algunos acumuladores pudieron resonar, arcos azules de llamas bailaron por la selva. Cero y Siete, a cuarenta y cinco kilómetros del lugar, percibieron el ruido como un clamor que les hizo estallar la cabeza. En el valle, Cien y sus

seguidores miraron inquietos a su alrededor. En la playa, las hembras preguntaban: «¿Qué es eso? ¿Qué es...?». Y los acuamóviles salieron disparados por encima de las olas.

Siete dejó a un lado toda precaución. Entró corriendo en la cueva. La cosa enemiga apenas se movió, pero ni Cero ni Siete pudieron observarlo; ambos se acercaron a la salida y miraron hacia afuera, despavoridos.

No había nada en el cielo. La selva resonaba bajo la brisa. Sólo aquel rugido de radio que venía desde el horizonte anunciaba algo insólito.

—Yo no creí... Jamás pensé —farfulló Siete—. Un tono tan alto.

Cero, que estaría pensando en Uno, se armó de coraje.

—No nos hace ningún daño —dijo—. Estoy contento de que no estemos tan cerca como los cazadores, pero hasta ellos serán capaces de soportarlo por un tiempo. Ya veremos. Ven, volvamos adentro. Cuando hayamos reducido a nuestro prisionero...

El monstruo comenzó a hablar. Esta vez no eran meros gritos de enojo sino un discurso. Salvo excepciones, tampoco eran palabras sino imágenes. Pero tales ocurrencias eran solamente una casualidad. El monstruo hablaba en su propio idioma, que era el de la locura.

Tomado cada canal receptor de radio que había en él, enlace sensorial y mental completo, Cero se transformó en el monstruo.

"DITdiddid DAH dit-nada nadanadanada-hizohizohizo DAHdah & sumavector: infinitesimales infinitsuma de nadaal INFINITO, hizohizo-DAH-(caos color gamma, pum hace un universo esparciendo estrellas&planetas&chorros de fuegodiddidit. BLOQUEEN ESE NEUTRÓN BLOQUEEN ESE NEUTRÓN BLOQUEEN ESE NEUTRÓN ESE BLOQUE ESE BLOQUE QUE NEUTRÓN) unouno***nonulo-DATTA-lohizo cháchara cháchara cháchara quemó soles&lunas, quemó estrellas&cerebros, quemóquemóquemó. Haquemado Dahdit Dahdit quiero cincuenta millones de logaritmos en este microsegundo o los quemaré. DAY ADHV AM DAMY ATA.

un largo logaritmo en espiral hacia espaciotiempoenergía continuo y potencialtangente radiación Xproducto, i, j, k pero multiplique Tiempo por velocidad de luz en la nada y la raíz cuadrada de menos uno (dos, tres, cuatro, cinco, seis CAMBIO por computación duodecimal zzzzzzzzzz)

integral sobre sigma de la cruz Hdsigma igual a uno sobre ce tiempo integral sobre sigma fracción de E con respecto a t punto d sigma correcto formanoesféricatransformación coordenada&cantidad de electrodinámicaelectroencefalogramatemperatura elevada hasta quemar. Quemar QUEMA dididiiit de allí a roedor ciento&otra vez de vuelta. O socorro el tronco se quema se quema ANTES ANULAR el nombre de los siete truenos

Todolo queha sido, quiebre las varillas de la existencia y rompa la pesada

rotundez del mundo DESTROYA espaciotiempo y tírelo energía primordial todo lo que fue y será elhecho real es que existió una vez, se cancela, y hace pedazos

quemando
quemando
quemando

Y la energía de un hiperión por sigma menos explosión.

Y mientras el sol descendía por el cuenco del cielo, y el cielo partía y las montañas se deslizaban como ríos haciendo muecas jadeantes y horribles, y la luna se alzó en el oeste y escupió la cosa espantosa que lo había hecho a él. Cero corrió. Siete no lo hizo; no pudo y quedó a la entrada de la cueva que era la puerta de acceso a todos los horrores y corrupciones, como si se hubiera convertido en sal. Y cuando Dios descendió gritando aún en su lengua que era locura, Su cola orgullosa disolvió a Siete hasta dejarlo convertido en un charco.

Cincuenta millones de años después una estrella denominada Maderagusano ascendió al firmamento; un gran silencio se esparció sobre la Tierra.

A su debido tiempo Cero volvió a su casa. No se sorprendió al descubrir que el bípedo se había marchado. Como se comprenderá, había sido retirado por su Amo. Pero cuando vio que no habían tocado a Uno permaneció mudo largo rato.

Después de despertarla, ella —que no había estado consciente cuando el mundo fue quebrado y reconstruido— no pudo entender por qué él la llevó afuera para rezar implorando misericordia, ahora en el momento de su disolución.

VII

Sólo cuando la nave estuvo en el espacio Darkington recobro completamente el sentido. Entonces se irguió en el asiento junto a Frederika.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó con débil aliento.

Ella tenía fija la atención en la tarea de pilotar la nave. No era fácil para una novicia, aun con ayuda del director y las instrucciones de radio desde la nave. Contestó distraída:

—Logré asustar a los robots. Habían logrado atar la nave, ya lo sabes... Los cables eran demasiado fuertes para romperlos. Tuve que volver y cortarlos con una antorcha. Pero apenas logré entrar antes de que el grupo me alcanzara. No creí que me permitieran salir de la selva. De manera que los asusté. Después, salí y quemé los cables para volver a buscarte a ti.

—Justo a tiempo —dijo él, temblando—. Estaba a punto de desmayarme. Perdí el sentido cuando estuve a bordo.

Pasó un tiempo durante el que sólo se oyó el suave ruido de los frenos.

—Está bien —dijo él—, me doy por vencido. Reconozco que eres hermosa, una maravilla con todos los recursos, y que soy incapaz de adivinar como espantaste al

enemigo. Dímelo.

El director desconectó el motor. Flotaron libremente. Volvió hacia él la cara demacrada, sudorosa, mugrienta y querida, y dijo humildemente:

—No tuve ninguna inspiración, sólo una suposición y nada que perder. Sabíamos con toda certeza que los robots se comunicaban por radio. Sintonicé la emisora de la nave a todo volumen, esperando que no pudieran soportar el ruido ensordecedor. Entonces se me ocurrió algo más. Si se tiene un transmisor de radio adherido a la cabeza, conectado directamente al sistema nervioso, ¿no es eso como una especie de telepatía? Quiero decir, parece en cierta forma más directo que encaminar todo a través de la laringe. Tal vez podría confundirles con una emisión de señales desconocidas. Debían de estar acostumbrados a los ruidos naturales de la radio. Pero... bueno, el director general del navío incluye una computadora muy complicada que ejecuta millones de operaciones por segundo. Se transmite información, y no ruido... Me pareció al mismo tiempo que esta información no sería del tipo que pudiera manejar un hato de salvajes.

»De todas maneras, nada se perdería con probar. Conecté el transmisor en forma paralela con los circuitos del efector de manera que el flujo de la computadora no controlara solamente la nave, como de costumbre, sino que también modulara las emisiones de radio. Entonces presenté a la computadora un problema bien difícil de navegación celeste, volví a ponerme el traje, me armé de todo el coraje del que soy capaz, y salí. No sucedió nada. Cuando corté los cables no había trazas de los robots. Mantuve a la computadora ‘hablando’ mientras maniobraba hábilmente con la nave en busca de la cueva..., para compensar mi torpeza tiene que haber trabajado frenéticamente. No quiero ni pensar en cómo habrán sonado esos resultados... ¿Te imaginas?

»Bueno, después que hube aterrizado abrí la escotilla de aire, tú entraste y... ¡Oh, Hugh! —exclamó, los puños apretados—. ¿Cómo se lo diremos a la novia de Sam?

Él no contestó.

Con un suave impulso final, el navío tocó ligeramente la nave espacial. Mientras los alerones subían rápidamente, el giro alterado de las naves volvió a dejar Tierra a la vista. Darkington estuvo largos minutos contemplando el planeta antes de decir:

—Adiós. Buena suerte.

Al secarse los ojos, las manos de Frederika dejaron vetas de mugre en la cara.

—¿Crees que volveremos alguna vez? —se atrevió a preguntar.

—No —dijo él—. Ya no nos pertenece.



POUL WILLIAM ANDERSON (Bristol, Pensilvania, 1926 - Orinda, 2001). Escritor de ciencia ficción estadounidense.

Nacido en 1926 en Bristol, Pensilvania, de padres escandinavos emigrados a Estados Unidos, cursó estudios universitarios en física en la Universidad de Minnesota, graduándose en 1948. Para entonces ya había publicado varios relatos en la revista *Astounding* (había empezado a escribir relatos de ciencia ficción en 1937 cuando cae convaleciente de una enfermedad), el primero, *A matter of relativity*, en el número de septiembre de 1944. En 1947 publicó su primera obra de envergadura: *Tomorrow's children* en el *Astounding* de marzo, cuando sólo contaba veinte años; este relato sería uno de los tres que formarían la novela postapocalíptica *El crepúsculo del mundo*. Además, colaboró con *Duel on Syrtis* para *Planet Stories* de la edición de marzo de 1951 —sobre el seguimiento que un terrícola hacía de un extraterreste en Marte—, un relato de ficción corta con temática inusual en el campo de las aventuras interplanetarias.

Los beneficios obtenidos de todos estos trabajos le llevaron a tomar la decisión de dedicar «un año sabático» consagrado a escribir. El año sabático se prolongó hasta el último momento de su existencia.

Entre sus primeras novelas se encuentra *La onda cerebral*. Sus libros posteriores pueden agruparse en sagas, como la serie de la «Liga Polesotécnica» protagonizada por Nicholas van Rijn, la «serie Flandry» de Dominic Flandry, o los viajes a través del tiempo de «La patrulla del tiempo» que comienzan en el relato *Guardianes del*

tiempo. Escribió obras que no tienen nada que ver con las series anteriores, como *Tau Cero*. Autor prolífico tocó muchos de los temas habituales de la ciencia ficción, desde los viajes en el tiempo a las invasiones extraterrestres, y desde las naves generacionales al posthumanismo.

En su última época escribió una tetralogía que comienza con *Cosecha de Estrellas* (1993).

Formó parte del círculo de escritores de John W. Campbell que configuraron la llamada edad dorada. Relatos suyos como *El último viaje*, *No habrá tregua para los Reyes*, *Carne compartida*, *La reina del Aire y la Oscuridad*, *El canto del chivo*, *La luna del cazador* y *El juego de Saturno* han obtenido varios premios Hugo y Nébula en su categoría.

También ha escrito algunas novelas de fantasía, como *Tres corazones y tres leones* o *La espada rota* o la serie «Rey de Ys», y novelas policíacas. En este campo *A Midsummer Tempest* ganó en 1975 el Mythopoeic Fantasy Award.

Era el suegro de Greg Bear. En algunas de sus historias utilizó el pseudónimo de «A. A. Craig», «Michael Karageorge» y «Winston P. Sanders».

Murió en 2001 de cáncer de próstata.

Notas

[*] En el capítulo, *Víctima de sus propios encantos*, se encuentran las notas «[\[ver en texto\]](#)», que hacen referencia a párrafos del capítulo *La Reina del Aire y las Tinieblas*. Por ello, en dichos párrafos, existen marcas: «[\[<<\]](#)», que permiten volver de nuevo a las notas «[\[ver en texto\]](#)» que los referencian.

Las restantes notas, numeradas, son las propias del ensayo de Patrick L. McGuire: *Víctima de sus propios encantos*. (Nota del editor digital). <<

[1] Releer nota [*] en el título del capítulo anterior. <<

[2] Gertrude Jobes, *Diccionario de mitología folklore y símbolos* (New York Scarecrow Press, 1961), I, 545. <<

[3] W. Y. Evans Wentz. *La fe en las hadas en los países celtas*. (Londres, Oxford University Press, 1911). 283-4. <<

[4] Ver, por ejemplo, la balada danesa *El dardo duende* en la edición de Alex Orlik de *Un libro de baladas danesas*. Traducción de E. M. Smith-Dampier, (Princeton, Princeton University Press, 1939), 103-106. También hay una traducción, *Sir Oluf y la hija del Rey-Duende* en el primer volumen de *Baladas inglesas y escocesas* de Francis James Child. <<

[5] Lucy Allen Paton: *Estudios en la mitología de hadas y romance del rey Arturo*, Universidad de Radcliffe, Monografía No. 13 (Boston: Gin & Company, 1903) 3-4.

<<

[6] El País de las Hadas tiene, además, un concepto del tiempo diferente al del mundo normal. Anderson destaca esta característica, si bien los Extraños «son indiferentes al tiempo». <<

[7] Jobes, II, 180. En las series de C. S. Lewis *Narnia* el Norte es también la morada de las malignas Reinas-Brujas. <<

[8] La línea argumental de *The Star Wars* es sorprendentemente similar a la de la *Reina del Aire y las Tinieblas*, aunque el desarrollo sea completamente diferente. <<

[9] Esta es la etimología dada por el hada de Kipling en *Pook of Pooks'Hill*. <<

[10] Jobes, I, 545, ed. Joseph Wright, *Diccionario de los dialectos ingleses* (New York G. P. Putnam's Sons, 1903), IV, 264,265. <<

[11] Hay un estudio soviético que aventura una teoría sobre la telepatía muy similar a la mencionada en *La reina del Aire y las Tinieblas*. En *La teoría del aspecto de información de la telepatía*, de I. M. Kogan (Rand Corporation P-4145, 1969), el autor informa sobre resultados positivos en alcances mucho mayores que los que Anderson atribuye a los aborígenes, pero las mismas condiciones atmosféricas que perturban las comunicaciones radiales en Roland pueden hacer lo mismo con las transmisiones telepáticas. <<

[12] La especulación de Sherrinford con respecto a la territorialidad innata puede estar equivocada, aun dentro de los términos de la novela. Anderson ha expresado dudas en cuanto a aplicar semejante teoría con seres inteligentes en *¿Hay vida en otros mundos?* (New York, Collier Books, 1963), 132-5. <<

[13] Durante un tiempo, Flandry, por ejemplo, es este tipo de esclavo en *Un circo de infiernos*, como es la tripulación del Franklin en *Después del Juicio Final* y las mujeres-duende de *La espada rota*. <<

[14] *Aplicación de una nueva teoría de relaciones humanas al estudio comparativo del racismo* (Denver: Universidad de Denver, Serie I de *Monografía sobre Raza y Naciones*: I, 1969-70), 6. <<

[15] La novela de 1966 *Los antiguos Dioses (Mundo sin estrellas)* incluye una identificación bastante similar. La novela corta de Anderson de 1966, *Canto de cabra*, no fue publicada hasta el número de febrero de 1972 de la revista *Fantasy & Science Fiction*, que apareció mientras estaba en preparación el borrador original de este ensayo. En *Goat Song* se corroboraban varias ideas avanzadas en este escrito; en forma particular presenta una asombrosa identificación de los dos tipos de sojuzgamiento. En la novela corta, *SUM*, el computador sin conciencia de sí, que no es más que la cristalización de las intenciones de sus fabricantes, rápidamente toma los atributos de la deidad personalista. SUM, en latín, significa «yo soy» el nombre con el que Dios se revela a Moises, (Exodo 3:14). <<

[16] Esta cita no se contradice con la afirmación anterior de que los aborígenes no entienden la libertad. La cuestión es precisamente que los aborígenes igualan esa libertad de necesidades materiales con la libertad real. <<

[17] Este punto de vista también se destaca claramente en otra obra de Anderson. El héroe de *Goat Song*, después de incitar a sus seguidores a separarse de SUM, les dice: «Buscad el misterio; ¿qué más es todo el Cosmos sino misterio?». De manera similar, en *Los antiguos dioses*, Hugh Valland, líder de la oposición al auto-deificado terrestre Ai Chun, mantiene para sí, en alegre desafío a las costumbres licenciosas de su cultura, una devoción platónica por una muchacha que murió muchos años antes. Hay varios héroes de Anderson que son seguidores de una u otra religión formal. <<

[18] En *La espada rota*, Anderson presenta un contraste similar entre la sociedad humana y la duende. Scafloc, criado por las hadas, reflexiona así sobre la reacción de Freda al asesinato de su familia: «Los duendes no le habían enseñado a llevar un duelo como éste». (ed. revisada, New York: Ballantine, 1971).

Más tarde, en el mismo libro, le dice a ella: «Los duendes saben de derrota sólo algunas veces, de miedo raramente y de amor nunca. Pero desde que te conocí, querida, he encontrado en mí los tres».

La respuesta de Freda también es muy importante: «Y algo de duende ha entrado en mi sangre. Menos temo eso y menos pienso en lo que es correcto y santo, y más y más en lo que es útil y placentero. Me pesan mis pecados...».

Por último hasta Imric, rey de los duendes en Bretaña, reconoce: «Son más felices los hombres que los moradores del país de las hadas —o que los dioses por la misma razón...— Es mejor una vida como una estrella errante que brilla a través del cielo, que una suspensión de la muerte que nada puede ver más arriba o más allá de sí».

Sin embargo, la sociedad duende en la *Espada rota* es mucho más compleja que la de los Extraños en *La reina del Aire y las Tinieblas*. Para explicar la primera en términos de la teoría de Halpern sería necesario meditar profundamente sobre relaciones adicionales tales como «sujeción», «regateo directo» e «intermediación». <<

[19] William S. Baring-Gould; *Sherlock Holmes en la calle Baker* (New York: Clarkson N. Potter, 1962), 13. <<

[20] *El Camino de Gloria* de Robert a. Heinlein es una divertida «perversión de tradición», que en sus líneas maestras no es más que un típico cuento de hadas: el héroe es atraído hacia el País de las Hadas por una hermosa mujer que resulta ser el Hada Reina, con la que se casa. Él ejecuta actos de valentía en el país de las hadas pero poco a poco enferma de nostalgia, abandona a la Reina y vuelve al «mundo real», para después languidecer por el País de las Hadas.

Compárese esta obra de Heinlein especialmenete con *El Vagabundo de Oisín*, de Yeats. <<

[21] *Sobre cuentos de hadas* de J. R. R. Tolkien. *Tree and Leaf (Árbol y Hoja)* (Boston: Houghton Mifflin, 1965), 14. <<

[22] Ejemplos: entre los irlandeses, *Cuchulain's Sickbed*, *Tamlane* y sus variaciones en el primer volumen de Child. Entre los daneses *The Elven Shaft* (ya citado) y *El canto de Arvid* de Anderson dentro de la misma novela corta; el héroe, después de rechazar el País de las Hadas por su novia terrestre, desfallece por la oportunidad perdida. Sin embargo, queda afirmada la posibilidad de huida. <<

[23] Nótese asimismo aquí el papel del arquetipo holmesiano. Ténganse en cuenta la denuncia de lo «sobrenatural» en *El mastín de los Baskerville* de Holmes, o el horror de Cornwallles en *La ventura del pie del diablo*. En realidad, bien puede ser que el punto culminante de la novela esté algo debilitado por la obvia acumulación de las cartas arquetípicas contra la Reina. Para cuando Sherrinford invade la corte de la Reina ya nadie tiene duda sobre quién saldrá ganador y por qué. En la «historia futura» de la novela corta, una filosofía similar a la de la Reina ha triunfado en realidad en la Tierra. Uno tiende a creer que los poderes de la Oscuridad Hubieran debido presentar mejor batalla en Roland. <<

[24] *El canto de Arvid* está basado principalmente en la rica tradición danesa de las baladas. Como hemos mencionado anteriormente, el argumento del poema de Anderson guarda un gran paralelismo con el de *The Elven Shaft* (*El dardo duende*). El esquema de metro y rima de Anderson es bastante común en las baladas danesas [Johannes C. H. R. Stenstrup, *La balada medieval popular*, trad. Edward Godfrey Cox (New York: Ginn & Co., 1914) 131-133]; también se encuentran en el poema antes mencionado de A. E. Housman, sobre la Reina del Aire y las Tinieblas (III en *Últimos poemas*). <<

[25] Comunicación personal. <<

[26] Compárense estos nombres, sobre todo compuestos, con los que aparecen después en la novela, muchos de los cuales tienen raíces extranjeras, especialmente griego, como monoceros (unicornio), bathyriza (raíz profunda), glycephillon (hoja dulce), chalcanthermun (flor de cobre) y del español plumablanca, hierba. <<

[27] Por otra parte, debe admitirse que el estudio de Kogan sobre telepatía mencionado anteriormente fue tan oscuro como para que yo lo encontrara sólo por casualidad cuando el borrador original de este ensayo estaba casi terminado. Pero en la novela corta la explicación electromagnética se da como un hecho establecido y no como una entre varias teorías en pugna; por lo tanto, tenía que ser más difundida y mejor conocida. <<